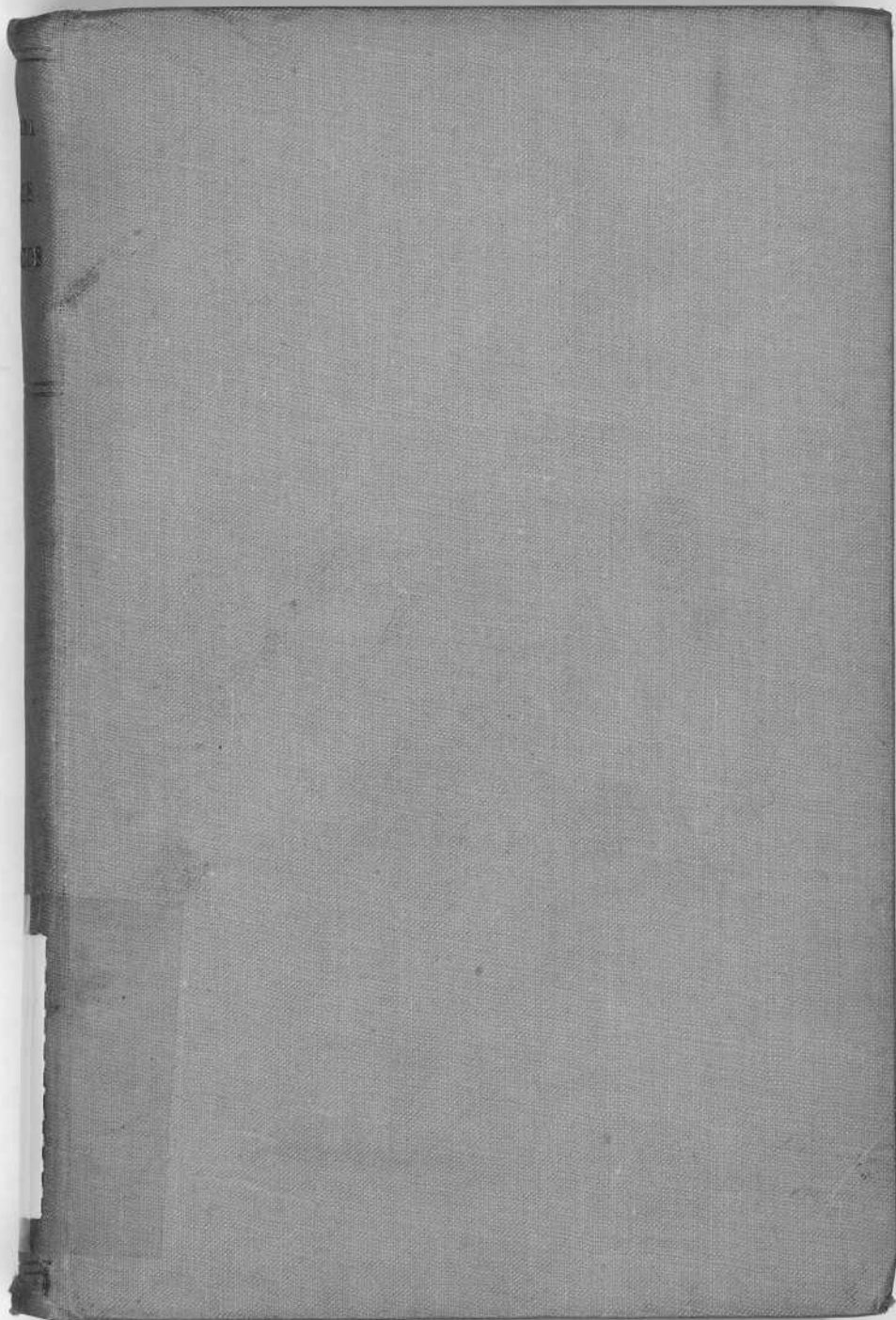


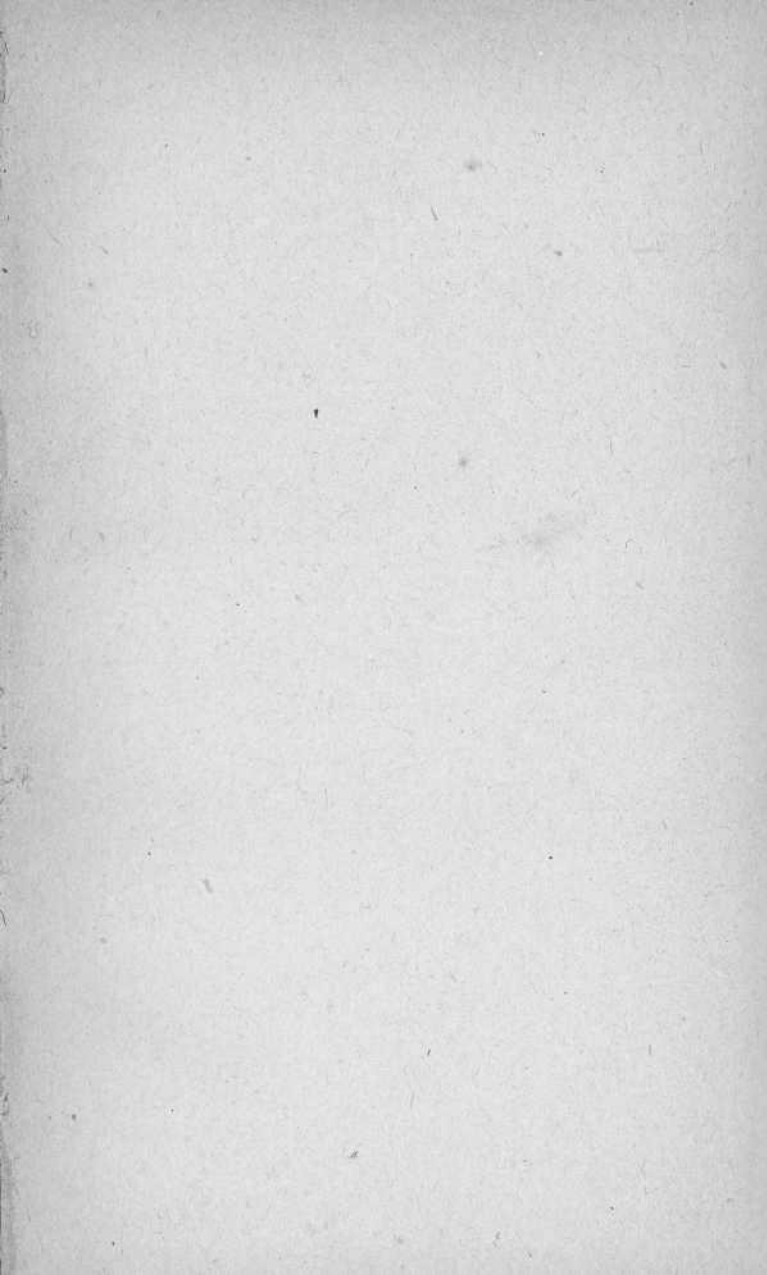


D.6

A

Taf. 150450

C. 1190743



TIPOS CÓMICOS

LUIS TABOADA

TIPOS CÓMICOS

DIBUJOS DE R. CILLA

FOTOGRAFADOS DE PAEZ



MADRID

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN, EDITOR

Puerta del Sol, núm. 6

1897

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESTORES DE RIVADENEYRA».



R. 115819



MATRIMONIOS POR AMOR.

Sí; el matrimonio es la unión amorosa de dos seres; es la llama en que se funden dos corazones; el lazo indestructible que sujeta á dos inteligencias para formar un pensamiento único; es la armonía celestial que.....

Pero á lo mejor surgen diferencias en el seno del matrimonio, y hay cada palo que asusta.

Hoy es un marido que coge á la mujer por el moño y se lo retuerce; mañana es una esposa ofendida que arroja á la faz de su cónyuge un frasco de vitriolo concentrado ó de tinta fina de escribir.

No hace mucho que se presentaba al señor juez una joven esposa acusando á su marido de haber devorado á solas una criatura de seis meses después de ponerla en adobo.

Y, sin embargo, todos los días de la semana se celebran matrimonios por amor.

Da gusto ver la cara de los contrayentes al salir de la iglesia donde acaban de jurarse amor eterno.

Él devora con los ojos á la elegida de su corazón, deslizándose á su oído frases de infinita ternura; ella se sonroja y dirige al suelo la dulce mirada. Los papás marchan sonrientes detrás de los nuevos esposos, diciendo para sí:

—¡Qué pareja tan dichosa y tan igualita! Hoy se inaugura una era de felicidad para estos dos seres.

Sí; la era del Mico.

En la mayoría de los casos, lo que ha comenzado siendo un idilio, concluye en tempestad deshecha, con rayos auténticos lanzados por ese Júpiter de la clase de hembras que hemos dado en llamar «mamá política».

La que ayer recibía á su esposo con sonrisa amorosa y jugueteaba feliz con su rubia guedeja,

sale hoy al encuentro del infortunado esposo para decirle con voz entrecortada por la ira:

—¿De dónde vienes, Florentino? ¿Me harás creer que sales ahora de la oficina?

—Te juro que he ido á ver á mi jefe. ¡Pobrecito, qué malo está!

—Mentira.

—Puedes creérmelo. Se le ha caído un pupitre sobre la boca del estómago, y no contesta á nada de lo que se le pregunta.

—¿Adónde ibas á eso de las cinco por la calle de Gato? Niega que llevabas el bastón cogido por la mitad, como el que va á una cita amorosa.

—Mujer, no digas desatinos.

—Atrévete á negarlo delante de mamá.....

¡Mamá! ¡Qué horrible revelación! Florentino se exalta y sacude un puñetazo sobre la mesa, diciendo:

—Ya me parecía á mí que andaba en el ajo esa buena señora.

—¡No la faltes! ¡No ofendas á quien me ha llevado en su seno!

Florentino se enfurece cada vez más, y acaba por descargar otros tres puñetazos sobre un acerico, clavándose todos los alfileres en el remo derecho.

Corre la sangre, acude la suegra, chilla la esposa, huye el gato, derrúmbase el quinqué, y el escándalo estalla en toda su plenitud.

Por la cosa más insignificante se turba la paz doméstica entre muchos matrimonios.

La vida en común llega á producir hastío primero, más tarde divergencias de opinión, y por último, y en gran número de casos, irritabilidad frecuente en los cónyuges y deseos de romper el yugo y suicidarse después.

Hay matrimonios que se aman toda la vida como en la fecha de su enlace, y á las horas de comer entablan diálogos como éste:

—Micaelita, ¿me quieres?

—Eso no se pregunta, Chanín de mi alma.

—¿Te sirvo repollo?

—Viniendo de ti, todo me parece ambrosía.

—¿Quieres tocino, chata de mi corazón?

—Tocino y un ósculo.

—Toma, bien de mi vida.

—Venga, moreno de mi existencia.

En cambio, ayer armaron una *bronca* fenomenal dos cónyuges vecinos míos....., ¿por qué dirán ustedes? Pues porque ella le dijo á él:

—Vota con el Gobierno.

Y él contestó:

—Estoy comprometido con los silvelistas.

En fin, los esposos llegaron á sacudirse de lo lindo, y yo adquirí de nuevo la convicción de que la cosa más insignificante puede turbar la paz del matrimonio.





EL SECRETARIO.

- ¿Se puede ver al Sr. Ministro?
—No, señor; hoy no recibe.
—¿Y su Secretario particular?
—Tampoco.

—¡Caramba! El caso es que necesito verle..... Hombre, hágame usted el favor de decir al señor Secretario que soy Risueño.....

—Aunque sea usted «afligido»; el Sr. Secretario no recibe á nadie, porque está encerrado con el jefe.

—¡Por vida!.....

—Aquí no se venga usted con juramentos.

—Permítame usted que me desahogue.

—Vaya usted á desahogarse á la mitad del arroyo.

El pretendiente se retira cabizbajo, y al otro día vuelve al Ministerio, donde es recibido por el ujier con señales manifiestas de mal humor.

—¿Qué desea usted?—le pregunta éste.

—Quisiera ver al Ministro.

—No recibe.

—¿Y el Secretario?

—¿Cómo se llama usted?

—Risueño; ya se lo dije á usted ayer tarde.

—¿Cree usted que voy á tener en la memoria todos los nombres de los que vienen aquí con *esigencias*?

—Yo no creo nada.

—Bueno; pasaré aviso al Sr. Secretario por si se *dizna* recibirle.

El pretendiente consigue al fin llegar hasta el trono en que tiene asiento la alta personalidad del Secretario.

Éste mira á Risueño con aire de profundo desdén, y acaba por preguntarle:

—Usted dirá lo que desea.

—Pues vengo á molestar al Sr. Ministro sobre un asunto importante. Yo soy Risueño, Estirado y Compañía, de Benicarló, sucesores de Rejoncillo Hermanos.....

—Sea usted breve.

—Nosotros tenemos depósito de harina de linaza y surtimos á todos los hospitales, así civiles como militares y eclesiásticos....

—Al grano, al grano.

—¿A qué grano?

—Al asunto.

—El Gobierno nos adeuda seis mil duros de cataplasmas y otros dos mil de linaza en polvo. Hemos presentado doce reclamaciones desde Marzo acá, y todavía no sabemos nada de los ocho mil duros.

—¿Y qué?

—Nada, que vengo á quejarme al Sr. Ministro.

—¿Y cree usted que el Ministro no tiene otras cosas de más importancia en que pensar? ¿Se imagina usted, acaso, que en estos altos puestos de la Administración pública puede uno tener presente la conveniencia individual de éste ó el otro caballero? No he visto gente menos considerada que ustedes los industriales.

—¿Cómo?

—No puedo perder las horas en esta clase de conferencias. Deje usted una nota expresiva de sus deseos y daré cuenta al Ministro para que éste resuelva.

—La traigo redactada.

—Perfectamente; déjela usted ahí, y que éntre otro.

Risueño deja la nota sobre la mesa y sale de la Secretaría con las orejas como dos sobreasadas, y el Secretario saluda con una ligera inclinación de cabeza y se pone á pasear por su despacho solemnemente.

Diez minutos después entra una señora que va á saber si se ha resuelto el expediente de su viudedad, incoado hace cuarenta y nueve meses.

—El Ministro no se ocupa ahora de esa clase de asuntos—dice el Secretario.

—Pues á mí me urge muchísimo la resolución del expediente, porque me he quedado sin nada; y menos mal ahora, que aun vive mi tío y puede ayudarme, pero el día menos pensado se me muere. Estaba muy gordo y muy sano, y cogió una tos horrible, porque tiene la costumbre de ponerse á leer *La Correspondencia* en la cocina al lado de la tinaja. Dice que allí siente mucha frescura, y se conoce que se le metió dentro la humedad.....

—Señora, todo eso será muy interesante, pero mis ocupaciones.....

El Secretario despide á la señora de mala ma-

nera para oír á otro pretendiente que entra con gran timidez y no sabe dónde colocar las manos, ni el sombrero, ni las piernas.

—Yo venía á ver al Sr. Ministro..... Ministro..... con el permiso de usted, porque..... yo..... soy de la provincia..... provincia..... de..... Burgos..... y él también.....

Es tal el aturdimiento del pretendiente, que deja caer el brazo derecho sobre un velador y lo derriba; quiere levantarlo y tropieza con una butaca; pierde el equilibrio y se desploma sobre el Secretario, que lo rechaza con indignación, diciendo:

—Lo primero que se necesita para venir á estas cosas, es tener buenas formas y no molestar á los funcionarios,....

—Usted dispense—murmura el otro, agarrándose al velador.

Pero el Secretario no perdona la torpeza cometida por aquel infeliz, y sigue desatándose en improperios contra los pretendientes todos.

—¿Hase visto cosa semejante? No tienen ustedes nociones siquiera de lo que es buena crianza. ¿Quién le ha mandado á usted apoyar el codo en ese velador? Se conoce que no tiene usted costumbre de ver muebles finos.

—Yo creí.....

—Lo único que ustedes hacen es importunar con sus peticiones ridículas. ¿Qué desea usted del

Ministro, vamos á ver? ¿Que le coloque? Pues es imposible. Estamos agobiados por las recomendaciones de todo género. No puedo dar á usted esperanzas.....

Suena el timbre del Ministro, y el Secretario, dirigiéndose al pretendiente, le dice con acento desdeñoso:

—Me llama el jefe; por lo tanto.....

—Sí, señor—contesta el infeliz, cogiendo su sombrero y tomando la puerta.

El Secretario le dirige una mirada de personaje altivo, y entra en el despacho del jefe.

Allí su fisonomía se endulza en el acto; en sus ojos brilla la humildad; en sus labios una respetuosa sonrisa.

—¿Llamaba usted?—pregunta en tono de servidumbre.

—Sí. Ponga usted en limpio esa carta, y mucho cuidado con la ortografía..... ¡Ah! Cuando salga usted de aquí vaya á ver si me han planchado el sombrero, y no se olvide de avisar que desde mañana me lleven la leche de burras.

El Secretario se inclina y desaparece por el foro; pero antes de entrar en su despacho vuelve á adoptar el gesto de altivez que tanto asusta á los pretendientes.





EL SANTO DE LA NIÑA.

No hay como llamarse Juana ó Josefa ó Antonia, porque son santos muy «sonados».

Antoñita, la hija única de Belinchón, el fotógrafo barato, ha recibido muchos obsequios con motivo de su fiesta onomástica, á saber: un ramillete de guirlache con dos banderas encima; una corbata de puntilla, hecha á punto de *crochet* por

la hija del retocador de la casa; un abanico de hueso, regalo de un encuadernador que le debe algunos favores al fotógrafo, y una bandeja de dulces con una rosa de trapo en medio, costeadas por los dependientes de la fotografía.

Por la tarde han acudido á felicitar á Antoñita todos los amigos, y á cada uno de ellos le fué diciéndole la mamá de la interesada:

—Esta noche le esperamos á usted; pero sin cumplido: somos personas de mucha confianza..... Tendremos un pequeño *albigú* y nada más.

La madre ha preparado por sí misma dos lenguas á la escarlata, que parecen arrancadas del escarapate de Lhardy.

—Las pones en lonchas delgaditas—le ha dicho el esposo,—y llenas cuatro fuentes.

—¿Y vino? Habrá que comprar Jerez.

—¿Jerez? No seas tonta. Hay un vino blanco muy bueno á dos reales la botella, sin casco.

El matrimonio no tiene bastante vajilla, ni allí abundan los cubiertos; pero la mamá ha dicho á los convidados:

—Van ustedes á disimular, pero como somos tres personas por junto en esta casa, andamos algo escasos de servicio..... Ustedes son de confianza.....

—¡Señora, por Dios!—replica uno de los convidados.—No nos diga usted nada.

La lengua sabe á estearina, porque á la señora se le fué la mano al echarle los ingredientes, y to-

dos buscan pretextos, más ó menos verosímiles, para no comerla.

Sólo el papá de Antoñita, que es una fiera para los alimentos, devora su ración y las ajenas, diciendo á cada paso:

—Está riquísima..... ¿verdad? Á mí estas lenguas extranjeras me vuelven loco.

Los convidados se lanzan sobre la bandeja de dulces, pero hacen ascos al vino, que es de lo peor que se elabora en España.

—Otra copita—dice la *fotógrafa*.— Esto no hace daño.

—¡Ay! No me ponga usted más, que ya comienzo á perder los sentidos—dice una viuda alegre, dirigiendo miradas oblicuas al retocador.

—¡Si me hiciera usted el *orsequio* de un poco de agua!—añade una señora de edad madura que ha probado la lengua y se siente morir.

—Ahora mismo—contesta la mamá de Antoñita.—¡Bonifacia, Bonifacia!

Comparece la doméstica con los pelos en desorden y los ojos hinchados.

—¿Está usted dormida? ¡Jesús! ¡Qué servicio! Tráigale usted un vaso de agua á doña Agapita.

—Pues démelo usted—replica la criada.

—¿Cómo?

—Ya sabe usted que todos están en la mesa. ¡Había siete, y hoy ha roto uno la señorita!.....

— ¡Estúpida! Tome usted el vaso y friéguelo.....

No sirven ustedes para nada. ¡Ay, cómo está el servicio!

Los convidados se ríen hacia dentro, y Antoñita, que ha estrenado un traje color de canario holandés, que es el *tono* de moda, ve turbada su dicha por un instante, y dirige miradas á su mamá para que no haga pública la escasez de vasos.

El papá la ha tomado con los dulces de la bandeja, y lleva ya cinco yemas de coco y dos batatas y un higo.

Después del *ambigú* se baila un ratito; pero antes ha habido necesidad de sacar los muebles de la sala y colocarlos en la alcoba, unos encima de otros. Así y todo, los bailarines chocan entre sí, tropiezan y se hacen chichones contra los dinteles de las ventanas.

De pronto suenan grandes golpes en el suelo, y los convidados se alarman.

—No es nada. Sigán ustedes—dice el papá de Antoñita.—Cosas de ese bruto.

—¿De qué bruto?—pregunta un bailarín.

—Tenemos un vecino en el tercero que es coronel de reemplazo, y la ha tomado con nosotros y aborrece la fotografía, y siempre nos está insultando..... Una tarde tuvimos una cuestión porque se le cayó un *cliché* sobre la nuca, y desde entonces casi todos los meses me pega..... La última vez que me pegó fué en el circo de Price, yendo yo con la máquina á *sacar* á la señorita de las cacatuas.

El vecino malhumorado se cansa de dar golpes y sale á la escalera envuelto en un gabán, diciendo que va á hacer un escarmiento con todos los bailarines.

Entonces los convidades empiezan á desfilas silenciosamente, y dice el fotógrafo:

—Bailen ustedes otro poquito si gustan. Todo será que ese bruto me pegue mañana; pero lo primero para mí es celebrar el Santo de la niña.





DE VERBENA.

La verbena de San Antonio de la Florida está al caer.

Los jóvenes alegres y pendencieros se disponen á asistir como todos los años, aun á riesgo de que les descalabren.

No hay cosa peor que ser calavera de oficio y

meterse á galantear á las chulas. En cuanto dice uno: «Vaya usted con Dios, morena. ¡Olé por las barbianas!» ya tiene el palo encima, acompañado de las siguientes expresiones:

—Oiga usted, so títere. Esta mujer viene conmigo, *pa* que usted lo sepa.

—Bueno, pero no hay necesidad de pegar.....

—Yo le pego á usted porque se me antoja.

—¡Guardias, socorro!

Como el aguardiente es bebida económica, se puede ser un perdido muy grande y salirle á uno la cosa por una friolera.

El año pasado, varios jóvenes vestidos de lana dulce de la más barata, iban haciendo eses por el Paseo de San Vicente.

—¡Caramba! —decían las personas de carácter sencillo.—¡Qué dineral habrán gastado esos jóvenes en bebidas alcohólicas!

—No lo crea usted —contestó uno de ellos.— Por siete perros grandes nos hemos *embriaguado* todos los de la oficina.

En las fértiles cercanías de la iglesia de San Antonio suelen encontrarse todos los años algunos dientes que han pertenecido á chicos calaveras y aficionados á armar *bronca*. Unos pierden la dentadura en la refriega personal, y otros á causa de las rosquillas del Santo, pedregosas de suyo.

Hay quien dice que las hacen con el pan duro que sobra en las casas de huéspedes, y que después

de hechas las pintan con cal hidráulica. Ello es que más que rosquillas parecen guijarros, y se cree que los vendedores están vendidos al oro de los dentistas.

Pero nada de esto es obstáculo para que la humanidad, ávida de placeres, acuda á la verbena, compre rosquillas, y lo que es peor ¡ay! se las coma.

¿Qué padres se atreven á privar á sus hijos de los encantos que ofrece la verbena?

—Mamá—dice un chico con cara de orangután manso.—Cómprame muchas cosas.

—Pero, hijo, ¿no te hemos comprado ya un churro, y dos buñuelos, y un flautín? ¿Crees que tus padres son algunos *Róchiles*?

—Yo quiero rosquillas, quiero rosquillas.

La mamá se acerca á una vendedora, preguntando:

—¿Á cómo están este año las rosquillas?

—Á cinco.

—¡Jesús! ¡Qué robo! ¿Son tiernas?

—¿Que si son tiernas? La pura manteca. *Miste*.

Y al decir esto, la vendedora coge una rosquilla y la muerde á riesgo de perder la dentadura.

—¿Quiere usted á cuatro?—pregunta la mamá.

—¡Quite usted de ahí! ¡Á cuatro! Ya se conoce que no tiene costumbre de comprar rosquillas.

El esposo (interviniendo).—Usted no sabe con quién trata, buena mujer.

La vendedora.—¡Adiós, príncipe!

El esposo.—¡Oiga usted, desvergonzada!.....

La esposa.—No te acalores, Gumersindo.

El chico.—¡Yo quiero rosquillas!

El esposo (dirigiéndose á la vendedora).—¡Si no fuera mirando que es usted una mujer!.....

La vendedora.—¡Ay, qué miedo!

El esposo.—Me parece que ya usted á dormir esta noche en la Prevención. Á mí me sobra influencia para ello.

La esposa.—Déjala, Gumersindo.

El chico.—¡Yo quiero rosquillas!

El papá.—Vámonos: no me quiero enfadar.

La vendedora.—Apartarse, que pasa el *gobernaor* de Cuba.

Aglomérase la gente, los guardias hacen como que no oyen, llora el niño, la mamá se altera, y el papá, después de hacer un esfuerzo sobre sí mismo para no arrojarle sobre la vendedora, resuelve dirigirle una mirada de desprecio y abandona la verbena.

La vendedora, entre tanto, grita con voz destemplada:

—¡Rosquillas de *Fuenlabrá*! ¡Como la manteca!





FORASTEROS CALAVERAS.

Ya están aquí los romeros de todos los años, que vienen á visitar al acreditado San Isidro.

Entre los recién llegados figuran algunos calaveras de provincias, ávidos de placeres y dispuestos á precipitarse en el océano del mundo. En cuanto pusieron el pie en la estación, preguntaban á los mozos:

—¿Por dónde se va á Apolo? ¿Sabe usted dónde

habrá una cantadora de flamenco que sea muy descarada? ¿Se puede entrar en Fornos sin papeleta?

Madrid ofrece grandes encantos al joven calavera de provincia, y por eso acuden á visitarle muchos jóvenes de temperamento volcánico, á fin de poder decir cuando regresan á su pueblo:

—¡Oh Madrid! ¡Qué gran población! ¡Vaya unas *juerguecitas* las que hemos corrido!

—¿Has visto á Castelar? —pregunta algún entusiasta del famoso orador, que no ha salido nunca de sus lares.

—¡Ya lo creo! Y también á Cánovas, á Becerra y á Mesejo. Allí se codea uno con lo mejor de España. Una noche estuve en La Taurina bebiendo copas con dos caballerizos, un puntillero y tres diputados provinciales. Casi todas las tardes tomaba café con uno que es paisano de Aguilera, y le habla de tú á don Cándido Lara.

—¿Y las mujeres, qué tal?

—¡Oh! Lo que es eso..... Tuve una novia preciosa.

—¿Alguna condesa?

—No; ella, como ser, no era más que planchadora con brillo; pero ¡vaya una mujer decente! ¡Y limpia! No le gustaban los refrescos ni el café solo; lo más que tomaba era una chuleta ó un *bisté* con patatas, ó una ración de callos. Una arde, en las Ventas, nos comimos entre ella y

yo cuatro pasetas de escabeche de besugo con aceitunas, y una lata de melocotón muy rico, y un puñado de pasas que metía miedo.

—Sabe Dios lo que habrás hecho tú en Madrid, grandísimo pillo —suele decir el boticario del pueblo, que es hombre de mundo y estudió toda su carrera en la corte.

El calavera local se sonríe, como diciendo:

—No se ha perdido el viaje, no, señor.

—Hombre —continúa el boticario, —¿has conocido, por casualidad, á una chica llamada Nicanora, que tenía un tío algo cojo y estaba haciendo de dentista interinamente?

—No, señor.

—No tiene nada de particular, porque ella sabía poco, y además puede que ya se haya matado.

—¡Caramba!

—Sí, hombre; porque..... (¡que no se entere el mancebo!) con esa chica tuve yo relaciones..... ejem..... ejem..... En fin, cosas de la juventud. ¡Ay! ¡Qué Madrid aquél! ¡Cuánto he gozado yo en aquel Puente de Vallecas!

—¡Ah, tunante!

—Baja la voz, que puede oírte el mancebo..... Pues la conocí una tarde, estando yo comiendo altramuces con un amigo en la Cuesta de Areneros. Nos íbamos allí muchas tardes á merendar, y pasó ella con el tío, que era muy abrutado, y los fuimos siguiendo hasta que me citó ella en el café

de la Universidad..... En fin, chico, cosas de la vida..... Luego, ella se quiso tirar por una ventana, y después se bebió dos reales de bencina para matarse, porque yo, como era tan calavera, la dejé.

Al boticario se le encandilaban los ojos, recordando sus fechorías de estudiante, y el mancebo, que ha oído algo, suspende la tarea y estira el cuello para enterarse mejor.

—Ceferino—grita el farmacéutico,—sigue machacando, que van á venir por esos polvos. ¿Qué te importa lo que hablamos aquí?

Enrojécese la faz del mancebo y baja la cabeza con pesadumbre, mientras el joven que regresa de Madrid refiere sus aventuras, asegurando que no ha perdido el tiempo, y que una de las cosas que más le han gustado ha sido el sorbete de fresa que tomó una noche en el café de San Isidro.

No hay que fiarse, empero, de estos chicos atolondrados de provincia que van refiriendo heroicidades á su país.

Yo les veo estas noches parados delante de los escaparates, con la faz demudada por el aburrimiento, el labio caído y los ojos tristes. Están esperando que suenen las once para retirarse á la fonda, y allí, á solas con su conciencia y su bolillo, piensan en los gastos del viaje y en lo mucho que se aburre en Madrid un forastero cuando no tiene amigos, ni novia, ni timador que le seduzca.

—¡Dos pesetas! —murmuran de vuelta en la fonda, sentados en la cama.—¡Dos pesetas! ¿En qué me he gastado yo dos pesetas desde anoche? Á ver: un vaso de limón, real y medio; un billete para el Circo, dos; un cubrecorsé para la señora del médico, cinco. ¡Cómo se va el dinero en este Madrid! Si lo llego á saber, cualquier día me vengo.





TIRANÍA DOMÉSTICA.

Hay algo peor que la tiranía de los Gobiernos y es la tiranía doméstica, ejercida por una mujer iracunda como Pascasia, la esposa del desventurado Vázquez.

Pascasia es una fiera que ejerce autoridad absoluta dentro del hogar, y Vázquez se ha acostumbrado á respetarla incondicionalmente, porque, como él dice:

— Reconozco que tiene un talento superior al

mío. Ya quisiera yo saber redactar una carta como ella. Algo daría porque la Naturaleza me hubiese dotado de una imaginación como la suya

El caso es que Vázquez se ha sometido voluntariamente á los caprichos de su esposa, y en aquella casa no se hace más que lo que ella dispone.

¡Me da una lástima el bueno de Vázquez!.... La última vez que estuve á verle, me recibió en la cama, tapado hasta las orejas.

—¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?—le pregunté.

—No; estoy sudando al niño, que va á tener el sarampión.

—¿Y tu mujer?

—Mi mujer se ha ido á las Salesas, donde se celebra un juicio oral *muy bueno*.

—Y ¿por qué sabes que el chico va á tener el sarampión?

—Porque lo ha dicho Pascasia.

—¿Es médica?

—Médica precisamente, no; pero tiene un talento muy grande y ha leído mucho de medicina.

Yo iba á ver á Vázquez para proponerle un negocio de sebos vírgenes, pero él me contestó:

—Hombre, si he de decirte la verdad, yo por mí solo no puedo resolver nada.

—¿Tienes algún socio?

—No es eso; es que yo no puedo compromete-

terme en ningún asunto sin consultarlo con mi mujer.

El chico comenzó á rebullir y á querer sacar los brazos, y Vázquez lo sujetaba, diciéndole:

— ¡Cuidadito conmigo! Á ver como no te destapas, que te puedes enfriar.

—Yo quiero levantarme—gritaba el chico.

—De ninguna manera.

Pero tanto lloró la criatura, que Vázquez, conmovido, le permitió que sacara un brazo y después el otro, y luego una pierna, hasta quedar fuera de las sábanas en cueros vivos.

—Bueno—le decía Vázquez,—estáte así, quietecito, hasta que venga mamá; y cuidado con que se te escape decirla que te has destapado.

Media hora después entró Pascasia, procedente de las Salesas, y lo primero que hizo fué llamar á la criada para que la despojase del sombrero y el abrigo. Después entró en la alcoba donde estaba Vázquez sudando como un pollo, y preguntó con acento imperativo:

—¿Le has dado la cucharada á Manolín? Supongo que no le habrás aireado.

—No, hija mía—respondió él, guiñándonos el ojo al niño y á mí.

—¡Ay! Usted dispense que no le haya saludado—me dijo la señora.

—Es lo mismo, gracias—contesté yo.

—Pues vengo de las Salesas, donde se está

viendo un juicio oral importantísimo. Una esposa ultrajada, que sorprende á su esposo en brazos de la lavandera y ahoga á ambos. ¡Imbécil! Sólo una mujer sin ilustración es capaz de un hecho semejante. ¿Que el marido olvida sus deberes, y se va con otra mujer? Que se vaya bendito de Dios. Es lo que yo le digo á Vázquez cuando hablamos de estas cosas..... Mire usted, estando nosotros en Baza, cuando Vázquez era administrador de Rentas, vinieron á decirme que éste me faltaba con una estanquera. Y ¿sabe usted lo que hice yo? Pues cogí á Vázquez, le embocé en la capa y le puse de patitas en la escalera, diciéndole: «Anda bendito de Dios, y que te haga buen provecho la estanquera.» Yo soy así; maldita la falta que me hacen á mí los hombres.

Yo estaba asustado, y Vázquez no hacía más que sudar y dirigirme miradas de inteligencia, que equivalían á decirme:

—Todo eso es verdad. No has visto nunca una mujer más resuelta ni más despejada que la mía.

Luego Vázquez sacó la conversación de mi visita y del objeto que allí me llevaba.

—Bueno, estudiaré el asunto—exclamó sentenciosamente la esposa «ilustre».

El esposo, en cambio, no dijo una palabra; pero quiso asentir á lo que había manifestado su mujer, y cometió la imprudencia de sacar la nariz por encima del embozo. Entonces ella, fuera de

sí, se arrojó sobre el inocente Vázquez, gritando:

—¡Meta usted esa nariz donde debe estar!

—Pero....—se atrevió á decir él.

—¿Quieres matar á mi hijo? ¿No sabes que el sarampión es «pérfido como la onda»?

Y Vázquez desapareció debajo de las sábanas sin lanzar la menor protesta.

Yo salí de aquel domicilio asombrado de tanta mansedumbre, y volví á los ocho días para saber qué había resuelto Pascasia sobre los sebos vírgenes.

Vázquez me dijo, bajando la voz:

—¡Chis!..... Ten la bondad de no meter ruido.

—¿Hay alguien enfermo?

—No; pero está Pascasia en el gabinete celebrando una conferencia con otras señoras sobre la emancipación de las viudas, y no quiere oír ruidos de ningún género. Mira dónde hemos metido al chico para que no moleste.

Y me llevó á la despensa.

En uno de los vasares estaba la pobre criatura, envuelta en unos trapos, profundamente dormida.

De pronto oyóse abrir con estrépito la puerta del gabinete, y Pascasia gritó con todos sus pulmones:

—¡Vázquez! ¡Vázquez!

—¿Qué deseas?—preguntó el esposo con acento humilde.

—Trae un vaso de agua. Volando, que es para la vicepresidenta.

Vázquez se fué á la cocina rápido como un cohete, y yo tomé las escaleras, renunciando al sebo y á todo por no presenciar las humillaciones de aquel pobre hombre, casado con una tirana.





HOMBRES Y PERROS.

La Exposición perruna está siendo muy visitada todas las tardes.

Hay quien prefiere esta Exposición á todas las demás que se celebran actualmente.

—¡El perro—me decía un entusiasta canino,— el perro es un animal digno de todas consideraciones! Si yo llego á ser gobierno algún día, haré que el perro sea declarado benemérito de la patria y cuadrúpedo inviolable.

En la Exposición hay ejemplares de muchísimo mérito: *Fany*, galga inglesa que sabe ladrar en tres idiomas; *Tom*, perro dinamarqués, que salta á la comba como cualquier señorita; y *Palomo*, de la clase de pachones nacionales, que toca la pandereta con el cuarto delantero.

Hay también un Terranova cariñoso que no se separa de su amo ni aun en los momentos de mayor apuro, y no permite que nadie se le acerque ni le toque, ni le salude con amabilidad.

—Es un perro que me adora—me decía el amo—y tiene celos de todo el mundo. En cuanto me ve cariñoso con un amigo, se pone á ladrar furiosamente; y una vez que tuve que arrancarle un diente á mi suegra porque se le movía, cogió tal berrinche que le creímos loco.

Cuando un perro sale cariñoso de verdad, no hay medio de convencerle ni de tranquilizarle.

Sé de un matrimonio que tiene un perro de aguas llamado *Zulín*, y está perdidamente enamorado de su dueño. Le sigue á todas partes, le contempla extasiado, le acaricia, le sirve de ayuda de cámara y le hace los recados como la doméstica más inteligente; pero es tan exclusivista, que el amo no osa querer á nadie en su presencia por no provocar un conflicto.

En cuanto el amo se pone á hablar con su esposa delante del perro, ya está éste intranquilo, meneando la cola y dirigiéndole miradas de reconvención que equivalen á decirle:

—¡Ingrato! ¿Es así como pagas mis sacrificios?

—Manolo, observo que cada vez me quieres menos—suele decir la esposa.—Ese animal te distrae hasta un punto inconcebible.

—Calla, mujer, que nos está oyendo el pobrecillo y se va á disgustar—contesta el esposo.

En los ojos de *Zulin* aparecen dos ó tres lágrimas, fiel expresión de su gratitud hacia aquel hombre considerado, que quiere evitar competencias entre su perro y su señora.

En fin, el esposo procura no herir la susceptibilidad del perro, y muchas veces se priva hasta de las expansiones conyugales, porque es lo que él dice:

—¿Qué necesidad tengo yo de ofender á *Zulin*? ¿Por qué no hemos de llevarnos bien todos los de casa?

Y sólo cuando *Zulin* se ha quedado dormido ó se ha asomado al balcón para distraerse un rato, dice el dueño en voz baja á su mujer:

—Pero, tonta, ¿no sabes que yo te quiero siempre?

—Bien; pues dímelo en voz alta.

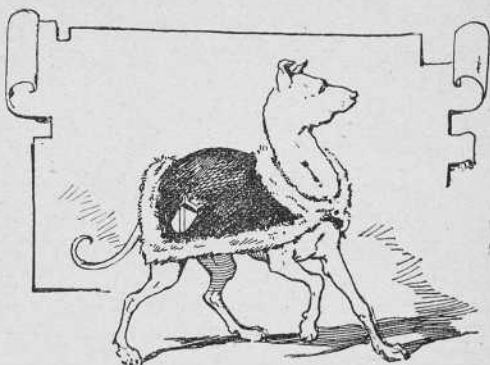
—¿Para qué? ¿Para que se ofenda el perro? No tengas mal corazón, Rudesinda.

Yo he visto personas que han tenido más atenciones con un perro que con un amigo de la infancia condecorado con la cruz de Carlos III.

Calígula, haciendo cónsul á su caballo, no resulta tan ridículo como D. Fermín, que ha llevado á su perro á la Exposición y ha dicho á los señores del Jurado:

—Deseo que le den ustedes el primer premio á

mi *bull-dog* para halagarle; de lo contrario, sé que va á tener un disgusto serio, y yo estoy decidido á borrarame del número de los ciudadanos españoles, haciéndome portugués.





EL PAVO DE NAVIDAD

Ó LA FALTA DE COSTUMBRE.

I

Don Silverio, el auxiliar de la clase de segundos, tiene una hermana en Crevillente, casada con un fabricante de estera de cordelillo, que está muy bien, y este año la hermana quiso obsequiar á D. Silverio y le envió un pavo color de canela,

que llegó, franco de porte, el día 23 por la mañana.

Don Silverio experimentó una dulce sorpresa, y al ver el pavo se le humedecieron los ojos, y se le cayeron las lágrimas cuando leyó la carta siguiente:

«Mi querido Silverio: Te remito el adjunto pavo para que veas que te tenemos en la memoria mi marido y yo. Es muy sanito y muy manso. Podéis comerlo con toda confianza, porque está criado, como quien dice, á nuestros pechos. Como no tenemos hijos, nos encariñamos con todos los animales.

»Va pagado el porte, y te incluyo el talón juntamente con el cariño de tu hermana.—*Dorotea.*»

—¡Es muy buena!—dijo D. Silverio, contemplando la carta con los ojos húmedos.

—¡Gracias á Dios que se ha acordado de nosotros!—añadió la esposa de D. Silverio.—Es el primer año que nos obsequia; y no será por falta de posibles, pues dicen todos los de Crevillente que gasta un lujo.....

Á todo esto, el pavo, rotas las ligaduras que le aprisionaban, se había arrimado á un baúl como si le faltasen las fuerzas, y miraba dulcemente á D. Silverio y á su esposa.

—¡Qué limpio es!—exclamó D. Silverio.—¡Cómo se conoce que ha sido criado en una casa decente!

El pavo levantó la cabeza en señal de gratitud, y D. Silverio, que es el corazón más generoso y el hombre más sensible de este mundo, sintió que se le ponía un nudo en la garganta.

—Parece que se entera de lo que estamos diciendo. ¡Animalito!—objetó la esposa.

—¡Quién sabe!—murmuró D. Silverio.

La presencia del pavo había reverdecido los recuerdos de su juventud, y al contemplarle silencioso arrimado al cofre, acudió á su mente la imagen de Dorotea, que siempre había sido muy sosa.

—¿Sabes lo que se me ocurre?—dijo D. Silverio,—que este pavo se parece á alguien de mi familia.

—Ya sé: á la Dorotea, que es muy *pava*.

Ello fué que á D. Silverio se le arrugaba el corazón al pensar que aquel animalito iba á ser sacrificado. Primero le había encontrado parecido con Dorotea; después con un jefe de sección de su Ministerio, y, finalmente, con su cuñado, que era rubio.

—¿No te parece que debíamos perdonarle la vida?—preguntó D. Silverio á su esposa.

—¡Qué atrocidad! ¿Por qué?

—Más que un pavo parece una persona conocida—dijo D. Silverio.

Aquella noche se metió en la cama triste y abatido, no sin haber cubierto al pavo con una caza-

dora vieja que se ponía por las mañanas mientras se limpiaba las botas.

—¡Pobrecillo! No está acostumbrado á este clima, y se nos va á acatarrar—murmuraba el buen señor.

Y pasó parte de la noche lleno de zozobra y dando vueltas en la cama, hasta que, á fuerza de luchar con los recuerdos de su juventud, pudo quedarse dormido.

Entonces comenzó á soñar que el pavo no era pavo, sino el jefe del personal del Ministerio, que se arrancaba una pluma de la cola y firmaba la cesantía de todos los funcionarios valiéndose de un alón. Después el pavo se convertía en un monstruo de siete cabezas, y las siete se metían en la cama con D. Silverio. Después todas las bocas se acercaban á su oído, gritándole: ¡Criminal! ¡Mal empleado! ¡No tienes ortografía, y vas á comerte á tu hermana! El pavo no es pavo, que es pava.... ¡Es Dorotea!

—¡Pero, hombre! ¿Qué tienes?—preguntó la esposa á D. Silverio, despertando sobresaltada.—Me estás dando puntapies en un vacío.

Don Silverio abrió los ojos y se sentó en la cama, presa del espanto.

II.

—Bien—decía la esposa de D. Silverio al día siguiente,—no presenciarás el sacrificio; yo mataré el pavo á solas.

—Te lo agradezco. Hace veinticuatro horas que está con nosotros, y ya le he tomado el mismo cariño que si fuera de mi propia sangre.

—¡Qué tontería!

—Es un animal muy inteligente. Esta mañana, cuando fuí á darle de comer, trataba de sonreír como si quisiera darme las gracias.

Don Silverio no asistió á la oficina. El pobre señor no podía desechar de su mente esta idea terrible: El pavo es un sér inofensivo, y le vamos á matar para comérnoslo. Viene de Crevillente, donde reside Dorotea..... ¡Dios mío! ¡Esto es tanto como comerse á una hermana!

La esposa de D. Silverio cogió el pavo y se lo llevó á la cocina, sin que el infeliz esposo lo notara. Ya allí, trató de separarle la cabeza del tronco con un cuchillo.

El pavo comenzó á mover las alas y á sacudir el cuello, hasta que, no sin grandes trabajos, la heroica esposa logró clavar el arma mortífera en el pescuezo del animal; pero éste, con la cabeza

colgando, logró desasirse de su verdugo y se dirigió al gabinete, donde estaba D. Silverio quitándole las manchas al gabán y pensando en el triste fin de los volátiles.

Con el ruido del pobre animal que huía de la muerte, D. Silverio volvióse de pronto y lanzó una carcajada histérica.

Acababa de ver al pavo, con la cabeza pendiente de un cartilago, dirigirse á él como si quisiera decirle:

—¡Fratricida!





¡AQUELLOS PINOS.....!

Los dependientes del alcalde han destruído el Pinar de las de Gómez.

Aquellos árboles color de plomo, testigos mudos de mil escenas de amor, han sido trasladados no se sabe adónde, y la juventud enamorada protesta contra el acuerdo municipal.

—Aquí, en este sitio—exclamaba un pollo, señalando con el dedo un montón de tierra removida,—aquí existía un pino esbelto, donde solía apoyarme yo para ver á mi Aniceta. ¡Sabe Dios dónde habrá sido trasplantado!

—¿Y Aniceta?—preguntaba otro joven.

—Se la llevó su papá á Belchite para romper nuestras relaciones. Es una historia de lágrimas. Aniceta estaba decidida á todo, hasta el rapto; pero su padre, que es un comisario de guerra sin corazón, pidió el retiro á cencerros tapados; hizo los baúles, compró una gorra de viaje, y una noche, cuando estaba Aniceta preparándose para el rapto, la cogió por las enaguas y la introdujo á la fuerza en un coche de punto. Ella quiso gritar, después trató de tirarse por la ventanilla, pero el padre la dió en la cabeza con el puño cerrado. Una hora después, Aniceta era conducida á Belchite en segunda.

—¡Qué horror!

—Y ahora me escribe cuando puede burlar la vigilancia paterna, diciéndome que su vida es un constante martirio. Su padre la tiene privada de la luz, de la sociedad, del postre; y todas las mañanas, antes de lavarse, la arrastra por los pelos.

Quizás el Municipio haya quitado el famoso Pinar para que no se repitan las tristes escenas á que ha dado ocasión aquel paseo de moda. Allí acudían los chicos de ambos sexos; allí germina-

ban las relaciones amorosas, y de allí procedían muchos matrimonios y algunos dramas como el que acabo de referir.

Las de Martínez no sabían que el Pinar estaba llamado á desaparecer, y acudieron la otra tarde, según su costumbre, á su paseo favorito. Allí estaban los chicos elegantes más acreditados de Madrid, contemplando la obra infausta del Ayuntamiento y desatándose en censuras.

—¡Esto es escandaloso!—gritaba un elegante.

—Se nos quita uno de los placeres más honestos. Se nos quiere faltar á todas las consideraciones—añadía otro.

Las de Martínez dirigieron una mirada de inteligencia á los jóvenes protestantes, como si quisieran decirles:

—Es verdad. El Ayuntamiento no cuida del porvenir de las hijas de familia.

—¡Qué simpáticas son las de Martínez! Una se llama Pura, otra Consuelito, y otra Baldomera, y las tres son del mismo tamaño, pelirrubias, alegres, con las naricitas en forma de apagador y los ojos salientes como los de los besugos frescos.

La mayor ha tenido ya media docena de novios, que conoció en el Pinar, y entre ellos un joven de Fernando Póo, que está aquí haciéndose farmacéutico; pero el Sr. Martínez, padre, supo que los ascendientes del joven habían sido indios bravos, y que él había pasado su niñez en las ramas de un

cocotero, y por no exponerse al salto atrás en caso de procreación, se opuso al casamiento de su hija con aquel mono de la Facultad de Farmacia.

La chica entonces se puso en relaciones con un filipino, color de chocolate, que se barnizaba el cutis como si fuera una cómoda, y con él se hubiera casado á no ser por el Sr. Martínez, que averiguó que el filipino no tenía nada absolutamente.

En el momento de presentar á mis lectores á la familia Martínez, el padre ha notado que sus tres niñas son objeto de las miradas de los señoritos elegantes, y las dice en voz baja:

—Discreción, hijas; mucha discreción. La mujer es como el cristal, que se empaña con el aliento.

Porque el Sr. Martínez, que es viudo desde su más tierna edad, cifra todas sus esperanzas en despachar á las niñas con el mayor decoro posible.

Es hombre pundonoroso y buscavidas, que lo mismo establece un servicio de judías verdes á domicilio, como funda una agencia para colocar amas secas desacomodadas, pero sin que abandone por eso el porvenir de sus hijas; y cada vez que les salía un novio en el Pinar, revolvía el mundo entero para adquirir informes en averiguación de los antecedentes del interesado.

En cierta ocasión, su hija Pura fué requerida de amores, junto á la guantería de las Calatravas, por un chico de Daimiel llamado Manolo, concu-

rrente asiduo al paseo del Pinar, y á Daimiel se marchó Martínez á buscar informes. Veinticuatro horas después, Pura recibía el siguiente telegrama:

«Manolo resultó presbítero. Devuélvele carta, pelo, retrato. Yo reventaréle sin reparar carácter sagrado. Ahoga latidos corazón.—*Aquilino.*»

Muchas decepciones ha experimentado la familia Martínez en el Pinar; pero esto no impide que vean con disgusto la desaparición de aquellos pinos, algunos de los cuales parecían querer decir á los abonados:

—Pasead y sed felices, que nosotros hemos sido plantados aquí para guareceros y amaros, ¡oh cursis!



1. The first of these is the fact that the
the first of these is the fact that the
the first of these is the fact that the



LA MANÍA DE AHORA.

Casi todos los días se mata alguna persona en este Madrid alegre y bullicioso; pero de algunos días á esta parte ha aumentado considerablemente el número de suicidios.

Hay quien atribuye este aumento á la mala calidad de los comestibles, y quien supone que la gente se mata por no leer una obra de Commele-rán próxima á publicarse.

De todas suertes, lo que aquí ocurre va picando en historia, y el Ministro de Hacienda trata de crear una contribución sobre los suicidios, lo cual trae desazonados á algunos sujetos, que dicen con tono amargo:

—Yo pensaba matarme el 12, que es cuando supongo que se me acabará el dinero; mas voy á tener que renunciar por ahora.

—¿Por qué?

—Por no pagar la contribución á Gamazo.

Bueno es que el Gobierno contenga á los suicidas y evite que nos quedemos sin gente en la capital de las Españas.

Los caseros andan ya preocupados, temiendo perder á sus inquilinos, y á lo mejor van á conferenciar con las porteras y les preguntan:

—¿Le ha notado usted algo al vecino del principal?

—Sí, señor; he notado que le faltaban dos dientes de arriba.

—Eso no es lo que pregunto: me refiero á su estado moral. ¿Sabe usted si sufre?

—Puede que sufra, pero no se le conoce *por defuera*.

—He oído decir que tiene disgustos con su cu-

ñada y que es hombre de resoluciones enérgicas. En cuanto sepa usted que se quiere suicidar, avíseme inmediatamente.

Ayer fuí á comprar un hongo, y me dijo el sombrerero:

—Llévese usted éste, que es muy bonito. Me lo había encargado un caballero que se suicidó el lunes sentado en una silla, *con ayuda* de su señora.

—¡Qué horror!

—Sí; él no podía dispararse el tiro por su propia mano porque tiene un uñero, y tuvo que pedir ayuda á su esposa.

—¡Pobrecillo! Sería muy desgraciado.

—¡Quiá, no lo crea usted! Se mató porque le había salido falsa una moneda de dos pesetas. Ahora la gente se suicida por cualquier cosa.

El otro día quiso suicidarse mi cocinera porque se le habían pegado las sopas de ajo, y al saberlo me fuí en su socorro. Estaba en la cocina tratando de abrirse dos venas con una punta de París.

—¿Qué va usted á hacer, Ramona?—dije apoderándome de la punta.

—Permita usted que me mate, señorito. Ya lo dejo todo arreglado: el puchero á la lumbre, las camas hechas, la loza fregada.....

—Pero Ramona.....

—Yo no puedo soportar la existencia después de lo ocurrido.

Por fin no se mató porque tenía que ir á ver á un primo suyo recién llegado del pueblo ; pero el mejor día nos la encontramos cadáver sobre el fogón, ó viene á morir á nuestros brazos después de beberse una pócima cualquiera.

Antes, la gente se mataba por algo serio; ahora se ha establecido la costumbre del suicidio por cualquier contrariedad, y hasta hay personas que le aconsejan á uno que se envenene como si le aconsejaran que se cortase el pelo ó se echase una novia.

—¿Sabes que me he comprado un gabán y se destiñe?—dice usted á lo mejor.

Y contesta un amigo cariñoso:

—Yo, en tu lugar, me envenenaba con unos polvos muy buenos que venden en la botica.

—Gracias, no los uso.

—No seas tonto, Fulano. Mátate hoy mismo, antes de que se haga de noche. Créeme á mí.

Algunos siguen los consejos de la buena amistad, y se toman los polvos desleídos en agua; pero si no mueren de primera intención apelan á la segunda ó la tercera, como ha hecho un caballero dé la calle del Sombrerete, que tomó pan francés mojado con láudano, y al ver que no se moría trató de atravesarse el corazón con un berbiquí.

Tampoco pudo entonces realizar su triste tarea, y se tiró á la calle al tiempo de pasar un presbítero.

Éste le recibió en el manteo, y el aspirante á suicida no pudo llevar á cabo su propósito.

Hay una Providencia para unos cuantos, y otra para otros cuantos; pero, al fin y á la postre, el que quiere matarse, se mata.

Ayer, sin ir más lejos, nos decía en la calle cierto amigo desgraciado:

—¿Quieres apostar cinco duros á que me suicido?

Es un hombre tan bruto que estoy temiendo perder la apuesta.





PADRES CELOSOS.

I.

Estaba yo hablando con D. Pompeyo, esclarecido procurador de esta corte, cuando de pronto entró en el despacho su esposa diciéndole:

—Ven al momento, anda, no te detengas.

—¿Qué ocurre?—preguntó él.

—Que el niño.....

No quiso oír más D. Pompeyo. Soltó un pleito civil que tenía en la mano; dió un respingo, derribó dos sillas, dejó tras de sí las babuchas, que se le salieron de los pies en su precipitada carrera, y se fué á escape hacia las habitaciones interiores, dejándome con la palabra en la boca.

Yo entonces pregunté al escribiente:

—¿Sucedé alguna desgracia?

Y él me contestó sonriendo:

—No, señor. Esto pasa aquí á todas horas.

—Pero ¿qué es ello?

—Nada, que D. Pompeyo ha tenido un hijo después de veintisiete años de matrimonio, y lo va á matar el día menos pensado á fuerza de medicinas y precauciones.

—Cuenta usted, cuenta usted.

—Antes de que naciera la criatura aquí se estaba muy bien, porque D. Pompeyo es un alma de Dios; pero desde hace nueve meses, esta casa es un infierno. El chico salió algo flojo y con las carncitas blandas como el queso de Burgos, y unas veces llora porque le duele la tripa, y otras porque no le duele; y tan pronto mama, como le chupa el pañuelo á la nodriza; de manera que don Pompeyo y su mujer no tienen instante de reposo, y aquí no se hace nada á derechas.

Cuando estábamos en esto oímos al procurador lanzar dos ó tres maldiciones seguidas, y á su mujer que gritaba:

—No te alarmes, Pompeyo. Ten calma.

—¡Hijo de mi corazón!—decía él.

A mí me pareció oportuno interesarme en el dolor de D. Pompeyo, y entré en el gabinete, donde estaba el pobre hombre hecho un mar de lágrimas.

—¿Qué ocurre?—pregunté.

Él no pudo contestarme; la señora fué quien calmó mi curiosidad, exclamando:

—¡Que el niño está muy malito!

Yo dirigí los ojos hacia el objeto de aquellas ansias, que era un chico verdoso y calvo, con la nariz en forma de boliche y los ojos menuditos como los de una comadreja.

Estaba boca abajo sobre las rodillas del ama, y se entretenía en meterse en la boca los cinco dedos de la mano derecha.

—¡No quiere mamar!—dijo la madre.

—Nun, señor—añadió la nodriza.—Le metu el pechu en la boca y nun lo coge.

Don Pompeyo se levantó súbitamente y fué en busca de un frasco con etiqueta verde; lo destapó con mano temblorosa, y después de aplicárselo á la nariz, vertió algunas gotas de su contenido en una cuchara.

—Venga el niño. Hay que darle la cucharada.

Y quieras que no, introdujo la medicina en las fauces del chiquitín, que se puso á llorar con desconsuelo y á devolver el líquido, protestando de tantas molestias.

—Déjenlo ustedes en paz —dije yo.—El niño no tiene nada.

—¿Que no? —replicó D. Pompeyo.—¡Cuántos niños se desgracian por descuido de sus padres! Al mío no le pasará eso, porque le cuidamos y vivimos pendientes de su salud.

II.

El niño de D. Pompeyo tiene ahora nueve años, y parece un cínife.

No ha ido aún al colegio porque, según sus papás, allí se respira una atmósfera insana. No juega en el Prado porque se fatiga; no come frutas porque le descomponen el vientre.

La pobre criatura es víctima de los cuidados paterno y materno.

Desde el 15 de Agosto de 1882, en que tuve el honor de conocerle, hasta la fecha, ha tomado unos cuarenta y cinco hectolitros de aceite de hígado de bacalao y diez ó doce de jarabe de rábano yodado. Además, todas las noches, antes de acostarse, tiene la obligacion de tragar dos cu-

charadas y media de la emulsión Scott y tres pastillas *cloro boro-sódicas* del Dr. Bonald para que no se le irrite la garganta.

Su papá le lleva á las Salesas porque no quiere perderle de vista, y mientras despacha sus asuntos se le entrega á un alguacil cariñoso, diciéndole:

—Voy á la escribanía del Sr. Garduña, para ver si llevamos al cadalso á un reo que no tiene dos pesetas; *en el interin* hágame usted el favor de cuidar de mi niño, y no le permita usted que se lleve á la boca nada que le pueda perjudicar. Procure usted que no se coma las uñas, porque le producen mareos.

En casa someten al niño á una reglamentación higiénica que le hace desgraciado.

De ocho á nueve toma chocolate; de nueve á diez, pasea por la habitación; de diez á doce, descansa. A las doce almuerza; á la una se va con D. Pompeyo al Palacio de Justicia; después vuelve á pasear hasta las cinco; á esa hora come, y en seguida hace gimnasia en una buhardilla de la calle del Lobo, hasta que sude y se empape.

De manera que la pobre criatura no tiene un solo momento de alegría, y en fuerza de tomar menurjes y de recibir cataplasmas, vive triste y alicaído.

El exceso de cuidados le perjudica hasta un punto inconcebible, y en vez de criar carnes, crfa

una cosa así como natillas, y el día menos pensado entrega su alma á Dios.

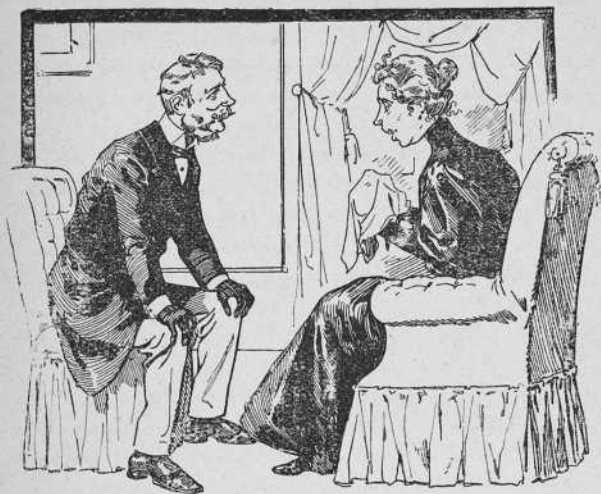
Hoy, día de la fecha, el niño de D. Pompeyo no es niño; es una hoja de bacalao con sombrero á la marinera, y el papá dice á cada paso, como hombre previsor y convencido de sus deberes:

—¡Cuántos niños se desgracian por descuido de sus padres! El mío, gracias á mis cuidados, está hecho un roble.

Y ayer fueron á pesarle, y *arroja* 22 kilos, 200 gramos.

Lo natural es que se muera de un momento á otro.





ELOGIOS DE ULTRATUMBA.

La muerte lo borra todo.

Ya puede usted ser un bribón consumado, que después de muerto han de venir las alabanzas; y ¡guay del que ose ofender la memoria del difunto! pues habrá personas dispuestas siempre á decir con acento de amarga reconvención:

—¡Paz á los muertos!

Sí, señor, paz, mucha paz; pero convengamos en que hay difuntos y difuntos.

Á cada paso leemos necrologías entusiásticas referentes á un Fulano de Tal, que falleció siendo alcalde, ó diputado, ó músico mayor, y entonces acude á nuestra mente el recuerdo de las fechorías realizadas por el difunto, que no ha hecho en toda su vida más que una cosa buena: morir.

Hemos establecido la costumbre de llorar sobre la tumba de todas las personas de representación, y en cuanto fallece un personaje ya hay diez ó doce necrólogos llorones que le dedican artículos preñados de amargura, para decir que hemos sufrido una pérdida irreparable y que estamos todos de luto nacional.

No falta entonces quien le lleve á usted á un rincón para decirle:

—¿Ve usted lo que se ha escrito acerca de las virtudes del difunto? Pues todo es mentira. Yo lo sé mejor que nadie, porque he sido vecino suyo y me consta que estaba en relaciones con una lavandera, y un hijo que tuvo se lo vendió á unos titiriteros por 24 reales.....

¡Por no ofender la memoria del difunto, hay viuda que se limita á suspirar siempre que se enaltecen en su presencia las cualidades del muerto!

—¡Qué amigo hemos perdido!—exclama una de las personas del duelo.

—¡Qué excelente padre de familia!—dice otro.

—¡Cómo jugaba las carambolas! ¡Cómo hacía el arroz á la valenciana!

—¡Qué marido ejemplar!—añade un tercero.

La viuda enmudece y se palpa un bulto del tamaño de una rosca, que tiene junto á la rabadilla, procedente de una patada que le atizó su dulce esposo media hora antes de morir.

Mentira ó verdad, toda mujer, al sentirse viuda, comienza á hacer elogios de su consorte, asegurando que era un ángel. Pocas habrá que, rindiendo culto á la justicia, declaren:

—¡Ay, qué hombre tan bruto acabo de perder! ¡Qué vida me daba! Un día, porque le pedí cuatro pesetas para una medicina, me ató á la pata de una mesa como quien ata á un loro.

Llega á tal extremo el afán de enaltecer á los difuntos, que aun sus mismos defectos merecen los honores del elogio.

Yo he oído decir á una viuda entre sollozos lastimeros:

—¡Pobre Garduña de mi corazón! ¡No había en el mundo un hombre más amante de su familia, ni que mirase más por su casa! Aun no hace quince días que se trajo un gabán nuevecito, que estaba colgado en una percha del Ateneo. En cuanto veía cualquier prenda de valor, ya se la estaba trayendo para su casita.

En otra ocasión me decía cierto sujeto, ponderando las buenas cualidades de un difunto:

—¡Lástima de hombre! ¡Qué juicioso y qué enemigo de proteger á nadie! Conocía perfectamente el mundo, y sabía que todo él está lleno de ingratos..... Iba usted á pedirle un favor, y le daba con la puerta en las narices; antes de soltar un duro, era capaz de dejarse hacer picadillo; de manera que el pobre consiguió reunir un buen capital, y prestaba al 75 por 100 á las clases necesitadas. ¡Pobrecillo! En menos de dos años arruinó á tres viudas de brigadieres. ¡Dios le tenga en su santa gloria!

Lo natural sería que se escribiera siempre con arreglo á la historia y sin desfigurar los hechos, y entonces leeríamos noticias como ésta:

«Ayer falleció D. Perengano, que era bastante mala persona. Su familia comía mal y estaba deseando que se lo llevasen los demonios.

»Suponemos que estará á estas horas en poder de Satanás, metido en la caldera del aceite hirviendo, y enviamos á la viuda la más cordial enhorabuena.»





CARTA Á UNA SEÑORITA.

Tiene usted razón, señorita: ustedes abusan de nuestra paciencia en el teatro y nos quitan la vista con sus monumentales sombreros; pero los hombres abusan también, por su parte, pene trando ruidosamente en la sala cuando ya se ha levantado el telón.

Hay quien espera en el vestíbulo que se corra la cortina para hacer su aparición solemne, porque supone que van á decir todas las chicas guapas, clavando en él sus ojos amantes:

—¡Qué precioso es ese hombre! ¡Qué bien pisa! ¡Con qué elegancia lleva el gabán!..... ¿Cuál será el nombre de esa interesante criatura? Tiene cara de llamarse Arturo ó Eleuterio.

Esta dulce creencia hace que la juventud olvide los más rudimentarios deberes de educación y moleste con taconeos sonoros á los que van á oír la obra. El que estrena un buen gabán quiere lucirle y no se le quita hasta que ha llegado á su butaca. ¡Ay, señorita! ¡Usted no sabe cuán vanidosos son algunos hombres! Tengo yo un amigo que se riza los pelillos de la nariz y se agranda los ojos con esfumino. La otra noche le sorprendí untándose las mejillas con belladona para parecer moreno, y usa corsé-faja y se envuelve los pies en unas fundas de cabritilla para disimular los juanetes.

Usted habrá amado, señorita, y en la casta intimidad de unos amores puramente contemplativos (porque usted debe ser pura como un ángel) habrá llegado á notar que el hombre es como un caballo de lujo, aunque la comparación resulte ofensiva para la clase.

Sí; el hombre, por regla general, desea lucir su figura, y el que menos guapo parece es un vani-

doso tremendo, que regaña con el sastre sobre la hechura de una levita y llega hasta faltar al barbero porque le ha dejado corto el flequillo de la frente.

Quisiera influir en el ánimo de la juventud elegante para que desapareciese la maldita costumbre que usted vitupera en su discretísima carta; pero van á resultar vanos mis esfuerzos.

¿Sabe usted cuándo podría evitarse el afán de las exhibiciones ruidosas en los teatros? El día en que se destruyese la belleza física del hombre, embadurnándole el rostro con betún mate por orden gubernativa.

Pero no querrá usted ver á su Pepito ó su Antolín ó su..... como se llame, convertido en negro interino. Será usted la primera en admirar las dotes físicas de su novio, y más de una vez, á solas con su recuerdo, habrá dicho amorosamente:

—El día que á mi Fulanito le saliese un grano en la nariz, ó perdiese las patillas, ó se le llenara el cutis de manchas, experimentaría un disgusto tremendo.

¿Á que sí? ¿Á que ante la sola idea de que pudiesen marchitarse las rosas que esmaltan sus mejillas sufre usted una decepción dolorosa?

En la manera de escribir y en la colección de comas largas y retorcidas que figuran en su carta, descubro un temperamento apasionado y una poderosa intuición estética.

No se sometería usted, pues, voluntariamente al betún que pretendo aplicar á los rostros masculinos para desfigurarlos.

¿Verdad, señorita?

Pues bien; como éste es el único medio que puede influir en la desaparición del abuso por usted denunciado, tendrá que resignarse con su triste suerte, y seguirá usted siendo víctima de esos caballeros que llegan tarde al teatro, y antes de entrar en la sala preguntan al acomodador con aire displicente:

—¿En qué acto están?

Después se lanzan al callejón de las butacas con el sombrero puesto, y antes de sentarse pasean la mirada por el recinto, se descubren de mala gana, tosen, estiran las piernas y dicen interiormente:

—He dado golpe. ¡Cuántas *desdichadas* estarán á estas horas admirando mi físico!.....

Adiós, señorita; no quiero molestar á usted con otras ideas que me sugiere su carta, y hago aquí punto besándola los pies á falta de mejor empleo para mis intenciones.





PROGRESOS.

Un periódico de provincias da cuenta de haber sido sorprendida por los agentes del Gobernador una casa de juego donde distraían sus ocios varios niños de diez á doce años.

¡Oh, el progreso de la presente generación es digno de un poema!

Todos los días se descubren cosas nuevas y que acusan un gran adelanto en nuestras costumbres, en nuestro comercio y en nuestro físico.

Ya se ha inventado una pomada para tapar los hoyos de las viruelas; los hombres elegantes usan cuellos y puños de porcelana, que se lavan con arena y estropajo, como los pucheros; las señoritas compran en las tiendas los dones físicos que les ha negado Natura, y hasta se venden cejas postizas, uñas de nácar, orejas de tafetán inglés y labios de rubí, partidos por gala en dos.

Hay alguna joven que, con el mayor descaro, entra en un almacén y dice al comerciante:

—Déme usted un par de pantorrillas turgentes, que sean gordas.

Gracias al progreso que hoy disfrutamos, vense por ahí narices que parecen griegas y son de caucho pintado al óleo.

Un amigo nuestro tiene una de cristal de Bohemia que le ha salido magnífica, y en cuanto llega al café se la quita y la guarda en el bolsillo del chaleco para que no se ahume.

Conocemos una señora que usa mejillas artificiales de quita y pon. Tiene dos juegos de mejillas: unas pálidas, para cuando va á dar un pésame, y otras ligèramente sonrosadas, para asistir á bodas y bautizos.

Hay un diputado que lleva postizo el vientre, á fin de adquirir aspecto de hombre grave y lograr que le nombren gobernador de una provincia de primera.

Días pasados se dejó el vientre olvidado en su casa, y la chica lo barrió, creyendo que era la copa de un sombrero viejo.

No nos sorprende, pues, que en esta época de adelantos progresivos haya criaturas que jueguen al monte, y se observa que muchos niños salen ya del claustro materno con su barajita marcada.

—¿Por qué no vigila usted á su niño?— preguntábamos á un padre idólatra de las conquistas de los tiempos presentes.

—Déjele usted que se divierta—contestó.—El pobrecito se aburre aquí entre estas cuatro paredes, y todas las tardes talla cinco duros con unos amigos. ¡Si viera usted con qué gracia maneja la barajita!

Hay chicos que fuman puro, y chicos que juegan al *baccara*, y chicos que pronuncian discursos desde los brazos del ama de cría, y no ha de pasar mucho tiempo sin que veamos alguno vestido de obispo, echando bendiciones y perdonando los pecados.

Porque el progreso se impone, y es inútil querer marchar contra la corriente.





CUERDOS Y LOCOS.

Por mucho que vigile la policía, nunca podrá conocer quién es peligroso y quién un infeliz.

Á lo mejor, el que parece más pacífico resulta loco, y viceversa; ¡y vaya usted á exigir responsabilidad á un agente de policía porque salga por ahí un caballero repartiendo cachetes ó atropellando doncellas de labor!

Muchas veces el exceso de celo de la autoridad conduce á los mayores extravíos. No hace mucho se dijo que *Jack*, el famoso destripador inglés, había llegado á Madrid con ánimo de visitarnos, y que aprovecharía su estancia en la corte para destripar á unas cuantas señoras y á varios niños.

La policía se puso en guardia y comenzó á vigilar á un sujeto mal encarado que iba por las calles dirigiendo miradas siniestras á las señoras.

Por fin, un vigilante se le acercó y le dijo:

—¿Quién es usted?

—¿Yo?—contestó el hombre sospechoso.—Yo soy Cavaleta, bajo profundo del género italiano, sin contrata.

Sólo después de haber cantado una romanza en la Delegación del distrito consintió la autoridad en dejar libre á aquel sujeto que se parecía á *Jack* en la expresión de los ojos y en una verruga próxima á un ojo.

Para que se vea que los que parecen destripadores son unos infelices.

En cambio tropieza usted en el café con don Serapio, padre de familia, bueno, sencillo y candoroso, que aborrece las bebidas alcohólicas y no osa llamar al camarero con voz imperativa para que no se ofenda, y luego resulta que el tal D. Serapio es un monstruo con entrañas de tigre carnicero, un corazón de hule y un verdugo de su familia.

Entra en su casa jurando y pide la sopa.

—No está todavía—le dicen.

Don Serapio va en busca de su esposa al gabinete, y como primera providencia la insulta, después la tira del pelo, y por último la arrastra por la habitación, cogiéndola por donde mejor le parece.

No hay una servilleta en casa de D. Serapio que no esté zurcida, y es porque él las muerde todas en los momentos de desesperación. Cuando no tiene dónde morder, clava los dientes en un acerico que figura un corazón salpicado de lentejuelas.

—¡Serapio—grita la esposa,—vas á tragarte los alfileres! Recapacita.

Por toda respuesta, D. Serapio arroja el corazón á la cara de su señora, y en seguida se mete en su cuarto para destrozar á solas todo lo que encuentra.

Después..... después se presenta en el café con su cara dulce y sonriente, como si acabara de asistir á una boda ó de escuchar un discurso sobre los trigos.

—Buenas noches, señores.

—Hola, D. Serapio. ¿Está usted bueno? ¿Y la familia?

—No tiene novedad; muchísimas gracias. Dejo á toda mi gente entretenida en sus labores. Pensaba sacar un ratito á mi esposa para que se dis-

trajera, pero no ha querido; tengo una mujer que no goza más que en su casita.

—¡Qué paz debe reinar allí!

—No es casa, es un templo.

—¡Claro! ¡Usted tiene ese carácter tan dulce y tan tranquilo!

—No es porque yo lo diga, pero en mi casa no se oye una voz más alta que otra....

Y al hablar así, D. Serapio escupe y se quita cuatro ó cinco pelos que trae adheridos á los labios.

Los cuales pelos proceden del cogote de su esposa, donde ha clavado los dientes D. Serapio cinco minutos antes.

Por eso digo que no hay policía que sepa distinguir á los locos de los infelices, y viceversa.





DE VIGILIA.

Los viernes de Cuaresma no hay quien resista el olor á aceite frito que «exhalan» las cocinas de la corte.

Yo no sé qué comerán unas señoras vecinas mías; pero ello es que entre once y doce de la ma-

ñana sube un vaho sospechoso que nos tiene preocupados á todos los inquilinos.

—Esas del segundo interior deben de guisar con alguna cosa de la botica —dice la portera, — porque á la hora de comer huele toda la casa á ungüento amarillo.

Sabe Dios lo que comerán aquellas señoras.

Hay quien, á trueque de no faltar al precepto, es capaz de todo. Tengo unas amigas que emplean los viernes el bacalao *trichuela* por ser más barato, y después les salen pupas en el cielo de la boca.

Los seres delicados rechazan aquel comestible con indignación, y se dedican á las ricas lentejas en ensalada, al reputado potaje, á la tan aplaudida sopa de ajo y á otros manjares no menos finos y apetitosos.

Almuerza uno á las doce dos ó tres platos de éstos, y á las siete de la tarde anda todavía luchando con los recuerdos del pimentón y el saborcillo del aceite.

—¿Qué haría yo para quitarme el gusto del almuerzo? —pregunta usted á un amigo de confianza. —Lo tengo agarrado á la faringe.

—¿Qué has comido?

—Almejas, escabeche, coliflor.....

—Toma té.

—Ya he tomado cinco tazas y no logro ahogar las almejas.

—¿Te gusta el papel secante?

—No lo he probado nunca.

—No importa; cómete un par de hojas, á ver si consigues enjugarte por dentro.

La comida de vigilia suele producir perturbaciones internas.

—Melitoncito—dice una joven á su novio.—Tú no eres el de siempre. Tú sufres. Ayer estabas á mi lado embriagándote con el perfume de mi aliento, según decías. ¿Por qué estás hoy ojeroso é intranquilo?

El joven no osa confesar que se le ha quedado de pie en el estómago una ensalada de cardillos y dos huevos duros; pero al fin se resuelve á declararlo todo, y echa á correr hacia su casa. Llega al portal sudando campeche, y cae rendido en brazos de la familia de la portera, que nota cierto ruido interior en el vientre de Melitoncito, y le pregunta asustada:

—¿Qué trae usted dentro?

—No lo sé, pero sospecho que sea la ensalada de cardillos. ¡Yo me muero!

—No se muera usted aquí. Suba usted á su casa.

—No voy á tener fuerzas.

En efecto, Melitoncito se acuesta en el primer escalón para esperar la muerte, y sólo después de muchas tazas de manzanilla logra volver á su prístino estado.

Los que pueden comer ostras y salmón, lubina

y langostinos y tantos otros manjares sabrosos, rociándolos con rico Burdeos ó excelente Borgoña, andan por ahí tan tranquilos; pero el que cae bajo la acción cruel del fementido bacalao ó tiene que entregarse á las lentejas impías, sufre toda clase de tormentos y no cesa de preguntar á la esposa amante ó á la cocinera afectuosa:

—¿No habría medio de inventar algún plato de vigilia que no tuviera aceite? ¿No podría disfrazarse el bacalao de modo que no lo conociera nadie?

Y hay cocinera que lo envuelve en harina ó lo pinta con huevo; aunque todo resulta inútil, pues el bacalao, por mucho que lo quieran desfigurar, siempre resulta una cosa así como esparto lleno de espinas.





NUESTROS VERDUGOS.

En Francia se va á establecer, ó ya se ha establecido, una contribución sobre los pianos, y aquí, desgraciadamente, continuarán gozando toda clase de franquicias los infinitos *percebes* filarmónicos que nos destrozan los oídos mañana y noche.

Tengo en mi vecindad una «joven sonora», que no me deja escribir, ni descansar, ni dedicarme á las expansiones domésticas.

Todos los de casa hablamos á gritos, porque el piano de la vecina apaga nuestra voz.

Pero nuestros esfuerzos resultan inútiles, y lo único que oímos es el tecleo incesante de aquella pícara.

—¡Señoritooooo! ¡La sopaaaaa! —entra gritando mi criada.

—¿Qué diceeeees? —la pregunto colocando ambas manos junto á las orejas, á manera de tornavoz.

—Que está la sopa en la mesaaaaa.

Y nos ponemos á comer arrullados por los acordes de la vecina, que se pasa la existencia sentada ante el piano, sin respetar los oídos ajenos.

Días pasados subió á decirle la portera sobresaltada:

—Señorita, haÿ un vecino en el segundo que está dando las boqueadas. ¿No podría usted tocar por lo bajo?

—Dígale usted al vecino —gritó la mamá de la pianista— que mi niña tiene que estudiar y que no vamos á privarla del estudio por él ni por nadie..... Anda, Consuelito, toca y no hagas caso.

Y el vecino se murió con la cabeza metida de-

bajo de la almohada, por no oír en sus últimos momentos á la infame pianista.

Como ésta hay muchas, que ponen en dispersión á los honrados vecinos, turban la paz de las familias y nos hacen aborrecer el sublime arte de Listz.

Se conoce que en Francia ocurre algo parecido, y el Gobierno de la república ha impuesto una contribución de 10 pesetas por cada piano sonoro.

Cada vez que voy á casa de D. Eufrasio sufro de un modo cruel, porque tiene una hija de la clase de *pianóferas*, y en cuanto piso aquellos umbrales ya está la esposa de D. Eufrasio diciendo á la niña:

—Filo, toca cualquier cosilla para que te oiga este caballero.

La niña, que no se hace rogar, arremete contra el teclado y nos pone la cabeza como una olla de grillos.

Mientras la niña toca, la mamá nos dice á media voz:

—No es porque sea mi hija, pero tiene unas manos de oro. Nosotros lo que queremos es que la oiga la Infanta, pero hasta ahora no hemos podido lograrlo. La han oído muchas personas inteligentes: Carulla, un sobrino de Manini y el doctor Garrido, y todos dicen que si esta chica fuese á Italia, llamaría la atención; pero como mi es-

poso no tiene carácter ni sirve para nada..... Mi esposo es un bruto; se lo digo á usted confidencialmente.

—Señora, no le tengo por bruto.

—Sí, señor; no le quepa á usted la menor duda. Yo tenía empeño en que mi Filo fuese á tocar á casa de Sagasta, y una noche la llevó allí su padre; pero en vez de alentarla, como era natural, la dejó sola delante del piano, y la pobrecilla, al ver tantos hombres políticos, se sobrecogió y no pudo salir del paso; de modo que se quedaron dormidos todos los de la tertulia.

Filo no puede ir á parte alguna sin que, como primera providencia, se agarre al piano, y aun no hace ocho días que fué á dar el pésame á doña Genoveva, que se quedó viuda de la noche á la mañana, y mientras la tributábamos los consue-los de rigor, Filo levantó la tapa del instrumento y se puso á tocar la *Oración de un escrofuloso*, famosa pieza «debida» al médico-director de unos baños sulfurosos.

La viuda, al oír la melodía, cayó sin conocimiento sobre el hombro de un cuñado, y un amigo de la casa tuvo que coger á la hija de don Eufrasio por las enaguas y ponerla de patitas en el comedor.

—¿Qué es esto?—gritaba el padre—¿Así aprecian ustedes el mérito de mi niña? La culpa la tiene ella por ser demasiado condescendiente.....

Todos estos aficionados á la música llegan á constituir una verdadera calamidad doméstica, sobre todo los aficionados á *piano forte*, y el Gobierno podría prestarnos un buen servicio imponiéndoles una contribución mucho más *forte* todavía.





BAÑOS.

No hay medio de sustraerse á los rigores de la temperatura.

El calor es horrible, y ni la horchata de chufas logra refrescarnos.

Un señor gordo que asiste á *nuestra* cervecería entra bañado en sudor todas las tardes, y asegura que este calor no es natural.

—¿Por qué no es natural?—le pregunto.—

¿Cree usted acaso que lo fabrica el Ayuntamiento para uso del vecindario?

—Quiero decir que es un calor impropio de las circunstancias. Ayer se me derritieron unos guantes de cabritilla. Esta mañana se me asfixió una cotorra que me había traído de América un cuñado mío.

Para bien ser, debiéramos vivir en cestas de nieve, como los besugos. Al pasar por las pescaderías envidiamos á las merluzas que reposan blandamente en los témpanos de las banastas y apoyan la interesante cabeza en algas marinas.

Lo único que puede contrarrestar los efectos del estío es el baño de placer. Unos se bañan en el límpido Manzanares, otros en el Niágara, que es una especie de Mediterráneo casero, y otros en su domicilio, utilizando la artesa como piscina.

Un distinguido y virtuoso empleado en la Dirección de Penales, á quien el corto sueldo que disfruta no le permite salir de la corte, se baña todas las mañanas en la cocina con sus dos pequeños.

El funcionario, al verse dentro de la bañera de hoja de lata, créese transportado á San Sebastián, y dice á los niños:

—Conviene que traguéis un poquito de agua. Cuando yo me bañaba en Vigo, siempre me lo decía el médico.

Los niños sorben con fruición el líquido salu-

dable, y el más chiquitín, que es goloso en extremo, le dice á su padre:

—¿Por qué no echamos en el agua un poquito de azúcar?

—¿Para qué, Camilín?

—Para mojar pan.

A una casa de baños de esta capital acude todas las tardes D.^a Celedonia, la viuda del brigadier Mochilón, que es una señora que pasa de los cien kilos y tiene el vientre en forma de barreño. Su entrada en la bañera no ofrece grandes dificultades; pero cuando quiere salir ya es otra cosa.



—¡Socorro! —grita todas las tardes desde el fondo de su prisión.

Y acuden los dependientes del establecimiento para extraer á la brigadiera.

—Yo no sé en qué consiste esto—dice la infeliz viuda tratando de incorporarse.—Al entrar quepo perfectamente, y cuando quiero salir siempre me atasco.

—Será que se ensancha usted dentro.

El caso es que en el baño se le hincha la tripa; generalmente hay que sacar á D.^a Celedonia con un calzador grande.

En cambio, las de Lombrión, que son tres hermanas ideales, se sumergen juntas en la misma bañera, y podrían hasta dedicarse á la natación si esto les fuese grato. Bien es verdad que parecen tres escopetas.

—¡Por Dios, Ramona!—se oye decir á una de ellas, dirigiéndose á su hermana mayor.—No te acerques tanto que me pinchas con la rodilla.

—¡Jesús, qué delicada eres! Me has clavado un codo en una pierna y no te he dicho una palabra.

—¿Qué es eso?—preguntamos á la bañera, al oír desde la antesala aquellos gritos.

—Son tres señoritas que acaban en punta—nos contestó la buena mujer.

Muchos niños se bañan por las buenas, y hasta gozan cuando se les chapuza; pero otros no hacen más que ver el agua y ponen el grito en el cielo, como le sucedió días pasados al niño de D.^a Pas-

tora, una poetisa de la Guindalera, la cual doña Pastora quiso fregar á su retoño, que no había visto el agua desde el día de su nacimiento, y le



llevó á la *Ola benéfica*, casa de baños á precios módicos.

—Paca—dijo á la doméstica, —friegue usted al niño.

Y la maritornes sacó un estropajo y un trozo

de jabón moreno, y se puso á frotar á la criatura como si fuera la mesa de la cocina.

—¡No quiero, no quiero!—gritaba aquel ángel sucio.

—¡Duro con él!—replicaba la madre;—y si ve usted que no queda bastante limpio, échele polvos de gas.

Todo esto lo hacía la poetisa porque tiene que bañar al niño en la Coruña y no quiere que le vean en la playa con los churretones adquiridos en los tiempos de su primera alimentación.

El niño ha quedado limpio como un espejo; pero no se acostumbra á verse así, y cada vez que se mira las pantorrillas rompe á llorar, porque echa de menos aquella capa color de café con leche de su primera edad.

Pero el mejor baño es el de chapuzón repentino que aplica D. Mauregato á su familia cuando se incomoda.

—¡Juana!—grita á lo mejor D. Mauregato.—Sácame una camisa limpia.

—No la tengo—contesta su esposa.

—¿Cómo?

—Me he olvidado de plancharla.

D. Mauregato entonces monta en cólera, y cogiendo á su mujer por la cintura....., ¡pum! la zabelle en la tinaja.

No hay baño como éste.



NOTICIAS INTERESANTES.

Los periódicos han establecido la buena costumbre de anunciar el regreso á Madrid de las personas distinguidas que han veraneado en provincias y el Extranjero.

Con lo cual tenemos la ventaja inestimable de saber que las tan reputadas señoritas de Cebollín están de vuelta en su domicilio, y que el ilustre

Lechón y señora han vuelto á ocupar su elegante cuarto de la calle de Cuchilleros.

Hace más de ocho días que anda detrás de mí D. Fructuoso, el ex salchichero, que es ahora propietario y socio de la Económica Matritense, y senador cuasi vitalicio, y comendador ordinario (¡ordinarísimo!) de Isabel la Católica.

Sabe que yo tengo la costumbre de tomar café en la Cervecería Suiza, y el hombre se va allí, después de almorzar, para hacerse el encontrado y sacar la conversación de su viaje. Todos los días me dice, poco más ó menos:

—Pues sí, señor; el jueves regresamos de Santander mi señora y yo. Allí encontramos una negrita que se había dejado olvidada un matrimonio cubano, y resolvimos prohibirla.

—Me alegro —contesto yo sin darme por entendido.

—Todos los años salimos de Madrid.

—Hacen ustedes perfectamente.

—Y cuando regresamos, siempre *lo ponen* en los periódicos. Antes tenía yo un amigo en la prensa, muy servicial y muy hombre de bien, que comía en casa muchos días; pero se ha ido á Cáceres á poner estanco, y puede decirse que nos hemos quedado sin resonancia en los periódicos.

El hombre no se atreve á decir con claridad lo que desea, y todo se le vuelve echarme indirectas; pero yo hago como que no le entiendo.

Cansado de mi falta de comprensión, me ha remitido á casa un trozo de manteca de Reinosa con este expresivo billete:

«Mi estimado amigo: *Aljunta* envió á usted esa manteca que hemos traído de Santander, para que la *desfrute* con *saluz*. Lo cual que tendría mucho gusto en que saliéramos en los periódicos, como salen otras personas de menos posibles, que aun ayer decía *El Imparcial* que había regresado la señora de Funes, y es una *barbaridaz* el dinero que debe, pues á mí aún me está debiendo diez y ocho reales de cuando tenía la salchichería, este su seguro servidor Q. B. S. M.—*Fructuoso Vázquez.*»

¡Ni aun con la manteca he publicado la noticia! Porque de algún modo he de castigar á este salchichero vanidoso, y él está muy enfadado conmigo, y sé que anda diciendo por ahí:

—Si la prensa no sirve para estas cosas, ¿para qué se publican los periódicos?

Para tomar venganza se ha dirigido al administrador de *El Imparcial*, diciendo que no quiere seguir figurando como suscriptor, y á mí me ha hecho dos ó tres desaires. Si me ve en una acera, él se va á la otra; cuando pasa á mi lado, escupe, y hace dos ó tres noches que decía en el vestíbulo de Apolo, para que yo lo oyera:

—Hay gente muy desagradecida, y yo llevo recibidos en este mundo muchos desengaños. A una

persona la mandé yo más de dos libras de manteca riquísima, y no ha sido para agradecerme el obsequio.

En fin, el pobre D. Fructuoso sufre mucho, y más cuando le dice su mujer en tono de amargura y reconvención:

—¿No decías que eras tan amigo de un periodista? Pues ya ves lo bien que se ha portado contigo. Vuelve una á Madrid después de gastar muchos duros en el verano, y no hay un mal periódico que publique la noticia. Si yo sé esto, cualquier día le mando la manteca á ese mentecato.

La vuelta de D. Fructuoso y su señora ha pasado inadvertida; pero, en cambio, las de Elasticotín estuvieron en Getafe pasando quince días en casa de su lavandera, y todo el mundo sabe por los periódicos que han veraneado fuera de Madrid, porque hay un chico que escribe en *El Eco de las Clases Pudientes*, y está enamorado de una de las Elasticotinas, el cual chico, no sólo puso la noticia en su periódico, sino que además habló con varios compañeros de la prensa y les dijo:

—Tengo interés en que se sepa que ha regresado á Madrid la familia de mi novia.

—Se sabrá—contestaron todos.

Y la prensa dió la noticia al día siguiente, con gran regocijo de la familia Elasticotín, que compró media docena de ejemplares de cada periódico para distribuirlos entre sus conocimientos.

Es interesante, por más que se diga, esta costumbre de contar al público cuándo salen y cuándo regresan algunos caballeros y señoras. Andando el tiempo se dirá algo más, y hemos de leer algo parecido á esto:

«Ha regresado á Madrid D. Eleuterio Sánchez y señora, después de haber tomado los baños en Vivero, donde ella tuvo ocasión de lucir sus ricos trajes y de provocar la envidia de las demás señoras de la localidad. Una de ellas, en un momento de ira, le clavó las uñas en la nariz. Ahora el matrimonio se propone abonarse al teatro de la Princesa y alfombrar el gabinete de su elegante morada, Berenjena, 13.»

Ya hay periodistas que lo cuentan todo y que se perecen por citar á las personas de su familia. Más de una vez hemos visto sueltos sentidos, referentes á la enfermedad que padece un D. Fulano, tío segundo de un redactor, y noticias regocijadas acerca del casamiento de una señorita, prima hermana del susodicho joven. El mejor día leemos algo así:

«Nuestro distinguido tío, D. Fulano de Tal, ha comprado una sillería de reps y dos cromos, con destino al gabinete.

»Le felicitamos con efusión.»





UNA VÍCTIMA.

Todo el mundo abusa de D. Hermenegildo, y muy especialmente su señora.

En la oficina es la cabeza de turco, sobre la cual descargan sus golpes los empleados.

—Don Hermenegildo, ayúdeme usted á confrontar esta suma—le dice uno.

—Don Hermenegildo, cópieme usted esta Real orden—le dice otro.

—Don Hermenegildo, quíteme usted esta mancha de la levita, ahora que no tiene usted nada que hacer—añade un tercero.

Y como D. Hermenegildo tiene un carácter angelical y nunca pone mala cara, sus compañeros le manejan á su gusto, y una vez llegó á decirle su jefe de Negociado:

—Don Hermenegildo, mañana es día de fiesta y no tenemos oficina.

—Ya lo sé—contestó el infeliz.

—Pues le espero á usted en casa después de almorzar.

—¿Para qué?

—Para que me distraiga usted al niño, que está con la dentición y no quiere parar en brazos del ama.

Don Hermenegildo se fué allá y estuvo toda la tarde entreteniendo al muchacho, que no tenía más gusto que tirarle de los bigotes, y morderle en la nariz, y meterle el sonajero por los oídos.

Es un santo D. Hermenegildo, un alma de Dios, un queso de Burgos, por lo blando; y su esposa, que le conoce muy á fondo, hace de él cuanto se le antoja.

Hay que verle en el hogar, sometido incondi-

cionalmente á los caprichos de aquella mujer irascible. Él va á la compra todas las mañanas, mientras ella permanece en el lecho; él la limpia las botas y le sacude los vestidos, y la pone las medias, y le rasca la espalda.

—Hermenegildo, vete á la cocina á ver si cuece el puchero.

—Hermenegildo, coge una escoba y barre los residuos del gato, que ha cometido un desliz en el comedor. Y la culpa no la tiene nadie más que tú, porque le das muchas manualidades y abusa.

—Pero, Irenita.....

—No te disculpes, que eres lo más débil del mundo, y todos se ríen de ti. ¡Ay! Gracias á Dios, no tenemos hijos, que si los tuviéramos, saldrían unos bribones; porque tú eres un calzonazos.

El pobre D. Hermenegildo guarda silencio, y se va á su oficina después de darle la cuenta á su mujer, que le dice á lo mejor:

—¿Cuánto te ha costado este besugo?

—Dos reales y medio.

—¡Jesús! ¡Qué robo! ¡Qué escándalo! ¡Ya se ve! Tú no miras por tu casa; tú no sabes regatear.

—Pero, mujer, ¿por qué no vas tú á la compra?

—Porque para eso te tengo á ti.

—Pues entonces no te quejes.

—¿Qué es eso? ¿Me alzas el gallo? ¿Te atreves á reconvenirme? Ya te ajustaré á ti las cuentas, viejo loco, que sabe Dios lo que harás tú en la

compra con las vendedoras. Estoy segura de que *me sisas* para convidarlas. ¿Cuánta carne has traído?

—Tres cuarterones.

—No puede ser; estos no son tres cuarterones; aquí falta lo menos una onza. Confiesa, Hermenegildo, confiesa que te has quedado con diez céntimos, lo menos.

El hombre tiene que jurar por la salvación de su alma que no ha sisado un solo céntimo, ni tiene relaciones con ninguna verdulera, ni se ocupa más que en el cariño de su esposa; pero ella rabia y chilla y le quiere arañar el rostro.

Uno de los afanes más arraigados en el corazón de D.^a Irene es el de la economía, sobre todo en lo que se refiere á su marido. Mientras ella devora una chuleta con muchas patatas, ó un filete rebozado, á él le pone para almorzar un huevo frito y catorce ó quince judías estofadas, y aun así le dice con malos modos:

—Pero ¿qué? ¿Te vas á comer tú solo ese huevo? ¿No eres siquiera para ofrecirme la mitad? ¡Glotón, hambronazo! ¡Nunca te ves satisfecho!.....

Y el pobre hombre tiene que partir el huevo por la mitad, lanzando un suspiro hondo, como si le hubieran arrancado una muela sana.

Él cobra en el Ministerio cuarenta duros mensuales, los mismos que entrega á su esposa con la mayor sumisión; pero ella, echándoselas de des-

prendida, le da treinta reales «para él solo», á fin de que «pueda alternar» con sus amigos durante el mes.

—Toma—dice haciendo un gesto de disgusto.— Ahí tienes, vicioso, más que vicioso. ¡Sabe Dios lo que harás tú con tanto dinero!

Como el pobrecito come tan poco en su casa, á lo mejor siente desfallecimiento en el estómago, y compra un cuarterón de queso manchego, ó dos onzas de higos, ó quince céntimos de galletas, y se las come en secreto.

Noches pasadas, D. Hermenegildo estaba desvelado, y todo se le volvía dar vueltas en el lecho y suspirar misteriosamente para que no se despertara su esposa. Ésta abrió los ojos, pero no quiso darse por entendida.

Don Hermenegildo pensaba:

—Irene no me oyé. Esta es la ocasión.

Y ella decía para sí:

—Hermenegildo vela; algo le pasa; observemos.

De pronto, D. Hermenegildo saltó de la cama, procurando no despertar á su mujer, y fué de puntillas al comedor.

—¿Qué es esto?—se preguntó la esposa iracunda, sentándose en la cama.

Pasaron algunos minutos, y D. Hermenegildo no regresaba á la alcoba.

—¿Adónde habrá ido ese infame?—se decía doña Irene.—Yo lo he de saber.

Y saltó del lecho sin hacer ruido.

—¿Me engañará mi esposo? ¿Se aprovechará de mi sueño para faltarme con alguna vecina?

Y entró en el comedor.

Allí estaba D. Hermenegildo, sentado sobre un felpudo. Sobre las rodillas tenía un plato.

—¿Qué haces, tunante?—le pregunta D.^a Irene, abalanzándose sobre él como una hiena.

—Ya lo ves—contestó D. Hermenegildo palideciendo;—me mataba la debilidad.....

—Y ¿qué?

—Estoy mojando pan en aceite.





LOS TRISTES.

Nada de pronósticos tristes.

A mí déme usted gente alegre; de esa que habla de la inmoralidad administrativa y se ríe como un bienaventurado ó como un alcalde de mi pueblo, á quien en cierta ocasión le extirparon un lobanillo, y él, entretanto, tocaba la pandereta.

No quiero nada con los fúnebres sempiternos que se pasan la vida viendo peligros y pulmonías y cocimientos de flores cordiales.

—¡Esto está cada vez peor!

—¡Qué mundo éste!

—¡Lo de Cuba, espantoso! ¡Lo del Ayuntamiento, horripilante! ¡El Papa enfermo otra vez! ¡A mí me dieron una moneda de diez reales falsa! ¡Ayer se me murió un canario que era toda mi alegría!

Hay un matrimonio que va al teatro de la Zarzuela á ver á Rosell, y se pasa la noche suspirando y limpiándose los ojos con *La Correspondencia*.

—¡Ay, Pepita!—dice el marido.—¡Qué noche estamos pasando!

—Si no fuera porque llamaría la atención, ahora mismo me apoyaba en tu hombro para poder llorar á gusto.

—¿Se han puesto ustedes malos?—les pregunté la otra noche al oírles suspirar.

—No es eso—dijo la señora;—es que nos estamos acordando de una amiga nuestra muy desgraciada, que puso un almacén de sanguijuelas en la calle del Carnero y se le escaparon todas.

—¡Qué lástima!

—Hace ocho días que ocurrió la desgracia, y no tenemos consuelo. Si venimos al teatro es porque nos regalan las localidades, que lo demás.....

—Y ¿ha perdido muchas sanguijuelas?

—Muchísimas, y eso que, en medio de todo, ha tenido la suerte de recuperar algunas. Ayer mismo encontró doce que se le habían subido por la ropa y las tenía agarradas á una pantorrilla. Otras seis fueron encontradas en la espalda de un vecino, que no había notado la presencia de los chupópteros, y á poco más le dejan completamente seco.

El que no sabe contener la sensibilidad, claro que no debe ir á los teatros, porque dondequiera que esté sufre lo indecible, y con la alegría de los demás se le excita la pena.

Conozco una viuda que está aprendiendo el solfeo para hacerse institutriz, y la pobrecilla no cesa de acordarse de su difunto. A lo mejor se va á cenar con un amigo ó bien acude á los Viveros de merienda, y lo mismo es ver un besugo guisado, se echa á llorar como una mártir.

—¿Qué tiene usted?—le pregunta uno.

—¡Ay, Dios mío! ¿Para qué habré venido yo aquí? Siempre que como besugo me acuerdo de mi pobre marido. ¡Ay, Pepe de mi corazón! ¿Por qué me has dejado tan sola?

—Vaya, tranquilícese usted; la cosa ya no tiene remedio.

—¡Usted no sabe lo que he perdido! ¡Era un santo!.... Echeme usted más salsa.... ¡Qué hombre aquel! No me levantó la mano más que dos

veces en toda su vida, y fué porque me encontró jugando al tute con un amigo suyo, muy jara-nero..... Yo no puedo venir á ninguna diversión, pues me acuerdo de mi Pepe y se me pone un nudo en la garganta..... Póngame usted unos po-quitos riñones..... Y no estuve casada más que cinco meses; al sexto, Pepe se fué á cazar con unos amigos y mató á un guarda sin querer; aque-llo le disgustó muchísimo, porque el guarda era manchego y él le tenía mucho cariño á Ciudad Real; de manera que le formaron causa, y estando preso comió sandía y se le murió en los brazos al carcelero..... Hágame usted el favor de ponerme otra chuletita, á ver si la puedo pasar..... ¡Ay, qué mundo éste!..... Déme usted una aceituna.

Con personas tristes no se puede ir á ninguna parte, porque le ponen á uno el corazón apretado y porque es cosa ya olvidada, de puro sabida, que la tristeza no conduce á ninguna parte.

Si acaso, á la necrópolis del Este.





¿QUIÉN SABE?

(HISTORIA DE AMOR)

No hace aún dos meses que ocurrió en la Vicaría un caso terrible. Jacoba y su futuro fueron á tomarse los dichos, y cuando el severo funcionario cívico-religioso se ocupaba en escribir los nombres de los contrayentes, surgió de pronto la figura de un joven pálido, con americana oscura y ojos

azules, que penetró en la oficina atropellando á varias personas.

—¿Quién es usted? — le preguntó uno de los allí presentes.

—Soy Lucas.

—¡Lucas! — exclamó Jacoba desmayándose encima del funcionario, que fué á caer de bruces sobre un tintero.

La mamá de la joven quiso arrojarle sobre Lucas para taparle la boca; pero éste se defendía con valor, lanzando palabrotas y arrancándose mechones de pelo.

¡Qué escena más espantosa! El novio pedía explicaciones á su amada, que se había ido á llorar á un rincón, apoyando la cabeza en unos expedientes; la mamá, veladora del honor de la familia, buscaba público á quien referir la historia de aquel incidente; Lucas luchaba con los testigos, que querían arrojarle del salón pegándole bofetadas, y el funcionario, con la nariz llena de tinta, trataba de poner paz y de que le pagaran los derechos.

He aquí á grandes rasgos la historia de Lucas y Jacobita.

Ambos se amaban desde su más tierna edad. Las familias de los chicos veían con buenos ojos aquellas relaciones. Lucas fué creciendo, creciendo, y le colocaron en ferrocarriles con 2.500 reales al año, porque tenía una letra muy hermosa, y

ella se matriculó en el Conservatorio en la clase de piano, donde hizo notables progresos, tanto, que el mismo profesor le dijo un día á la mamá de Jacoba en el seno de la confianza:

—La chica vale, y eso que tiene los dedos muy gordos.

—¡Caramba! ¿No habría medio de afilárselos?

—Que se los lave en ayunas con una disolución de piedra alumbre y flor de malva, y sobre todo no la deje usted fregar.

Poco á poco fué notando la familia que á Jacoba se le afilaban los dedos, y pudo tocar sin equivocarse *Las campanas del monasterio*, preciosa composición que excitaba el entusiasmo de los vecinos. Entre éstos había un almacenista de pieles, que en cuanto oía las *campanas* empezaba á tragar la saliva con dificultad, como si tuviera un nudo á cada lado de la garganta, y un día fué á ver á la mamá de Jacoba y la dijo:

—Yo por la música soy loco, D.^a Bernardina.

—Sí; ya le oímos á usted tocar el acordeón por las noches.

—Lo estoy aprendiendo por solfa, y ya toco alguna cosilla insignificante.

—No se haga usted el modesto, que la *Marcha Real* le sale á usted divinamente.

—Es favor..... Pues yo venía á decir á usted que quisiera tomar relaciones con Jacobita. El hombre debe pensar en el día de mañana, y yo necesito

una mujer, porque un comerciante soltero siempre pierde y está expuesto á cualquier cosa.

Dicho se está que D.^a Bernardina acogió con júbilo la declaración del vecino, y aquella noche tuvo una conferencia con Jacoba, que al principio lloró pensando en su Lucas, y luego se fué tranquilizando al hacerse cargo de que Lucas sólo tenía 2.500 reales de sueldo, y además le faltaba un colmillo, y otro le tenía todo picado.

—El tal Lucas es muy poca cosa para ti —dijo D.^a Bernardina.—¡Un chico que se llena de granos en cuanto entra la primavera!

En medio de todo, Jacoba suspiraba tristemente acordándose de las noches pasadas junto á Lucas, cerca de la camilla, cuando él se ponía á descifrar acertijos y los «sacaba» al momento; cuando le traía cucuruchos llenos de pastillas de liquen—porque Lucas tenía un amigo dependiente de una droguería;—cuando recitaba versos.

Aun se veía allí, sobre la cómoda, una cajita de madera calada, obra de Lucas, que era una especialidad en este ramo de la inteligencia humana. Había que verle con una caja de tabacos vacía y una sierra: en un par de horas hacía una rinconera ó una arquita para guardar pañuelos, ó cualquiera otra preciosidad.

Pero el de la tienda de curtidos, aunque menos artista, era más adinerado, y Jacoba acabó por decir á Lucas:

—Mamá se opone á nuestro amor; mamá quiere que me dedique al Conservatorio exclusivamente.

—Jacoba, me matas—contestó Lucas.

En esto llegó D.^a Bernardina, y dirigiéndose á Lucas le habló así:

—A ti te queremos siempre, como si fueras de la familia, que al fin te hemos visto nacer, como quien dice, y cuando tienes los diviesos primaverales nadie te los cuida más que yo; pero, hijo mío, la niña está poco desarrollada, y es que la consumen las relaciones; por consiguiente, lo que debes hacer es irte.

Lucas se ahogaba, pero supo hacerse superior y fué á contárselo todo á su mamá, que se puso el manto y corrió á ver á D.^a Bernardina. Por ésta supo que Jacoba iba á unir su suerte con la del comerciante de curtidos, y Lucas, en el primer momento, se quiso matar, y después se dedicó á la bebida fuerte para olvidarse de todo..... Hoy anda por Madrid taciturno, desaseado, con rodilleras en los pantalones y oliendo á aguardiente barato.

—¿Qué te pasa?—se le pregunta.

—¡La mujer es un monstruo!—contesta.—Yo tenía una novia..... Entré en la Vicaría con el propósito de vengarme, y me pegaron cinco ó seis bofetadas; después me llevaron á la Prevención..... Hoy bebo cosas fuertes para olvidar las penas, y ni voy á la oficina ni me mudo.....

Y entretanto, Jacoba veranea en Portugal con

su esposo. ¿Le ahogarán los remordimientos y se habrá introducido en su mente el demonio de los recuerdos?

¡Quién sabe!





EL VERANEO.

Por la cuesta de San Vicente bajan á todas horas innumerables vecinos de Madrid sudando el quilo.

¿Adónde van? Van á sumergirse en el Manzanares, aun á riesgo de perecer en su vertiginosa corriente.

El calor nos obliga á buscar en el agua, más ó menos «límpida», lo que no encontramos en ninguna parte: un poco de frescura.

Los hombres más serios, los más amantes de las buenas formas, los que por nada en el mundo dejarían al descubierto las pantorrillas, llegan al río, se desnudan, y faltando á la estética se precipitan en el río.

Hay quien se baña con un ligerísimo calzón de punto, dando lugar á las protestas de los bañistas virtuosos.

En cambio, algún sujeto, casto de suyo, entra en el agua con pantalones de bayeta amarilla y un gabancito de tartán á cuadros; porque es lo que él dice:

—Ante todo, la moral. Por nada del mundo dejo yo que se me vean las carnes.



La autoridad municipal, defensora de las buenas costumbres, ha establecido la debida separación de los dos sexos, pero no puede evitar los diálogos cariñosos entre los enamorados de una y otra charca.

—¿Cielito, estás ahí?—pregunta el novio desde su departamento líquido.

—Aquí estoy, Amancio de mi alma—responde ella.

—¿Sientes mucha impresión, Filomenita?

—Mucha. ¿Y tú?

—Yo muchísima. ¡Como soy tan nervioso!.....

—¿Qué haces en este momento?

—Estoy nadando.

—Por Dios, no seas atrevido, que el agua es pérfida. ¿Piensas en mí?

—Ya lo sabes, gitana.



Varias señoritas que se bañan en apretado haz cogidas de las muñecas, lanzan agudos chillidos.

—¡Socorro! ¡Favor! ¡Bañera, bañera!

Acuden las mamás sobresaltadas, estremécense los novios respectivos, comparece un guardia del Ayuntamiento impelido por el deseo de salvar la existencia de sus semejantes, y Amancio se traslada veloz al baño de las señoras con ánimo de sacrificar su vida en aras del amor.

—¡Socorro, Amancio!—grita la novia al verle aparecer en paños menores.

Él se precipita en las aguas de cabeza, para auxiliar á la señora de sus pensamientos; á la que en breve será la dulce compañera de toda su vida; á Filomenita, en fin.....

Las demás bañistas protestan á gritos, y procuran sumergirse para evitar las miradas masculinas.

nas. Una de ellas, por un exceso de natural pudor, está á punto de desmayarse.....

¡Qué cuadro tan terrible!



Restablecida la calma hasta cierto punto, acude un inspector del Ayuntamiento de majestuoso porte aunque picado de viruelas.

—¿Qué ha pasado aquí?—pregunta levantando el bastón.

—¡Un bicho! ¡Un bicho!—contestan varias señoritas á la vez.

Amancio aparece en la superficie del agua con aire victorioso.

Trae en la mano un animal de forma nunca vista, y se lo presenta á su amada diciendo:

—No te asustes, dueño mío, aquí está.

—¡Gran Dios! ¿Qué es esto?

El inspector entonces se acerca al animal y lo examina.

—Es una alpargata—dice á guisa de sentencia.

Para que las señoritas se convenzan de que la alpargata no muerde. Amancio la arroja al suelo, poniéndola su pie encima.

Y sólo así se restablece la calma por completo.



Mientras en Madrid cada cual se baña como puede, en las playas del Cantábrico lucen su gentileza las chicas elegantes.

Allí no hay alpargatas terribles, pero hay tiburones con sombrero de paja que acechan á las inocentes señoritas con fines malévolos.

Ya han salido con dirección á San Sebastián docenas de seductores empedernidos, dispuestos á traspasar el corazón de las bellas, y en breve comenzaremos á recibir noticias de raptos, bodas, suicidios, ataques de enajenación mental y otros infortunios ocasionados por el amor.

El hombre no descansa en su tarea devastadora, y la mujer no se convence de que no hay en el mundo cosa más fea que el hombre, dicho sea sin ánimo de molestar á algunos amigos que tengo bastante agraciados.





EL CAZADOR CAZADO.

—Pues qué, ¿no soy tan hombre como vosotros?—decía Doroteo descargando un puñetazo sobre la mesa del café.

—Lo serás, no lo dudo—replicaba D. Vicente; —pero las fatigas de la caza no se han hecho para ti.

El caso fué que Doroteo quiso tomar parte en la cacería organizada por algunos socios del *Mo-*

rral-club. Él no había cazado nunca, porque los primeros años de su vida los había pasado detrás del mostrador vendiendo velas esteáricas; pero de pronto falleció su principal, dejándole heredero de toda su fortuna, y él cerró la tienda para dedicarse á los placeres. Lo primero que hizo fué comprarse una boquilla preciosa de espuma de mar y ámbar, y un traje color crema con cuadritos verdes que partía los corazones. Después cogió á su mamá por las muñecas y la dijo:

—Es necesario que cambiemos de vida radicalmente. Desde mañana va usted á usar sombrero á todo pasto, como hacen otras señoras de menos posibles que nosotros.

Y la infeliz madre, por no contrariar al hijo de su corazón, se compró un sombrero que parecía una jefaina.

—¡Ay, Doroteo!—le decía á lo mejor;—yo no me acostumbro á llevar en la cabeza este armatoste.

—Tenga usted paciencia—contestaba él;—¿qué dirían mis compañeros del *Morral-club* si la vieran á usted de toquilla?

Él se había metido en el *Morral-club* porque todos los socios eran personas de importancia, y el que más y el que menos usaba en el dedo meñique una sortija con un brillante tamaño como un huevo de codorniz. Doroteo deseaba figurar en primera fila, ya por sus prendas de vestir, ya

por sus rasgos de desprendimiento, y todo se le volvía estrenar pantalones y pagar copas de cognac á sus consocios.

—Lo único que me falta es asistir á una cacería y lucirme con la escopeta—se dijo á solas.

Y de acuerdo con su mamá, que era una señora muy dispuesta, se arregló un traje de caza que era lo que había que ver. De un gabán azul jaspeado le hizo la autora de sus días una especie de zamarra guarnecida de piel de conejo salvaje. Á unos pantalones viejos les quitó la parte correspondiente á las pantorrillas, sustituyéndola con unas polainas de hule. Para cubrir la cabeza compró un sombrero de paja, forrándolo de percalina color plomo; y con esto y una escopeta que le vendió un cazador que se había quedado viudo y renunciaba para siempre á los placeres cinegéticos, encontróse nuestro héroe perfectamente equipado para salir con sus compañeros de club en persecución de todas las piezas de este mundo.

La mamá, poco acostumbrada á ver armas de fuego, colocó la escopeta detrás de un armario, y aun así estaba temiendo que se disparase sola.

—Ten mucho cuidado, Martina,—decía á la criada;—no enciendas fósforos en el pasillo, que está allí la escopeta de Doroteo y se puede disparar.

Cuando llegó el día de la excursión al monte, la pobre señora vistió á su hijo con todo esmero, y quieras que no, le puso debajo de la zamarra un

chaleco de abrigo, y una tira de bayeta alrededor de la cintura.

—Lo principal es que no te constipes, y que si te acomete alguna res, tenga ésta dónde agarrarse. He oído decir que los cazadores van forrados de hoja de lata por lo que pueda suceder.

Doroteo cogió la escopeta y se la echó al hombro como quien conduce una cómoda.

—¡Cuidado con el cañón! ponlo hacia abajo. No vaya á ocurrir alguna desgracia.

Doroteo, vestido de mamarracho, llegó á la cuesta de San Vicente, donde le esperaban sus compañeros de *sport*.

—¡Ea, en marcha!—dijo uno.

—¿Adónde vamos?—preguntó Doroteo.

—Ahora al tren que ha de conducirnos á Torreldones, y desde allí, andando, al monte de la Esparraguilla.

—¿Y está muy lejos?

—Cerca; á nueve kilómetros de la estación.

Doroteo no comprendía toda la gravedad de aquella respuesta, y ocupó su asiento en el tren lleno de regocijo.

Al llegar á Torreldones, los expedicionarios emprendieron el camino del monte precedidos de los perros, que saltaban alegremente lanzando gritos de júbilo.

—Valiente día se nos prepara—dijo uno de los cazadores.

—Morrocotudo—añadió otro.

—Yo, en cuanto huelo el aroma del tomillo ya no sé lo que me pasa—agregó un tercero.

—No hay placer como el del monte.

—Aquí se respira. En casa parece que me ahogo, y tiene mi esposa que hacerme aire con un abanico; pero llego al monte, no hago más que ver la hierba y me transformo completamente—dijo el que había hablado primero.

A Doroteo le apretaba una bota, y además sentía un calor horroroso á causa del mucho abrigo; pero ocultó sus impresiones y se puso en marcha, fingiendo una alegría que estaba muy lejos de sentir.

Pero no había andado doscientos metros cuando notó que el hule le abrasaba las pantorrillas; después comenzó á cojear porque se le había hinchado un juanete; y, por último, la escopeta le iba machacando el hombro derecho.

—¡Dios mío!—exclamaba Doroteo en voz baja.—¿Faltará mucho para llegar al monte?

Y como quien no quiere la cosa, y aprovechando un recodo del camino, se fué quedando atrás, hasta perder de vista á sus compañeros. Cuando se vió solo, lo primero que hizo fué sentarse sobre una roca; después se quitó las polainas, la zamarra y la bayeta, y acabó por tenderse en el suelo boca arriba, hasta quedarse dormido como un cachorro.

Media hora después, Doroteo soñaba lo siguiente:

Se creía en un monte, sin más abrigo que una elástica y un sombrero de copa, y los pies metidos en un barreño. De pronto llegaba un jabalí enor-



me, cubierta la cabeza con un tricornio de guardia civil, y se acercaba á Doroteo para darle un mordisco en el cogote. Él lanzaba un grito, y el

jabalí entonces sacaba un cucharón y le amenazaba con sepultárselo en los sesos. Nuestro héroe quería huir y no podía, porque la elástica se había convertido en una especie de camisa de fuerza que le privaba de todo movimiento; el sombrero de copa le pesaba como si fuera de plomo, y Doroteo veía al jabalí apoderarse de su escopeta y apuntarle á boca de jarro.....

Entonces despertó; púsose á toda prisa la zamarra, guardó las polainas en el morral, y con el pantalón á media pierna, los pelos en desorden y la escopeta debajo del brazo, regresó á Torrelodones, convencido de que para ser cazador lo primero que se necesita es..... saberlo ser.





BENÉVOLOS DE OFICIO.

Yo no sé si los benévolos nacen ó si se van haciendo poco á poco, guiados por el instinto de la conveniencia personal.

Ello es que en el mundo abundan de un modo lamentable.

Diríase que tienen la obligación de «sacar la cara» por todas las personas constituídas en autoridad, y que se han propuesto reconocer dotes in-

telectuales en todos los españoles mayores de diez y seis años.

Delante de un benévolo no es posible emitir opiniones contrarias al Gobierno constituído ni censurar á nadie que tenga dos pesetas.

Toda persona que «ejerce» la benevolencia incondicional, está obligada á hacer un gesto de desagrado siempre que oiga una censura dirigida á cualquiera. Si el censurado es sujeto constituído en autoridad, entonces el benévolo frunce las cejas, dirige al cielo los ojos y lanza un ¡ay! amargo.

—¿Qué dice usted de esto, D. Homobono?— se le pregunta.

Y el benévolo contesta tristemente:

—¿Qué quiere usted que diga? Que no puedo oír hablar mal de nadie.

Los benévolos (y Dios me perdone la afirmación) no sirven para nada. Es inútil buscar en ellos el entusiasmo que se necesita para defender al débil.

—Don Fulano, usted será de los nuestros—se le dice.

—¿De qué se trata?

—De firmar una protesta contra el inspector del distrito, que le ha metido el bastón por un ojo á Bernabé, el fosforero de la cervecería.

—¡Hombre!—contesta el benévolo,—diré á usted. Ese inspector viene á ser primo segundo de mi criada, y no me parece bien herir la delic-

deza de los domésticos que comen el pan de uno.

No hay medio de conseguir que los benévolo contribuyan con su parte alícuota á la indignación que produce toda arbitrariedad.

—¡Qué servicio de correos!—dice uno.

—¡Deplorable!—agrega otro.

—¿Quiere usted creer que una carta depositada en Madrid el 8 de Julio, llegó á Carabanchel de Abajo el 14 de Septiembre por la tarde?

—¡Qué atrocidad!

—Pues mire usted—dice el benévolo,—el Director es muy buena persona, y además tiene un pie muy bonito.

Cualquiera diría, al oír esta opinión generosa, que el benévolo es uña y carne del Director, y que le conoce desde chiquitín. Pues no, señor; no le ha visto en su vida, ni sabe cómo se llama, ni de dónde es, ni dónde vive; pero la benevolencia le impone la obligación de defender á los ausentes, pues ya dice él á cada paso:

—Delante de mí no permito que se ofenda á nadie. En esto soy intransigente. El otro día unos amigos míos llamaron chato á Maceo, y por poco mato á uno.

Para los benévolo no hay comedia mala, ni actriz que no sea excelente, ni ministro que carezca de dotes intelectuales, ni empresario ruin, ni señorita cursi.

Sobre todo, cuando hay gente delante procuran

alzar la voz á fin de que se entere todo el mundo de su actitud generosa y sus buenos sentimientos.

—Mojama, el traspunte, me parece algo cargado de espaldas—dice uno.

—¡Esa es una afirmación atrevida!—ruge el benévolo.

—Pero si lo es.

—Pues yo no puedo permitir que se le hiera por la espalda.

No lo puedo remediar, pero á mí los benévulos de profesión me escaman. No es posible suponer que todo lo del mundo les parezca excelente y que sientan decidida vocación por toda la humanidad.

Observándoles atentamente se nota que los benévulos admiran en voz alta á todo el mundo..... y despellejan al prójimo *sottovoce*.

—¡Qué escándalo!—dice usted en un sitio público, ardiendo en santa indignación.—Don Aquilino se ha fugado con los fondos que se le habían confiado.

—No lo crea usted—replica el benévolo;—lo probable será que haya ido á dar un paseo y regrese pronto.

Después, el benévolo, dirá al oído de cualquiera:

—No es ésta la primera trastada que ha cometido..... ¡Pchs!..... Silencio. Que no nos oigan..... El año pasado, por este tiempo, mató á dos amigos y á una tía suya carnal.....

Así son casi todos los benévulos de oficio.



UN PADRE «INFELICE»

—¡Ay, qué triste es esto de no poder salir á veranear!—exclamaba Lolita, la chica mayor de Pavesín, sentándose de golpe en una silla baja.

— Hay que tener paciencia — contestaba el papá.—Lo principal es que haya salud y que dure este Ayuntamiento.

¡Pobre Pavesín! ¡Un hombre tan bueno, tan limpio y tan hacendoso!

Es persona que ha estado muy bien, con una buena fábrica de velas en la calle del Sombrerete y un despacho al por menor en sitio céntrico; pero el pobrecillo se arruinó del todo porque compraba el sebo á siete, verbigracia, y lo vendía á dos y tres cuartillos; de modo que cuantas más velas despachaba más dinero perdía, y últimamente llegó á decir á sus parroquianos con acento suplicante:

—¡Por Dios! No me compren ustedes nada. Cada libra de velas que despacho, es un puñal que me clavan ustedes en el corazón.

Pero las tres hijas de Pavesín, que eran muy vanidosas, deseaban seguir perteneciendo á la industria *estédrica*, como ellas decían, é increpaban al honrado industrial en la siguiente forma:

—Papá, usted se debe al sebo; usted tiene un nombre respetable en el ramo y no debe renunciar á él.

El desdichado padre, no pudiendo luchar con su destino, acabó por derretir todo el sebo que le quedaba y regalárselo á las personas de su amistad á fin de que lo utilizasen en los catarros.

Hoy vive de un modesto destino que le han dado en el Ayuntamiento, gracias á su amistad con un edil; pero las niñas no se conforman con la adversidad, y se pasan el día recordando aquellos meses deliciosos del estío pasados en Aravaca.

—¿Te acuerdas del gazpacho campestre con que nos obsequió el año pasado la señora de Regúlez, el síndico de Pozuelo?—pregunta Lola á Julita.

—No me lo traigas á la memoria—contesta Julita.—¡Qué felices éramos entonces! Pero la baja del sebo nos ha fastidiado.

—¡Tener que permanecer todo el estío en la calle de la Berenjena!.....

Pavesín oye esto y sufre, pues por su gusto se iría á veranear con sus tres ángeles á Torrejón, Torrelaguna, ó cualquier otro punto de recreo.

—Papá—le dicen las niñas en cuanto llega la noche.—Póngase usted el chaquet de pintas y la corbata de lazo azul.

—¡Dios mío!—exclama él echándose á temblar.

—Es preciso que nos acompañe usted con la decencia arreglada á nuestra educación.

—¡Pero si es un chaquet de riguroso invierno! ¡Me voy á asar!

—No importa. Nadie va á venir á tocar la tela. De noche, todas las prendas parecen de verano.

Y el pobre Pavesín se decide á sudar la gota gorda en el Prado, de nueve á doce. De cuando en cuando se acerca á una de sus hijas, la de mejor corazón, y la dice tristemente:

—Doroteíta, sóplame por entre el cuello y la carne á ver si consigo algún *frescor*. Parece que me están pasando la plancha por el cutis.

Bien dicen que en Madrid sólo permanecen durante el verano las personas sin recursos. Todo el que tiene doscientos reales se va por ahí á respirar el aire marino y á comer sardinas frescas.

Las de Pavesín y otras permanecen durante el día encerradas en sus respectivos cuartos, sin más velo pudoroso que la camisa, ni más alimentación que el tomate. Por las noches se lanzan á los paseos públicos llenas de ilusiones, creyendo tropezar con un enamorado doncel, de posición independiente, que las diga con acento entrecortado por la emoción:

—Soy joven, soy rico, soy nervioso sin exageraciones peligrosas. ¿Me concede usted su mano y partimos en seguida para Morata de Tajuña?

Mas ¡ay! casi nunca se realizan estos hermosos sueños, y lo más que suelen encontrar las de Pavesín en sus paseos nocturnos es algún joven de americana de lanilla (el traje completo 25 pesetas) y zapatos blancos (24 reales), que toma en los puestos de las esquinas agua de cebada natural (cinco céntimos) y paga un pupilaje de dos pesetas en la calle del Salitre.

Algo daría Pavesín por despachar á sus tres retoños; tanto, que se propone ver si encuentra en la oficina del Municipio quien cargue con una, cuando menos; y está catequizando á un chico del Negociado de atarjeas, con 6.000 reales anuales, á quien dice todos los días:

—Usted está mal así, querido Macarro. A usted lo que le conviene es casarse.

—Déjese usted de historias.

—Vamos á ver: ¿cuánto paga usted de pupilage? ¿Qué le dan á usted de comer? ¿Quién le cuida á usted la ropa? Nada, nada, le voy á casar á usted lo antes posible.

Macarro se ríe; pero poco á poco se irá conmoviendo, y ha de llegar día en que le veamos unido para siempre á cualquiera de las niñas de Pavesín.

El cielo permita que sea pronto para satisfacción de aquel padre infeliz, condenado á cadena temporal y á chaquet de invierno.





EN POS DE UN PORVENIR.

Todos los años aparecen en los escenarios españoles nuevas tiples cómicas con más ó menos voz. Unas consiguen inmediatamente el aplauso pú-

blico, otras navegan sin rumbo fijo por el encrespado golfo del arte, y otras cantan todo lo que tienen dentro durante un par de meses, para volverse después, mustias y cariacontecidas, al prosaico domicilio de sus mayores.

¿Por qué se dedican al arte teatral tantas y tantas hijas de familia?

Porque el porvenir de la mujer en España se está haciendo cada vez más problemático. La que no posee bienes de fortuna, vive condenada á soltería perpetua y al vil y consuetudinario cocido; la que se dedica á la honrada costura, observa con dolor que el trabajo disminuye y los comestibles suben.

—¿No puede usted darme costura?—pregunta la infeliz costurera al comerciante cauteloso.

—Para mí la quisiera—responde él.—Hace dos meses que no vendo ni una sola camisa. El único parroquiano que me queda es un príncipe ruso, agregado á la embajada.

—¿De manera que los españoles ya no tienen camisa?

—Usted lo ha dicho.

¿Qué otro recurso les queda á las señoritas si no es el de lanzarse á las tablas?

Y de aquí que veamos en escena muchas actrices sin voz ni voto, que declaman lo mismo que los roperos en días de fiesta y cantan como las domésticas cuando friegan la loza.

En Madrid existe una hermosa colección de chicas solteras y desamparadas, que no tienen salida.

Las mamás no saben ya qué hacer.

Las visten con esmero, las pintan con colores finos y hasta las rizan las cejas con una horquilla, pero todo es inútil.

—¿Qué tal, D.^a Paca?—se pregunta á una mamá de éstas.

—Pues lo mismo—responde tristemente la interpelada.—Esperando que cambie esto.

—¿No hay novedades?

—Ninguna. Á mi Laurita le hacía el amor un empleado del Ayuntamiento, pero á los pocos días dejó de rondar la calle, y ahora, cuando tiene que ir á la oficina, pasa por debajo del balcón para que no le veamos. Luego hemos sabido que ya no le gusta Laurita porque está flaca, y eso es juzgar muy de ligero. Es una chica que no representa las carnes que tiene.

Unas porque están flacas, y otras porque están gordas, es el caso que hay muchas chicas vacantes en Madrid, y cuesta más trabajo despachar á una hija de familia que resolver lo de Cuba.

Y dicen las mamás:

—Está una poniendo sus cinco sentidos en la educación de las niñas, y las enseña una á tocar el piano y hablar francés y á pintar al óleo divino, y á todo lo demás que se ofrezca en una casa,

¿y qué consigue una? Que se sequen en un rincón.

Con el tiempo llegarán á anunciarse en los periódicos las chicas vacantes, como hoy se anuncian los pisos amueblados con asistencia ó sin ella, pues no habrá ya ni siquiera el recurso de lanzarse al teatro, dada la abundancia de actrices y la escasez de compañías.

Ya hoy es infinito el número de jóvenes que aspiran á la gloria escénica, y en las listas de los teatros figuran nombres y nombres de actrices desconocidas hasta el presente; y como es imposible que todas puedan trabajar, los directores se ven y se desean para complacer á las unas con perjuicio de las otras.

—Yo lo que quiero es que el público me conozca—dice una.—Mi especialidad son los papeles fuertes.

—Sí, señor—agrega la madre;—cuanto más fuerte mejor, porque ésta tiene un carácter muy entero y está muy acostumbrada á regañar. ¡Si la viera usted ayer cómo se puso con su padre porque le cogió un dedo entre el cajón de la mesa de noche!

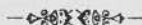
—Bueno; ya veremos si puedo darle un papecito de mujer desesperada—dice el director.

—Muchas gracias. Y en cuanto *debute* ésta le traeré á usted á su hermanita, que también quiere dedicarse al teatro. Aquélla tiene otro genio y podría servir para los papeles de inocente; baste

decirle á usted que nunca ha querido recoserle los calzoncillos á su hermano el mayor.

El porvenir de la mujer está hoy en el teatro, y por eso acuden á él tantas señoritas, la mayor parte de las cuales podrían servir para todo menos para caminar con paso seguro por la senda artística.

Dios las libre á ellas de tropezones, y á nosotros nos defienda contra la inundación artística que nos amenaza.





BUENAS RELACIONES.

Hay en Madrid mucha gente que se dedica á escribir cartas de felicitación á todos los personajes. Cuando está de días un ministro, carta; cuando los periódicos anuncian que le han hecho una operación á un conde, carta; cuando se da cuenta del feliz alumbramiento de la hija de un marqués, carta.

Yo, lo que puedo decir es que todos los que escriben á los personajes obtienen á la larga ó á la corta su correspondiente ración, y se ríen de los que no nos carteamos con los poderosos.

Los hay también que visitan á todos los príncipes extranjeros que vienen por ahí abajo; y si el Rey de Portugal hubiera pasado por Madrid en esta ocasión, tendría inmediatamente un fárrago de solicitudes pidiéndole audiencia.

No hace mucho tiempo estuvo aquí un archiduque austriaco, y fueron tantas las visitas que recibió en poco más de una semana, que el pobrecito ya decía á última hora:

—Bueno, yo ya estoy como una breva; ahora, que me pelen y me coman cuando gusten.

Uno de los que fueron á visitarle es un tal Losada, gallego él, y que cifra toda su delicia en adquirir buenas relaciones.

Llegó á Palacio con su frac y sus botas de charol relucientes.

—¿Está el Sr. Archiduque?

—¿Quién es usted?

—Dígale que está aquí Losada.

—¿El de la escofina?

—No, señor; el de la calle de la Garduña.

Losada pasó y estuvo en Palacio haciendo reverencias hasta que le echaron, porque él creía que un archiduque era una persona cualquiera y que podía uno pasarse allí un par de horas ha-

blando del tiempo y de la mala calidad del tabaco.

Llegó un miembro de la alta servidumbre, y le dijo:

—¿Ha acabado usted de ofrecer sus respetos?

—No, señor, todavía me falta un poco.

—Pues ya se puede ir.

—¡Hombre! Déjeme usted estar otra media hora, que no me meto con nadie.

Pero no se lo permitieron, y de allí se fué á su casa. Al verle, le dijo la portera:

—¡Caramba, D. Faustino! ¡Qué majo se ha puesto usted!

—Es que vengo de Palacio.

—¡Sopla!

—He estado con el Archiduque, que es persona muy atenta y muy bien parecida.

—¡Qué bien relacionado está usted!

—A Dios gracias, tengo muy buenas amistades. Ahora, para cuando dé á luz mi esposa, pienso que el ministro de la Gobernación me saque de pila á la criatura.

—¿Le conoce usted?

—No le conozco por ahora; pero el viernes, que es su cumpleaños, iré á felicitarle, y de paso le digo lo de mi señora.

Hay gente así, denodada de suyo, que entra en todas partes, sin pizca de aprensión, y en cuanto le dan un poco de confianza, abusa.

Alguno conozco yo que se mete en las casas á la hora de comer, y se va quedando, quedando, hasta que le dicen:

—¿Quiere usted acompañarnos?

Entonces él hace como que se va, y contesta:

—No, no quiero molestar á ustedes.

—¡Qué disparate! Usted no molesta.

—Pues entonces comeré, para que vean que les aprecio y no soy orgulloso.

Y acaba por sentarse á la mesa y por decir con la mayor naturalidad del mundo:

—Ya que son ustedes tan amables, me voy á llevar este poquito de queso, envuelto en un papel, para que lo pruebe mi señora madre política.

¿Quién duda que las buenas relaciones se obtienen por medio de las cartas y las visitas?

Por eso, cuando llega á Madrid algún príncipe extraño á la localidad, acuden á visitarle muchas personas, y por eso decía ayer Losada con honda pena:

—¡Lástima que no venga por aquí D. Carlos el de Portugal!

—¿Tenía usted que decirle algo?

—Sí, señor; pensaba ir á verle para decirle que he conocido á su señor padre y que quisiera poseer un retrato suyo.

La señora de Losada dice á su esposo con frecuencia:

—Anda, vete á visitar al ministro, y si encuentras ocasión explícale toda mi enfermedad, y dile dónde tengo el dolor, y los gastos que nos ocasiona, para que se interese por nosotros y nos tienda una mano. Si te pregunta cuántos hijos tenemos, dile que nueve, porque él no ha de venir á hacer confrontaciones.

Si fuéramos á indagar el origen de muchas Subsecretarías y Direcciones generales, resultaría que algunos de los agraciados han sido visitantes consecuentes de los poderosos de la tierra.

Con una buena levita, unos guantes amarillos y unas botas relucientes, ya está un hombre en camino de hacer fortuna.

Lo que hay es que muchos tienen todo esto y no visitan á los personajes para que no diga algún ujier suspicaz con esa filosoffa trascendental de escalera abajo:

—Ya está aquí el *méndigo* de todas las semanas. Hay que tener ojo, porque éste, como no puede llevarse un buen destino, es capaz de llevarse un tintero ú cosa así.





RECUERDOS DEL CARNAVAL.

Es incalculable el número de veces que estuvo Serafin en casa de Ibáñez, el vocal de la Junta del Círculo de Bellas Artes.

—¿Se puede ver al Sr. Ibáñez? —preguntaba á la doméstica.

—No está.

—¡Por vida del.....! ¿Sabe usted si estará en el Círculo?

—Puede que esté allí, porque anda con eso del baile.

Serafín se iba corriendo al Círculo.

—¿El Sr. Ibáñez?

—No ha venido hoy.

—¡Maldita sea.....!

Después de andar dos días seguidos en busca de Ibáñez, Serafín consiguió verle en la calle de Alcalá, dentro de un coche de punto.

—¡Eh, cochero, pare usted!..... Amigo Ibáñez..... ¡Gracias á Dios que le echo la vista encima! Desde anteayer le ando buscando. ¿Se acuerda usted de mí? Yo soy Mantequilla.

—¿De Soria?

—No, señor; Serafín Mantequilla, hijo de don Pantaleón, el ventrílocuo.....

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo..... ¿Y papá?

—¡Se me ahogó en una tertulia haciendo el buey!

—¡Qué lástima! ¡Un hombre que imitaba tan bien la voz de los animales!

—Sí, señor, de todos, y últimamente había aprendido á hacer la cucaracha de una manera prodigiosa. Eso fué lo que le mató, porque abusaba de la ventriloquia..... Pues yo le busco á usted para una cosa de muchísima importancia. ¿Podría usted facilitarme un billete de caballero para el Real?

—¡Hombre, hombre! Eso es muy difícil.

—Verá usted: no he visto hasta ahora ningún baile, porque ya sabrá usted que yo iba á ser pastor evangélico, y, francamente quisiera lanzarme al mundo.....

Serafín, á fuerza de suplicar, consiguió un billete, y el hombre fué á pedirle el frac á un paisano suyo que había sido diputado en tiempo de la república.

—Yo no tengo inconveniente en prestarte el frac, pero se ha quedado antiguo.

—No importa—contestó Serafín.

—Lo que puedes hacer es estrecharle la manga, porque es de forma de jamón.

—Eso corre de mi cuenta.

Una tía de Serafín le estrechó la manga, y el hombre su fué al Real hecho un gomoso de Morata de Tajuña.

¡Qué magnífico estaba el salón! ¡Qué bullicio reinaba allí! ¡Cuánta máscara elegante! ¡Cuánta alegría!

Serafín se quedó extático al ver aquel lujo y aquella animación.

Las máscaras se dirigían á los caballeros, tratando de embromarles, y éstos gozaban lo indecible haciendo de calaveras.

—¡Ah, picarillo! ¿Tú por aquí? ¿Dónde dejas á tu novia?

—Adiós, Fulano. ¿Hace mucho que no ves á aquella rubita? ¡Qué tunante eres!

A Serafín nadie le daba broma ni le llamaba tunante; anduvo dos horas y media desde el *foyer* al salón, del salón á los pasillos, de los pasillos al *ambigué*..... á beber agua.

—Yo no me divierto nada absolutamente—decía él hablando á solas.—Verdad es que como nadie me conoce.... Si hubieran venido las de González, de fijo que me daban broma. Ellas conocen mi vida privada.

Fatigado y con los pies en carne viva á fuerza de pisotones, Serafín fué á sentarse en una butaca del pasillo, al lado de una mascarita rubia, que al verle le dijo:

—¡Qué feo eres! Apártate un poco, que me arrugas el vestido.

Serafín se puso rojo de vergüenza. Iba á contestar, cuando se presentó de pronto un sujeto con cara de oso blanco, y dirigiéndose á la mascarita, la dijo con voz de trueno:

—¡Te pesqué, ingrata!

Ella, levantándose rápidamente, apeló á la fuga.

Entonces el oso, encarándose con Serafín:

—¿Conque eres tú el que me roba la dicha?—le dijo.—Pues ¡toma!

Y descargó sobre las narices del joven dos puñetazos formidables.

.....

Hoy Serafín está en la cama con el rostro cu-

bierto por unos trapos, y cada dos horas tiene necesidad de ponerse sobre la nariz unas hilas untadas de cerato simple.

Y cuando alguien le pregunta si se ha divertido, contesta melancólicamente:

—¿Que si me he divertido?.... ¡Mira!

Y levantando los trapos, deja al descubierto la nariz, que parece una alcachofa.





ANOMALÍAS.

El arte, por más que digan los que viven en perpetuo lloriqueo, tiene recompensas superiores á ninguna otra manifestación de la actividad humana.

Yo quisiera ser Pradilla sin Ministerio, y no sería Tejada aunque me hiciesen presidente del Consejo de Ministros.

¡Cuánto darían los hombres de dinero por obtener manifestaciones semejantes á las tributadas á Sellés cuando estrenó *El nudo gordiano*, ó á Rosales cuando exhibió su *Testamento de Isabel la Católica*!

En cambio, los artistas se pasan la existencia diciendo que no pueden comer y que nadie les protege.

Hay quien cambiaría todos los aplausos del público y todos los elogios de la prensa por un par de acciones del Banco de España.

Y, sin embargo, si el talento pudiera transmitirse como se transmiten los bienes inmuebles, ¡cuántos banqueros escribirían comedias, y cuántos capitalistas pintarían cuadros!.....

Porque nadie está contento con sus cualidades ingénitas y sus dotes naturales; y quién más, quién menos, todos persiguen precisamente lo que no han de realizar en toda su vida.

Conozco un hábil relojero que se empeña en componer una ópera para que se la cante Tamagno vestido de moro.

Hace pocos días fuí á visitar á un aplaudido autor dramático, y me le encontré tratando de saltar á pies juntos por encima de su señora sin tropezarla.

—¿Que no tengo agilidad?—me dijo muy irritado.—Va usted á ver si la tengo. Anda, Nicanora, baja la cabeza, que voy á dar el salto.

—¡Pero, D. Mamerto! ¡Se va usted á romper el bautismo!

—Yo nací para esto, y no para hacer dramas.

Anda por ahí una señora con un vientre lo mismo que un barreño y unos bigotes que ya los quisiera Moret para los días de fiesta, y el otro día estuvo á verme y me dijo:

—Yo quisiera entrar en Apolo de tiple cómica.

—¿De tiple?

—Sí, señor; aunque al hablar parece que tengo la voz de barítono, cuando canto saco unas notas como una flauta.

—Pero ¿ha cantado usted alguna vez?

—Nunca. Yo tuve estanco mientras vivió mi esposo, que era sargento. Después, ya viuda, estuve haciendo de planchadora, y cogí unos dolores en toda la caja del cuerpo por causa de los hornillos. ¿Ve usted cómo tengo el vientre? Pues se me puso así en muy pocos días. Embarazo no debe ser.

—Usted lo sabrá.

—No, señor, no es embarazo: es grasa. Conque usted me dirá si puede recomendarme á Apolo para tiple cómica, que son las que ganan más, según dicen.

Tengo un vecino que asegura haber descubierto la navegación aérea. Él es un buen funcionario de Ultramar, muy entendido en asuntos de administración, y conoce las costumbres de los negros

y su literatura, como conozco yo á mi familia. Además toca algo el acordeón. Pues bien: mi vecino desprecia sus aptitudes administrativas y el instrumento y la literatura, de color y todo, para dedicarse en cuerpo y alma á construir un aerostato. En esta ocupación le ayuda un sobrino carnal, que es sastre, y ambos se pasan las horas muertas poniéndole á la caja del brasero unas enaguas de lona y un timón de hoja de lata.

Ya tienen hecha la vela que ha de facilitar la navegación, y ahora están construyendo cuatro alas, hechas con dos sombrillas cortadas por la mitad.

El tío y el sobrino piensan volar la semana que viene.

—Pero ¿está usted seguro de volar?—le pregunté la otra tarde.

—Tan seguro como de que me llamo Eudosio.

—Dios lo quiera.

—Mire usted: mi sobrino y yo nos ponemos las alas, después nos metemos la caja del brasero por la cabeza; hinchamos el foque, y á volar. Es cosa facilísima.

—Me alegro mucho.

—Tantas gracias.

Yo espero ver entrar á mi vecino, el día de la navegación, con la cabeza hecha polvo y los huesos resquebrajados; pero allá él.

No hay medio de disuadirle.

Hace lo menos un año que no despacha expedientes en la oficina, ni toca el acordeón, ni saluda á su mujer, puede decirse, y, en cambio, utiliza todo el papel del Ministerio en dibujar la máquina misteriosa y las velas y el timón.

¡Desventurado D. Eudasio!

Y desventurados todos los que, prescindiendo de sus disposiciones y contrariando las leyes de la Naturaleza, se meten á hacer lo que no saben.

Si todos se ajustaran á vivir dentro de su esfera, no habría por ahí tanto «congriso» escribiendo dramas, ni tanto «besugo» haciendo críticas, ni se daría el caso de ver en escena alguna actriz, vestida de gran señora, con todos los modales de una verdulera.

Hay una que cuando dice: «Salid de mi casa, Conde», parece que está gritando: ¡Y rábanos! ¡Como el agua! ¡La rabanera!





EL NIÑO.

- ¿Está D. Casimiro?
—Sí, señor: pase usted.
—¡Hombre! ¿Usted por aquí?
—Vengo á que hablemos del asunto aquel.....
—¡Ah, sí. ¿De las acciones de la Tabacalera?
—Eso es.
—Pues siéntese usted..... ¡Vaya, vaya!..... Dis-

piense usted un momento..... ¡Pepa! ¡Pepa!.....
¿Dónde está el niño?

Pepa (desde el comedor).—Está aquí.

—¿Qué hace?

Pepa.—Está rompiendo el retrato de la señorita.

—Perfectamente..... Pues sí, amigo mío; deseaba que habláramos de las acciones, porque, la verdad, yo creo que..... ¡Pepa! ¡Pepa! Lo mejor será que traigas al niño aquí, porque el pobre se va á cansar de no verme..... ¿Tiene usted hijos?

—Sí, señor.

—¡Ah, pues entonces ya sabe usted lo que son estas cosas! Yo tengo uno que ahora verá usted; es precioso, y está algo consentido porque le damos todos los gustos. ¡Como no tenemos otro!..... Ven acá tú, ángel de la casa. Dale un besito á este señor.

El niño.—No *tero*.

El papá.—Vamos; sé amable, Casimirín.

El niño se me acerca, y lo primero que hace es mordirme una mano. El papá se ríe; yo también me río, como los conejos desgraciados; pero hay que disimular.

El papá.—Las acciones están en alza, según noticias.

Yo.—Efectivamente.

El papá.—Anda, Casimirín, dile á este señor cómo hace la abuelita cuando le pegas en la ca-

beza con la palmatoria..... Anda, cielin..... Es una monada este chico, solo que ahora no quiere hacer cosa alguna, porque le da vergüenza..... ¿Qué quieres, hijo mío? ¿Subirte encima de la mesa? Pues súbete. ¿Quieres jugar con el tinterito? Pues te lo voy á dar..... ¡Ay, amigo mío! Estos muchachos hacen de uno lo que quieren..... Por supuesto, las acciones tendrán doble valor cuando pasen unos días.....

El niño (metiéndole á su papá una pluma por un ojo).—Estáte *queto*.

El papá.—¡Por Dios, Casimirín; me vas á hacer pupa!

El niño.—Pues *tero*.

El papá.—¡Hijo de mi alma! ¡Qué mono es! ¡Y qué listo! Fíjese usted: el pobrecito quiere saltarme un ojo y no puede.

Yo.—Es una monería.

El papá.—¡Y si viera usted cómo nos pega á todos! Mi suegra tiene el cuerpo lleno de cardenales, porque todo el gusto de este chico es coger un bastón y darnos con él en cualquier sitio. El otro día por poco mata á la criada. ¡Inocente criatura! Figúrese usted que ella salía á la compra, y el chico, desde el balcón, la tiró un tiesto.

Yo.—¡Qué inocente!

El papá.—Después, cuando vió que no había realizado su capricho, se tiró en el suelo, y allí se estuvo más de una hora llorando.

El papá.—Vamos, Casimirín, no llores, hijo de mi alma, que te vas á sofocar.

El niño.—Tero melón. Ji..... ji..... ji.....

En aquel momento aparece en la puerta del despacho la madre de la criatura, y sin saludarme ni nada, se dirige á su esposo, diciéndole:

—¿Qué le haces al niño? ¡Hijo mío de mis entrañas!

El papá.—Quiere melón.

El niño.—Tero melón.

El papá.—¿Estás loco, Casimirín? ¿Melón en Febrero?

El niño.—Tero melón.

Y Casimirín comienza á gritar y á sacudir patadas á los papeles que hay sobre la mesa. No contento con aquel destrozo, coge el tubo del quinqué, y le tira, haciéndole mil pedazos; después se agarra á los bigotes del papá, lanzando gritos.

La mamá.—Ya decía yo que algo se le había antojado al pobrecito ; pero tú no haces más que contrariarle..... Ven, Casimirín, que yo te daré lo que quieras..... ¡Pepa, Pepa!

Pepa (entrando).—¿Qué manda usted?

La mamá.—Vete corriendo á una frutería y que te den un melón. Di que le escojan bueno, que es para un niño muy delicado y muy mono.

Casimirín, al ver satisfecho su capricho, deja de llorar en el acto; pero vuelve á decir que le suban

á la mesa y le den unas tijeras para cortar pape-
litos.

Los papás se apresuran á complacerle, y yo aprovecho la tranquilidad del chico, para reem-
prender mi conversación sobre las acciones.

Yo.—Conque, D. Casimiro, usted dirá.

—¿Qué?

—Si vende usted esas acciones.

—¡Ah, sí! Puede usted contar con..... ¡Cuidado,
Casimirín, que te vas á meter las tijeras por un
ojo! (A su esposa:) ¿No ha vuelto Pepa con el
melón?

La esposa.—No.

El niño, que se ha cansado de recortar papeles,
quiere bajarse de la mesa á toda prisa, pero se le
tuerce un pie y cae de cabeza contra un mue-
ble.

Los papás (acudiendo en su socorro).—¡Hijo de
mi corazón!

Llora el niño como si le estuvieran arrancando
el pellejo á tiras. La mamá lanza gritos de angus-
tia; el papá se lleva las manos á la cabeza con frenesí, y á todo esto la criada aparece con el melón.
El niño le ve, y quiere hincarle el diente; la
mamá se apresura á buscar el cuchillo, el papá
sale de la habitación en busca de un plato, y la
criada menea la cabeza con aire burlón y me dice
confidencialmente:

—Caballero, no venga usted jamás á esta casa

á hablar de negocios, porque será inútil. Aquí nadie piensa más que en el niño.

Yo cogí el sombrero y salí á la calle murmurando:

—¡Ay, qué niño!





CRISIS ALIMENTICIA.

Ahora resulta que nos hemos atiborrado de cerdo «doliente» sin saberlo.

El señor alcalde ha descubierto que las carnes enfermas destinadas á la cremación en el ara municipal eran aplicadas por industriales impuros al ramo de embutidos, y, por consiguiente, hemos estado comiendo salchichas de cerdo pulmoníaco y butifarras de ternero tísico.

Nótase tal falta de recursos y llegan á ser tan escasos los medios de subsistencia, que á trueque de alimentarse hay personas que no tendrían inconveniente en comer besugos con sarampión.

La necesidad aprieta ; esto es cosa averiguada. Ya nadie destina al aguador los garbanzos sobrantes del cocido, por la sencilla razón de que no sobran. Antes al contrario, hoy se destinan á la alimentación muchos artículos que en otros tiempos desdeñábamos.

Una señora que se distingue por su economía doméstica, viene desayunándose desde que ha comenzado la crisis alimenticia con un cocimiento de estera de cordelillo en sustitución del té, que es hierba cara.

Pocas son las personas que desperdician las cortezas del queso, con las cuales improvisan sabrosos principios, y en muchos hogares se aprovecha el papel pintado de las habitaciones, cuando está grasiento, para hacer caldo. Con el tiempo habrá quien haga comestibles hasta los sombreros.

Las tiendas-asilos han resuelto el problema de la alimentación económica; pero no parece bien que vayamos allí, con nuestro pucherito, los que usamos gabán con cuello de terciopelo y ocupamos una butaca en los teatros. De manera que las personas llamadas finas pasamos unas penurias estomacales de primer orden, y ya no tenemos inconveniente en decirnos:

—¡Caramba! ¡Cómo tengo hoy el estómago!

—¿Irritado?

—¡Quiá! Vacío.

—Pues yo estoy con tres patatas fritas desde anoche á las diez y media.

—Hasta mañana, lo más pronto, no podré comer, pues han prometido regalarme un queso gallego que le tocó en una rifa á una señora, y no le gusta.

—Será persona acaudalada.

—¡Ya lo creo! Come principio casi todos los días y tiene en la despensa un jamón sin estrenar.

—¡Qué suerte de señora!

Yo no sé adónde iremos á parar, de seguir así las cosas.

Los comestibles por las nubes y un si es no es adulterados; el dinero cada día más retraído, y el trancazo haciendo víctimas entre las personas pudientes, con saña aterradora.

Los únicos que hoy se divierten son los moros y los concejales que forman la Comisión organizadora de las fiestas del Carnaval.

Para unos y otros, esta vida es un constante regocijo.

El resto de los humanos apenas comen, ó comen mal, como le sucede á cierto diputado que tenía pedida la palabra, y se vió obligado á decir al Presidente bajo promesa de secreto:

—Yo iba á hablar, pero no me es posible por-

que estoy muy débil. Aquí, donde usted me ve, estoy alimentándome con caramelos desde el lunes.

La gente contempla estos días con verdadera ansia el escaparate de un *restaurant* donde se exhibe, tumbado en el suelo, un jabalí vivo, que, aunque sea mala comparación, parece una patrona de huéspedes, viuda, durmiendo la siesta.

Aquel animal cautivo y desgraciado excita el apetito de los transeuntes y les hace meditar sobre la inestabilidad de las dichas humanas.

—¡Pobrecillo!—decía un caballero de buenos sentimientos.—Qué lejos estará él de *pensar* lo que va á sucederle cuando le asen.

—Pero, ¿eso se come?—preguntaba una señorita sensible.

—Ya lo creo.

—Yo no lo probaría por nada del mundo.

—¿Por qué?

—Porque parece una persona peluda.





¡VIVA LA BICICLETA!

El ciclismo viene á ser como las *perlas de salud* ó las *gotas vitales* que rejuvenecen á los ancianos, vigorizan á los débiles y hermosean á los feúchos de nacimiento.

Se ha observado que el uso frecuente de la bicicleta convierte al hombre menos esbelto en gentil y elegante.

Cerca de mi casa vive D. Úrsulo, que ha tenido hasta hace poco tiempo las piernas torcidas y una cadera desencuadrada, y algo de rubicundez en la nariz y un volumen abdominal irritante. Un médico le recomendó el uso del velocípedo, y las condiciones estéticas de D. Úrsulo han mejorado visiblemente.

Ahora trata de iniciar en los secretos del velocipedismo á su señora, que es asmática y además padece de vértigos.

Por de pronto le ha comprado una máquina de lance, que perteneció á un presidente de comité fusionista—hoy en la desgracia á consecuencia del cambio político,—y todas las mañanas da lecciones á la esposa y la obliga á recorrer el pasillo moviendo los pedales.

Ella se tuerce, y á lo mejor va á dar con la cabeza contra la pared; pero la dice D. Úrsulo:

—No tengas cuidado. Leonorcita. Todos esos golpes son muy convenientes si has de llegar á dominar la máquina.

Doña Leonor pesa sus once arrobas corridas, y cada vez que se desploma sobre el duro pavimento hace retemblar la casa y pone en conmoción á los vecinos, alguno de los cuales ha subido alarmado diciendo:

—¿Qué ocurre? Se ha caído alguna pared? ¿Estamos seguros?

—No es nada—ha dicho D. Úrsulo sonrien-

do;—es mi señora, que da sus lecciones de bicicleta.

—Pero ¿se ha descalabrado?

—Sí, un poquito. Hoy no se ha roto más que una miaja de nariz. Lo peor es el ojo.

—¿Qué ojo?

—Nada, que ayer se cayó de cabeza sobre la cama y se le introdujo un boliche por el ojo derecho. Probablemente lo perderá.

—¡Pobrecilla!

—Pero, en cambio, está mucho mejor del asma, y ya no le dan los vértigos con la frecuencia de antes. Desde el jueves no ha tenido más que once.

—Del mal el menos.

—¿Por qué no se dedica usted al velocípedo?

—Hombre, yo soy poco ágil, y además, como estoy empleado en la Vicaría....

—Menos ágil era mi cuñado el canónigo de Sigüenza, que había que subirle á la cama con una grúa y le sacaban al sol entre dos tahoneros franceses, amigos suyos, y hoy monta en bicicleta como el primero, y á lo mejor estamos jugando á la brisca mi señora y yo, y le vemos entrar en el gabinete con la máquina.

—¿Viene de Sigüenza en velocípedo?

—Sí, señor, y sube las escaleras montado. Es una notabilidad.

Don Úrsulo ha llegado á convencer á su vecino, y éste se va al velodromo todas las tardes con dos chicos que tiene algo feos, pero muy despa-

bilados. Entre los tres alquilan una bicicleta y salen á pasar por la Castellana, uno de ellos montado y los otros dos sosteniéndole por detrás.

Dentro de un mes, lo más tarde, podrán marchar solos, cada uno en su máquina, y será cosa de ver al papá, seguido de sus dos pequeñuelos, como una perra con sus cachorros, aunque sea mala comparación.



El velocipedismo se impone y hace progresos de día en día.

Desde que el insigne Echegaray se ha dedicado á este *sport* higiénico y elegante, casi todos los autores dramáticos tratan de seguirle.

Hay un autor de juguetes cómicos que ya monta como el más consumido campeón, y asiste á los ensayos en bicicleta, y si le llaman al escenario la noche del estreno, piensa presentarse con máquina y todo. Ayer le encontramos en la calle del Bastero dándole á los pedales.

—¿Adónde vas?—hubimos de decirle.

—A casa de la tiple, que está con el moquillo y no ha asistido al ensayo. De allí pienso ir á ver cómo llevan las decoraciones Bussato y Amalio. Después tengo que visitar al editor para que me haga un anticipo..... Abur.

Y echó á correr como alma que lleva el diablo.

El uso de la bicicleta es conveniente á todas las profesiones y á todos los sexos. Por ahora sólo hacen uso de la máquina las solteritas bellas y una que otra joven casada. Con el tiempo emplearán el velocípedo otras muchas mujeres que hoy se ven obligadas á salir á pie con distintos propósitos.

Por ejemplo, D.^a Nicanora, la pupilera iracunda, que se pasa el día recorriendo los cafés en busca de un huésped llamado Ceferino, que la debe año y medio de pupilaje.

¡Bendita sea la bicicleta!



UN JOVEN IRREFLEXIVO.

Bien hacen los papás severos en maldecir las verbenas.

El hombre, si es joven é impetuoso, no se pára á meditar ni á atarse la lengua ni las cintas de los calzoncillos, y cuando llega la reflexión y trata de contener el desbordado torrente de sus deseos,

observa con amargura que tiene todo el pantalón rozado por abajo.

Toda verbena es un semillero de peligros. Preguntadle á D. Anastasio dónde ha perdido los dos dientes de arriba, y os contestará melancólicamente:

—En una verbena. Tuve unas palabras con un capitán de la Milicia, que era buñolero, y después de desafiarme me pegó con el cacillo del aceite en la dentadura.

El que va á la verbena dispuesto á divertirse, ya sabe que se expone á volver á su casa en trozos como la merluza. ¿Quién puede reprimir los impulsos de la sangre joven? ¿Quién, al ver un cuerpo bonito, no siente la necesidad de dirigirle un piropo? Y ¿quién le dice á usted que no le aticen un garrotazo en la cabeza? Huyamos de toda manifestación pública.

Vale más dedicarse al amor silencioso, como hace Manolito, el chico de las de Purpurina, que es un calavera con capa de hombre de bien, y asiste á las verbenas con el pelo chorreando pomada de rosa y las uñas brillantes como espejos.

En cuanto ve una chica de esas que tienen cara de bondad y de cocido perpetuo, acompañada de una mamá sencilla pero fea, Manolito se sienta á su lado con el propósito de enamorar lentamente á aquella infeliz. Lo primero que hace es levantar con disimulo la campana del pantalón para que le

vean los calcetines rayados. Después tararea un aire de ópera, dando á entender que está empapado en la música sublime, como toda persona de buena familia, y que tiene los recursos necesarios para asistir al Real. Pasa una aguadora, y Manolito pide un vaso de agua con azucarillo.

—¿Gustan ustedes?—pregunta á sus vecinas.

—Tantas gracias—contesta la mamá.

Manolito bebe el agua á sorbos, que es un síntoma de buena educación, cosa que nunca pasa inadvertida á los ojos de las damas. Después entrega un duro á la aguadora para que se cobre.

La buena mujer contesta que no tiene dinero para tanto, y entonces Manolito saca del bolsillo del pantalón dos perros grandes, y dice con acento de príncipe generoso:

—Guarde usted el resto.

Aquel rasgo predispone favorablemente á doña Aniceta, la mamá de la niña, que empieza á ver en el joven un «buen partido», y trata de entablar conversación buscando un pretexto.

—¡Ay!—dice alarmada.—Se le ha caído á usted en el pantalón una chispa del cigarro.

—Gracias—contesta él sacudiéndose con cierta indiferencia.—Este es un pantalón que tengo para las verbenas y los días de lluvia. No vale nada.

—Pues es muy buena clase.

—¡Pchs!.....

La conversación se va animando poco á poco, y

el joven, que tiene mucha costumbre de amar, pronuncia al oído de la chica media docena de palabras galantes.

Ella se ruboriza, pero escucha, y al fin, procediendo con dignidad, porque es muy decente, hace esta declaración en voz baja:

—Tiene usted mucho atractivo, y se ve que es usted persona regular; pero no debo ocultarle que estoy en relaciones con un chico de Sigüenza.

—Sí—interrumpe la mamá, que lo ha oído todo.—Á nosotras no nos gusta engañar á nadie. Ésta le dijo que sí porque él estaba de *huésped* en casa de una amiga, que no es que tenga huéspedes, sino que se ha quedado viuda, como quien dice, porque su esposo ha salido un pillo, y en vista de esto admite un caballero ó dos con asistencia y sin ella, y nosotras vamos allí por las noches, y él empezó á tontear con ésta, hasta que se le declaró una noche mientras yo estaba en el comedor copiando una receta para hacer tinta.

—Pero no vaya usted á creer que hay compromiso formal—dice la muchacha.

—Y menos desde que quiso pegarle á ésta con una badila porque la vió hablar con el asistente del piso de arriba, que, como buen andaluz, es muy gracioso—replica la madre.—¡Ya ve usted qué falta tan grande!

Manolito cree que la conquista no ofrece serias dificultades, y compra un bollo de canela para

obsequiar á aquellas señoras. La mamá envuelve en el pañuelo la parte que la corresponde, no sin decir antes:

—No se ofenda usted porque no me lo coma ahora; pero hemos tomado ensalada, ¿sabe usted? y temo que no me siente.

Manolito gana terreno en el corazón de la joven, que comienza á mirarle con ojos de anguila moribunda.

—¿Gasta usted calzoncillos?—dice la mamá aprovechando un momento de silencio.

—Sí, señora; aunque me esté mal el decirlo.

—Lo pregunto porque nosotras cosemos para fuera y se los hacemos á lo mejor en Madrid. Bosch no se acostumbra más que con nosotras, y aun ayer le mandamos á Moret media docena con un diputado provincial, que es quien le hace los recados.

El joven dice que se someterá gustoso á los calzoncillos y demás prendas interiores á trueque de conseguir el amor de Pura, porque la chica se llama Pura; pero de cuando en cuando acude á su imaginación el recuerdo de Sigüenza, y teme perder en un minuto todo el terreno ganado.

—No se preocupe usted—dice la mamá.—Yo conozco mucho á ésta, y usted le ha sido muy simpático, porque es usted rubio y tiene usted muy buena conversación. Además, el otro no está ahora en Madrid.

—¿Dónde está?

—En Astorga. Ha ido á conocer á una tía suya, que es la inventora de las mantecadas, y quiere ver si le pone al frente de la confitería, porque él no tiene nada.

—¿No?

—Tenía bastante, pero se lo comió todo un tío suyo carnal.

Las verbenas estrechan de tal suerte las distancias, que Manolito conoció á Pura la víspera de San Pedro, y hoy se tutean como si se hubiesen nutrido en el mismo seno. Hasta D.^a Aniceta le dice cariñosamente:

—Está mal que yo lo diga, pero le quiero á usted como á un hijo..... Hágase usted la cuenta de que está en su casa, y cuando tenga usted calor, quítese la levita. ¿Quiere usted ponerse unas zapatillas más?

¡Oh, las verbenas! La juventud atrevida abusa de estas fiestas, y el que no saca novia, saca un puñetazo en las narices ó un cólico de buñuelos.

Terminaremos con unas aleluyas, originales de un maestro armero que tiene un drama presentado en el Español desde el año 56; además versifica los domingos por la tarde:

Todo joven que asiste á la verbena,
No va allí á cosa buena;
Y el que quiera evitar un accidente,
No pruebe los buñuelos mayormente.



PESTE DRAMÁTICA.

No morirá nuestro teatro nacional por falta de obras. Casi todos los días surge algún nuevo genio, perteneciente al ramo de autores «no comprendidos», y los empresarios tienen necesidad de barrer poetas como quien barre virutas.

Donde menos se piensa aparece un autor dra-

mático de grandes esperanzas, que aspira á que le representen una obra; y el otro día, sin ir más lejos, me encontré uno en la reunión de las de Barbadillo, *sitas* en la calle de Gato, 32, tercero derecha.

Estaba yo hablando con la señora de la casa sobre la necesidad de exigir certificación de buena conducta á los que van á las reuniones—porque algunos se llevan los gabanes—cuando se me presentó un joven rubio, con la cara algo torcida y un chaquet color de musgo seco.

—¿Usted no me conoce, verdad?—me dijo él.

—No, señor—contesté yo.

—Pues yo vengo de Bribiesca con un drama para la Guerrero y otro para Sánchez Palma.

—Me alegro mucho.

—Los traigo aquí.

—¿Dónde?

—En el pecho.

Y sin consideraciones á la moral ni á la señora de Barbadillo, se desabrochó el chaleco, y empezó á sacar actos y actos, hasta nueve.

Después dijo:

—Si quiere usted venirse al comedor, le leeré algo para que se forme una idea.

Yo, al principio me resistí con todas mis fuerzas; pero él se puso tan triste, que no tuve más remedio que acceder; y ya en el comedor, el hombre desenvainó el drama de la Guerrero, y, tras, tras,

me leyó 400 redondillas arrimado á la puerta de la despensa.

Entonces yo, no pudiendo librarme de aquel pícaro con buenas razones, le fuí empujando suavemente, hasta introducirle en la despensa, y ya dentro, eché la llave y me volví á la sala.

Al día siguiente fueron á sacar aceite y se encontraron al de Bribiesca dormido sobre un talego de garbanzos, con la cabeza apoyada en un jamón y los dos dramas sobre la barriga.

Después supe que había estado en la Princesa á presentar su drama, y que le habían mandado á paseo; y por último, se fué á ver á Donato Jiménez, y éste, después de oír dos escenas, cogió al joven por la nuca y le metió la cabeza en la palangana hasta once veces.

Pues no escarmienta, no señor; y dice que, ó poco ha de poder, ó le ponen los dramas; porque está dispuesto á pagar todos los gastos y á alquilar un coliseo para él solo si fuera preciso.

Y digo yo: ¿Qué necesidad tiene este joven de pasar disgustos? ¿Por qué no se vuelve á Bribiesca, donde le aguardan los brazos amantísimos de su familia?

Contesto yo mismo: Porque padece una monomanía dramática que no le deja vivir, y éste es un caso de estrabismo como el de D.^a Laureana, la esposa de Angúlez, acreditado procurador de Villar de Mulos.

Doña Laureana tiene seis hijos y está de ocho meses. Pues bien: sin consideración á su embarazo, ni á las seis criaturas existentes, se ha venido á Madrid con su esposo y un drama; se ha instalado en un fonducho que huele á sopa de hierbas y á sebo, y se pasa la mayor parte de las horas del día y las de la noche leyendo su obra á los huéspedes.

—Lo hemos dejado todo—dice el marido—porque lo que más deseamos en este mundo es que *nos echen* el drama.

—¿Y los niños? ¿Y los pleitos?

—Los niños están bien, porque los cuida un alguacil del Juzgado, que ha sido asistente y sabe dar el biberón como una nodriza. Los pleitos están parados mientras no estrenen á ésta.

Ello es que el matrimonio ha renunciado á los goces del hogar y á las utilidades de la procura por venirse á Madrid en persecución del aplauso público.

—Lo que yo siento—dice la autora—es si caigo en la cama precisamente el día del estreno.

—¿De cuánto está usted?—la pregunta la dueña del fonducho.

—De ocho corridos.

—Si eso llega á suceder—replica el esposo,—ya tenemos pensado lo siguiente:

Esta, en cuanto se sienta mal, se queda en el teatro, y allí puede dar á luz con toda franqueza,

pues para eso es autora. Hoy mismo pienso hablar con la primera actriz para que la deje poner una cama en su cuarto.

—¿Y si la llaman á escena?

—Entonces salgo yo como poetisa consorte, y le digo al público que la dispense, y que ya saldrá cuando haya cumplido la cuarentena.

No, el teatro no muere por falta de obras; de día en día aumenta el número de autores más ó menos espontáneos, y si esto sigue así hemos de ver á los pescaderos, de bruces sobre la tabla de los besugos, diciendo á las criadas:

—Hoy no despacho.

—¿Por qué, señor Isidro?

—Porque estoy concluyendo un drama con destino al teatro Español.





VISITAS DE DESPEDIDA.

La gente acaudalada se dispone á abandonar la villa, huyendo del horrible calor que nos consume.

Hasta ahora es escaso el número de familias que han salido de Madrid, pero pronto comenzará la emigración por grandes grupos.

Mientras unos preparan los bártulos para emprender la marcha, otros se disponen á despedir

á sus amigos, según costumbre. Y ésta es una de las mayores calamidades que ha inventado la sociedad moderna.

—Los de Cogorza se van el jueves. Hay que ir á decirles adiós.

Y ya les ha caído que hacer á los de Cogorza.

Un viaje necesita siempre preparativos, y antes de salir de Madrid hay que dejar las cosas en su sitio, y hacer los baúles y disponer la merienda y dedicarse á última hora á una porción de detalles importantísimos, y á última hora precisamente es cuando se les ocurre á los amigos hacer la visita de despedida.

En la sala reina el mayor desorden. La señora da vueltas sin cesar para recoger la ropa y guardarla en los armarios. El esposo anda de aquí para allá, dictando órdenes, tropezando con los baúles y recontando en un rincón el dinero necesario para el viaje. Los niños, locos de alegría, no saben lo que se hacen y se van á la cocina á oler la merienda, y abren los sacos de noche y pretenden llevarse á provincias todos sus juguetes, incluso el gato.

—Anatolia—dice el esposo á su mujer, —¿has metido en el baúl mi dentadura nueva?

—Sí, hombre, sí; déjame, por Dios, que tengo la cabeza como una olla de grillos.

—No te olvides de llevar mis navajas de la barba. Ya sabes que en Fuenterrabía afeitan muy

mal. El año pasado quisieron afeitár á un sacerdote y le hicieron un siete en la sotabarba.

—¡Jesús, Jesús, qué mareo! ¿Dónde estarán ahora tus calzoncillos de baño?

—Búscalos, mujer. Ya sabes que los tengo cariño, porque con ellos me conociste en Santoña hace doce años.

—No me lo recuerdes.

En aquel momento penetra en la casa la familia de Fernández, que va á despedir á los viajeros.

—No hemos querido dejar de decirles á ustedes adiós — exclama la señora arrojándose en los brazos de su amiga.

—¿Para qué se han molestado ustedes?

—¿Molestarnos? De ningún modo. Es un deber.

Los Fernández no vienen solos; traen también á los niños, que no hacen más que ver los baules y se suben encima. Los niños de la casa fraternizan con los recién llegados, y entre todos arman un estrépito infernal.

—Llevamos merienda — dice uno.

—¿Dónde está? — pregunta otro de los Fernández, chiquitín.

—En la cocina. ¿La queréis ver?

Y todos se lanzan sobre el fogón, con gran disgusto de la cocinera, que empieza á gritar:

—Señora, llame usted á los niños, que están jugando con el jamón y lo van á manchar.

Claro que la familia Fernández exige ciertas

atenciones y no es cosa de dejarla sola, por lo cual tienen que suspenderse los preparativos del viaje.

—Pues, hija—dice Fernández, padre,—nosotros no podemos salir de Madrid este año, porque yo necesito estar aquí para ver si se deshinch a un amigo del alma.

—¿Cómo es eso?—pregunta Cogorza.

—¿Conoce usted á Salmonete, el del Tribunal de Cuentas? Pues estaba en la oficina componiendo un paraguas—porque allí es donde va él á componer las cosas que se le rompen,—y de pronto sintió así como un vahido, y al día siguiente estaba hecho una bota. ¿Cómo quiere usted que me vaya á los baños dejándole así?

—¡Naturalmente!

La señora de la casa no hace más que dirigir miradas á su alrededor, recordando que faltan todavía muchos detalles. El esposo, á la vez, piensa en una porción de cosas necesarias, y Fernández continúa hablando de la inflamación de Salmonte, de la temperatura, del Gobierno, de la fresa de Aranjuez y del *modus vivendi*.

Tras la familia Fernández entra otra, también con el propósito de despedir á los viajeros, y después llega un amigo de Cogorza y una prima y una viuda con un niño que se pasa llorando toda la sesión. Cogorza y su mujer están desesperados, pero sonríen y tienen que sostener la conversa-

ción y agradecer las visitas, y en éstas y las otras llega el momento de ponerse en marcha.

—Ya no nos podemos detener: ustedes dispensen—dice Cogorza.

—¡Pues no faltaría más!—contestan á coro los visitantes.

Pero como han estado robando un tiempo precioso, resulta que Cogorza no ha podido cerrar los baúles, ni la señora ha concluido de recoger todo lo que debe quedar guardado. Además, falta hacer el lío de las mantas, y encerrar al gato, y hablar con la portera para que le compre cordilla y lo ventile.

Dentro de una hora escasa debe salir el tren, y Cogorza, fuera de sí, comienza á meter la ropa á puñados en los baúles y á echar sapos y culebras por la boca, mientras su mujer se pone el guardapolvo de viaje, maldiciendo las visitas, y cuando al fin llegan á la estación agitados y sudorosos, Cogorza se da una palmada en la frente, diciendo:

—¿Sabes lo que sucede?

—¿Qué?—pregunta la esposa alarmada.

—Que me he dejado sobre la cama las llaves de los baúles. ¡Malditas sean las visitas!





ECONOMÍA PRÁCTICA.

No es cara la vida en Madrid, no, señor.

Al que se sabe arreglar, la vida le sale por una friolera; pero cuando el hombre no reflexiona y se lanza á comprar sin saber dónde, y no regatea poco ni mucho, entonces no hay dinero que baste.

Yo conozco quien se ha traído de su pueblo veinticinco duros para emplearlos en ropa fina. Y ¿qué le pasó? Que entre comprarse un gabán,

un chaleco y una gorrilla para andar por casa, se le fueron los veinticinco duros, y el hombre decía muy apenado:

—¡Qué barbaridad! En este Madrid se va el dinero como agua.

En cambio hay quien tiene que comprarse un gabán, y recorre todas las casas de préstamos conocidas hasta dar con una que le facilite lo que desea por cuarenta y cinco ó cincuenta reales.

No hace muchos días que un amigo mío adquirió por tres duros y medio las siguientes prendas:

Un pantalón color de repollo cocido.

Dos corbatas de lazo hecho.

Unas zapatillas casi nuevas.

Y un cornetín de pistón algo usado.

Todo adquirido en una casa de préstamos que se va á deshacer, y si no se ha deshecho ya es porque están esperando que dé á luz la dueña, á fin de mudarse y venir más hacia el centro.

Hay personas que cifran todo su orgullo en comprar barato, como le sucede á un tío mío, hombre muy nervioso y algo irascible, que se va á un establecimiento de paños y empieza por pedir una silla y sentarse cómodamente.

—Sáqueme usted tela para un gabán—dice con aire de hombre superior.—Quiero que sea buena, ¿sabe usted?

El dependiente coloca sobre el mostrador seis ó siete piezas de paño. Mi tío desde su asiento

examina el género, lo frota, lo mira al trasluz, lo estira, lo encoge, lo acerca á la nariz, se lo pasa por los párpados para ver si es suave, y, por último, pregunta:

—¿A cómo?

—A tres duros.

Mi tío se levanta, hace un gesto de desdén y se finge que va á tomar la puerta, no sin decir antes:

—Vaya, vaya; veo que no quiere usted vender.

—Pero venga usted acá y nos arreglaremos.

—Me ha pedido usted una exorbitancia. Abur.

—¡Hombre, que no es puñalada de pícaro!

Mi tío se acerca al mostrador, coge al dependiente por la muñeca, aproxímale los labios al oído y le dice á media voz:

—¿Quiere usted treinta reales? Y no hablemos más..... A mí no me gusta molestar á nadie.

—¿Está usted loco? ¡Treinta reales por un género como éste!

—Sé yo más de géneros que usted. Esto es Tarrasa.

Enójase el dependiente; mi tío le contesta una barbaridad; chillan ambos, interviene el dueño de la tienda, y mi tío dice por último, con voz alterada:

—¿Quiere usted treinta y cinco reales? No doy un céntimo más.

El caso es que mi tío sale de allí con la tela, después de conseguir que le rebajen un duro en

cada vara; y cuando está hecho el gabán, pregunta á los amigos:

—Vamos, échese usted á pensar. ¿Cuánto cree usted que me ha costado esta prenda?

—Veinte duros—dice uno.

—Usted, que es un *panoli*, los hubiera pagado seguramente, ¡pero yo!..... Límpiense usted los ojos para ver este gabán, y ahora sepan ustedes que con tela, forros, botones y hechura me ha costado..... ciento once reales con quince céntimos.

¿Puede dudarse de que mi tío compra barato en Madrid? Pues ¿y D. Sinforoso, mi compañero de oficina? Ese es atroz.

Hace pocos días tuvo que comprar una jaula para un jilguero que le enviaron de Cuzcurrita, su tierra natal, y se fué á la plaza de Santa Ana.

—¿A cómo son estas jaulitas?

—A cuatro pesetas.

—¡Hombre, por Dios! No diga usted disparates. ¿Quiere usted dos pesetas?

—No, señor; es precio fijo.

—Pero ¡avéngase usted á razones!.....

El pajarero volvió las espaldas y se puso á dar de comer á un loro que está delicado y no come con su propio pico.

—Oiga usted —gritó D. Sinforoso desde la puerta.—¿No quiere usted vender?

—Sí, señor; pero no puedo perder el tiempo.

—Vamos, póngase usted en razón. ¿Quiere usted las dos pesetas?

—He dicho que no.

—¿Dos pesetas y diez céntimos?

Nueva retirada del pajarero.

—Venga usted acá, hombre, que no ha de tener usted palabra de rey.

Y viendo D. Sinforoso que el de los pájaros se sentaba en una silla para alimentar al loro con más comodidad, él se sentó también á la entrada de la tienda, y allí se estuvo cerca de una hora, diciendo de vez en cuando:

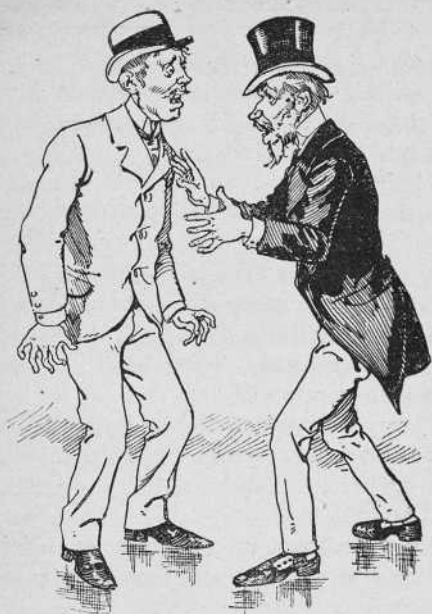
—Conque ya lo sabe usted: dos pesetas y un perro grande.

El pajarero comenzó á perder la paciencia, y acabó por vender la jaula en los ocho reales ofrecidos, dando un empujón á D. Sinforoso y poniéndole de patitas en la calle.

Después decía D. Sinforoso en la oficina:

—Hay que saber comprar y tener constancia. Si no hubiera yo tenido este carácter, cualquier día saco la jaula en las dos pesetas.





LOS ALARMISTAS.

Abundan que es una bendición.

Con motivo de la retirada de *Lagartijo*, nos decía uno:

—No vaya usted á los toros, porque va á haber revolución. Los enemigos del orden público se aprovecharán de las circunstancias para dar el

grito desde un banco de la Plaza Mayor. Fíese usted de mis palabras, que estoy bien enterado.

El alarmista es un sér que goza sembrando el pavor entre sus conciudadanos.

No lo hace con el propósito ruin de molestar á nadie, sino porque tiene la imaginación llena de sombras, y todo lo ve negro.

Hay una persona apreciable que viene á nuestra Redacción de cuando en cuando, y siempre nos asusta, aunque él no quiera.

—¿No saben ustedes lo que hay?

—No—le contestamos.

—Pues vengo de una casa de huéspedes, donde he oído decir que el mundo se acabará el sábado por la noche.

—¡Demonio!

—No se preocupe usted, porque es posible que se aplase el acontecimiento; pero de todas suertes, bueno es estar prevenidos.

Ahora, con ocasión de la crisis ministerial, nuestro hombre anda sembrando la alarma por todas partes, y anoche estuvo aquí y nos dijo que probablemente formaría Ministerio Fabié.

—La cosa está muy mala—añadió,—porque ahora parece ser que Colmenar de Oreja pide que le lleven allí la Capitanía general, y si no, se declara independiente. Además, se han alzado en armas ocho carlistas, y ayer la Junta del partido compró un tambor en una prendería de la calle

de Embajadores, y lo ha remitido á Pamplona certificado.

Con hombres como éste vive uno en vilo, y delante de él nadie puede quejarse. Dice usted, verbigracia:

—No sé qué tengo en este ojo, pero me escuece.

—¿A ver?—pregunta el alarmista levantándole el párpado.—Sí; hay dentro una cosa así como corcho. ¡Diablo! No vaya á pasarle á usted lo que á un cuñado mío, que comenzó á sentir cosquillas en el ojo y no hizo caso, y una tarde se fué á sonar y se le cayó entero.

Hay alarmistas que ponen telegramas á los periódicos de su pueblo por pura afición y á fin de que el asombro se apodere de los lectores.

«Crisis carácter grave. Conflicto preocupa Sagasta; éste acostóse disgustado; no quiso cena. Créese presentárasele flemón de hoy á mañana. Noticias cólera Francia alarmantes. Veinte atacados, cincuenta y cuatro muertos. *Lagartijo* sanguijuelas.»

Cuando ha conseguido que el telegrama revista caracteres graves, el hombre se acuesta satisfecho y dice á su esposa:

—Vaya, hoy no se podrán quejar los lectores del periódico.

Pero cuando no encuentra noticias alarmantes sufre horrorosamente y da vueltas en la cama suspirando.

—¿Qué tienes, Lino?—le pregunta su esposa.—
¿Te duele algo?

—No, mujer, es que me dan rabia ciertas cosas. Se decía que el 9 iba á haber un ciclón muy bueno con varias víctimas; hoy estamos á 12 y ¡nada! Se habló después de un caso de cólera fulminante en la Guindalera, y ahora resulta que no ha habido más que un cólico sencillo, sin calambres ni sín-tomas premonitorios. ¡Este es un país perdido!

Hay un alarmista terrible, que es además médico, aunque sin clientela conocida, que cuando algún inocente incurre en la torpeza de llamarle, el hombre se esponja y corre á la cabecera del enfermo. Lo ve, lo examina, lo pulsa y frunce las cejas. Después llama aparte á la persona más allegada y le dice:

—No me gusta ese hombre. ¿Es usted de la familia?

—Sí, señor—suele decirle el interpelado con la alarma impresa en el semblante.

—Pues no debo ocultar que el enfermo está de bastante cuidado..... Pero no hay que alarmarse..... Tiene un ronquido en el vientre muy sospechoso. ¡¡¡Es probable que esté interesado el hipocondrio!!! Pero no hay que perder las esperanzas..... Déme usted papel y pluma..... La cosa es bastante seria..... Pero no se alarmen ustedes..... En fin, que tome una cucharada de esta medicina cada cuarto de hora, y procure usted que éntre en un sudor co-

pioso..... Si ve usted que pone los ojos en blanco y delira y quiere arrojarse de la cama, me avisa usted inmediatamente; y mientras yo no vengo, le atan ustedes por la cintura..... Pero no hay que alarmarse.....

Casi siempre ocurre el caso de no tener que llamar al doctor, y cuando éste vuelve al otro día, pregunta por el enfermo y le dicen:

—No está.

—¿Qué? ¿Ya lo han enterrado?

—Quiá, no, señor; se ha ido á merendar á las Ventas con unos amigos.

¡Fiense ustedes de los alarmistas!





¿CREENCIAS?

Hasta la hora presente (once de la noche) no tenemos noticia de que haya salido á luz ninguna nueva religión; pero se espera que de un momento

á otro surja una flamante, en competencia con la del P. Jacinto.

Es lo bueno que tenemos los ciudadanos del siglo actual: cuando estamos aburridos ó necesitamos ropa de invierno ó sufrimos alguna contrariedad en nuestra vida íntima, ¡zas! inventamos una religión y pasamos el rato tan ricamente.

Para algunas personas esto de la religión es un entretenimiento barato, y cambian de dogma como de camisa. Hay hombre que hoy es protestante, y mañana cismático griego, y al otro mahometano, y después chino, y así sucesivamente hasta caribe, porque en la variedad está el gusto.

Recuerdo á este propósito lo que me decía una señora de imaginación calenturienta, y que había matado á su marido á disgustos.

—Lo que debía usted hacer era ingresar en una religión nueva que ha inventado un chico de Soria amigo de casa.

—¿Qué religión es esa?

—Una especie de protestantismo con fricciones de aceite de almendras dulces. Lo primero que se hace con los nuevos creyentes, es darles unas friegas á fin de ungirlos con el óleo sagrado. El de Soria se ha hecho obispo á sí propio, y perdona los pecados á los amigos; pero que no le vayan á hablar de ninguno que no reuna esta circunstancia, porque dice inmediatamente:

—¿No es amigo mío? Pues que no espere mi-

sericordia; lo más que puedo hacer es echarle una bendición de tercera clase.

—Y ¿cuánto cuesta?

—Medio duro por ser para él.

Este prelado celebra los oficios divinos en el comedor de una casa de huéspedes, adonde acuden varios devotos. Ahora anda en busca de un sacerdote barato para que le ayude en su sagrada misión, pero el que menos exige un salario de seis pesetas y mantenido; por todo lo cual está resuelto á sustituir al sacerdote con una sacerdotisa económica, que estuvo haciendo de somnámbula año y medio, y ahora cose para fuera y echa las cartas.

En fin, las religiones nuevas van haciendo su camino, y dicese que pronto comenzarán las obras de un nuevo templo con nave central, palcos plateas y salón de baile. Entre oración y oración se bailará cualquier cosilla breve, y los domingos habrá ambigú y juegos de prendas.

La cuestión es armonizar el espíritu religioso con la *juerga*, é ir ganando el cielo con oraciones y polcas mazurkas.

Y sucede á lo mejor que una esposa dice á su esposo:

—Oye, Pepe, me han hablado de una religión muy buena que «ha salido» estos días. Dicen que además es muy consoladora: por cuatro pesetas perdonan los pecados veniales, y los mortales por cinco, uno con otro.

—Bueno; pues si tú quieres entraremos en esa religión. Yo no tengo interés determinado por ninguna.

—Es que no quiero que suceda lo que la otra vez, cuando nos hicimos evangélicos cismáticos, que á los ocho días ya estabas aburrido y le quise pegar al pastor.

—De aquello no tuve yo la culpa, sino la pastora, que llevaba al templo todos los chiquillos y se ponían á chillar y á comer castañas pilongas, con lo que nos quitaban la devoción á los fieles. Yo protesté, y entonces el pastor quiso darme en la cabeza con el «nuevo Testamento reformado».

—Pues esta religión de ahora te va á gustar, porque cada uno puede hacer lo que le dé la gana, y después te arrepientes y se acabó todo. Además hay personas muy decentes metidas en eso: Sánchez, el prestamista; la de López, que estuvo de contralto en Montevideo; Martínez, el que fué de la policía, y otras muchas personas importantes.

—Nada, nada, nos haremos de éstos. La cuestión es tener creencias, sean las que sean.

Con esta teoría por norma, hay algunas gentes que entran en todas las religiones y se están allí hasta que se aburren.

—¿Qué es usted ahora?—preguntábamos á un sujeto aficionado á cambiar de culto cada ocho días.

—Yo, por ahora, soy protestante—nos contes-
tó,—pero voy á dejarlo un día de estos.

—¿No tiene usted creencias?

—Las tengo, pero me gusta renovarlas todos
los años.





SUEÑOS DORADOS.

La gente se dispone á celebrar la Nochebuena con la mayor esplendidez posible, porque el que más y el que menos espera que le toque la lotería.

Hay quien lleva participación en diez ó doce billetes, y no contento aún, anda molestando á todos sus conocidos con exigencias y súplicas.

—Hombre, admítame usted este medio durito.

—No puede ser.

—Tengo el capricho de que juguemos juntos. Aunque me ve usted con esta erupción, soy hombre de bastante suerte; en la lotería pasada nos cayeron tres duros á mí y tres á una peinadora paisana mía, y el día 11 me encontré una caja de pastillas cloro-boro-sódicas de Bonald en la calle de la Gorguera, y se las vendí á un compañero de oficina que padece de la garganta.

Desde que se han agotado los billetes el interés de los jugadores aumenta, y el que no puede jugar cree firmemente que ha perdido cinco ó seis millones de una mano á otra.

—Mire usted—nos decía uno,—tenía yo tan seguros esos millones como si los hubiese cobrado, pero cuando quise comprar el décimo ya se habían concluído.

—¿Por qué no se ha acordado usted á tiempo?

—Ya me acordé, pero por aquellos días estábamos componiendo una ópera entre un amigo y yo, y no dejábamos la pluma más que para meditar y para afeitarnos el uno al otro.

—Y ¿han concluído ustedes la obra?

—Sí, señor; el jueves se la entregamos á una tía de Michelena para que se la dé, á fin de que nos la canten en Febrero, que es cuando cumple años mi señora, y quiero sorprenderla; pero yo hubiese preferido á todo que me tocara el premio mayor, y eso que en la ópera tengo mucha confianza.

Hoy viven entregados á la ilusión risueña todos cuantos han tenido la fortuna de jugar á la lotería.

—Si me toca el premio gordo—nos dijo ayer D. Darío, que es un solterón infeliz—lo primero que hago es casarme, porque así estoy muy mal.

—¿Está usted solo en el mundo?

—No, señor; estoy con una criada que me da muchos disgustos. Como me ve sin amparo abusa de su posición, y unas veces me pega, y otras me muerde, porque la gusta variar.

—Y ¿usted lo tolera?

—¿Qué voy á hacerle? Yo, en medio de todo, la tengo cariño porque la he cogido desde pequeña, y en casa se ha ido desarrollando.

Hay matrimonios humildes que esperan cobrar un buen premio para reponer los muebles y hacerse ropa blanca, y dar á los niños el aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos.

—Ya ves—dice el esposo á su dulce compañera—con los diez reales que juego pueden tocarnos tres mil duros.

—¡Dios lo quiera!

—Y la primera cosa que voy á hacer es llevarte á la fonda para que pruebes el rosbif y la salsa mayonesa.

—¿Es blanca?

—No; tiene un color que tira á verde, pero ¡qué rica!

—Si deseo que nos toque la lotería es por mamá. ¡Tengo más ganas de que la vea un buen dentista!

—¿Para qué?

—Para que le pongan los cuatro colmillos. La pobrecita sólo puede comer cosas blandas y se le va el aire por los huecos.

—Sí, y cuando habla nos rocía á todos.

Unos quieren tener dinero para casarse inmediatamente; otros para romper los vínculos del matrimonio de prisa y corriendo; otros para reformar la letra, y otros para aprender á tocar la guitarra por cifra.

Pero llega el día deseado: las esperanzas caen por tierra; los jugadores perdidosos maldicen su ingrato sino, y muchos, no pudiendo contener la desesperación, se envenenan á solas.

Lo mejor es no arriesgar cantidad alguna, y que cada cual se contente con lo que Dios le ha dado.

Porque yo tengo la seguridad de que la lotería no toca nunca, y bien sabe Dios que hablo por experiencia.





FESTIVALES.

En muchos colegios de señoritas de esta capital se preparan grandes funciones lírico-dramáticas con motivo de los exámenes.

Es ésta una costumbre que han establecido las directoras, guiadas por su celo en pro de las facultades poéticas de sus alumnas.

A la alumna más precoz se le confía el encargo de recitar una fábula lagrimosa, y á la de facultades más salientes para la declamación se le asigna un papel de importancia en tal ó cual obra debida á la pluma de uno de esos poetas de cerato simple. Las alumnas de piano cantan un coro dedicado á María Santísima, y la directora invita á todas las mamás para que acudan á admirar las felices disposiciones de sus pimpollos y presenciar la distribución de premios.

Con motivo de estas funciones andan revueltos muchos domicilios. En mi vecindad hay una señora que está cosiendo á toda prisa el traje que ha de lucir su retoño en el festival del colegio. Falda de velo de religiosa, color crema, con un gran lazo azul en la cintura; cuerpo de la misma tela adornado con puntilla, y para completar la *toilette* otro gran lazo en la cabeza, y unas botinas blancas con madroños azules. La niña va á parecer un arcángel casero sin alas; pero la mamá disfruta lo indecible ante la idea de los aplausos que ha de arrancar Laurita en su difícil papel de «vizcondesa orgullosa». Tiene una relación en verso ripioso que declama Laurita en la mesa á las horas de comer y que hace el encanto de toda la familia

Suele ir á aquella casa una vecina viuda y mala lengua que no tiene nada que hacer, y á quien dice la mamá de Laurita con la voz alterada por el júbilo:

—A mi niña le han dado el papel más difícil, porque no es que me domine la pasión, pero tiene un talento que asombra.

—Y ¿de qué hace?

—De vizcondesa. Es una obra muy bonita. La vizcondesa aparece sentada en un sillón, abanicándose y oliendo un frasco de bandolina, como dando á entender que es orgullosa y no le gusta trabajar ni socorrer á los necesitados. En esto entra la hija de un albañil con una cesta y la coloca sobre una butaca; entonces mi Laurita le dice:

«¿Quién te dió autorización
Para llegar hasta aquí?»

Y contesta la menestrala:

«Me autoriza el corazón,
Que busca socorro en ti.»

Laurita se levanta y quiere arrojar á la chica del albañil, con estas palabras:

«Que te cuadre ó no te cuadre,
Te echaré por la escalera;
Tú eres hija de un cualquiera,
Y es un vizconde mi padre.»

A la viuda le parece todo bien; lo único que dice es que aquellas botas de cutí blanco parecen alpargatas, y que no está bien que la hija de un vizconde saque en el vestido una puntilla de á real y medio.

—Pues mire usted—replica la mamá,—el traje está copiado de un figurín, y todas cuantas personas lo han visto dicen que va á resultar precioso.

—Bueno; allá usted—contrarreplica la viuda;—pero Laurita es muy morena y va á parecer una mosca en leche.

Este símil desagrada bastante á la mamá, pero se reprime para no turbar la alegría precursora de la función del colegio, donde va á verse halagada como madre y como modista.

Quién la verá entonces, ocupando la primera fila, radiante de satisfacción y dirigiendo miradas á las demás mamás, como diciéndolas:

—Esa de las botinas blancas y el lazo azul; la más guapa y más lista del colegio; ésa que hace de vizcondesa orgullosa, ha salido de mis entrañas. Esa es mi Laurita.

El papá, impelido por el amor y los consejos de su consorte, irá también á la fiesta, y es muy posible que disfrute y se entusiasme hacia dentro; pero sin darlo á entender, porque los hombres no deben expresar ciertas cosas en público.

—¡Diablo de chica!—dirá mentalmente.—No puede negar que es de mi sangre.

A todo esto, la directora recorrerá las sillas una por una, para dirigir frases de felicitación á las mamás allí presentes.

—¿Qué le parece á usted? Tiene usted una hija muy salada. Dios se la conserve.

—Pues todo lo que vale se lo debe á usted.

—Es favor.....

—No, señora, justicia.

—Ya quisiera yo que todas mis educandas fuesen como su Pilarcita.

—Gracias.

Y así sucesivamente.

Lástima que la mayor parte de las niñas que recitan y declaman y tocan el piano no sepan coser.

Dígalo, si no, una que arranca aplausos en los festivales del colegio, y ayer quiso coserle á su padre un botón de la levita y le cosió el bolsillo, el chaleco, la camisa y la elástica, todo junto.





A DARSE TONO.

- Y ustedes, ¿adónde van este año?
—Probablemente á Loeches por causa de papá,
que tiene el estómago destrozado.
—No sabía nada.

—Pues sí, señor; padece mucho del estómago. Hace dos años que está sometido á una alimentación especial. No come más que huevos y zaragatona en rama. Y ¿usted sale este verano?

—Sí, señora; yo pienso ir á Aguilas.

—¿Caudales?

—No; Aguilas económicas.

—Y ¿dónde está eso?

—En la provincia de Alicante. Allí se pasa muy bien la temporada y hay muchísima libertad para todo. La gente anda por casa en cueros vivos, y sólo cuando llega alguna visita se pone unos calzoncillos de baño.

—Aquello debe ser muy fresco.

—Muchísimo; mi señora y yo empleamos un sistema especial. La cojo la cabeza y se la meto en la palangana; en seguida agarro una esponja y la suelto el chorro por la columna vertebral. Después ella hace conmigo lo mismo, y así nos pasamos el día. Por la noche dormimos en el patio debajo de una higuera. Otras familias emplean el riego corporal.

—Y ¿qué es eso?

—El padre coge la regadera y la vierte sobre la familia cuando está más descuidada.

—Este año todas las personas decentes salen á veranear. No hay nada más cursi que quedarse aquí. Las de Ezpeleta van á *Villaviciosa de Abdón*.

—¿A pie?

—¡Qué disparate! En la diligencia.

—Pues ¿no dicen que están tronadas?

—Esas son voces que han hecho correr las de Espinilla, que son muy malas lenguas. Yo lo que veo es que las Ezpeletas gastan y triunfan. Aun anteayer estuve en su casa, y las sorprendí comiendo hígado guisado y cerezas de postre. ¡Valientes maulas están las de Espinilla; ésas sí que no tienen dos pesetas! A nosotros nos deben catorce reales de un cabrito que compramos á medias el segundo día de Pascua, y siempre que les sacamos la conversación del cabrito se hacen las desentendidas.

—Pues el padre gasta todos los días en el café y anda muy bien vestido.

—¡Ya lo creo! Como que un gabán azul que llevaba este invierno era del novio de la hija mayor, que está aquí estudiando para Aduanas, y tiene muy buena ropa. Yo podría decirle á usted algo de las tales Espinillas. ¡Y aun se atreven á hablar de las demás! Mire usted: yo tuve relaciones con un chico *faztor* del ferrocarril del Norte, y sé que las de Espinilla me quitaban el pellejo; en cambio, una de ellas tiene un novio que es barítono, y cuando estuvo trabajando en Hiendelaencina le quiso formar causa el juez municipal, y si no se viene pronto á Madrid, los abonados hubieran pegado fuego á la casa de huéspedes.

—¡Pobrecito!

—¡Sí, sí! ¡Buena alhaja está él! Ellas le regalaron un traje para la escena, que es el que saca en *El dominó azul*, y tuvieron que deshacer un vestido de la madre y gastar en adornos y en cintajos; pues en cuanto volvió de Hiendelaencina, fué y lo vendió por diez y siete reales y medio á un chico de la curia que trabajaba en Ríus.

—Y las de Espinilla, ¿no veranean?

—Sí, señor; creo que van á Torrelaguna, á casa de una criada que han tenido y está ahora allí casada con un zapatero. Ellas, con tal de figurar, son capaces de pasar el verano encerradas en la despensa.

—Vaya, pues que usted lo pase bien.

—Abur. Ya sabe usted adónde vamos: á Loeches. Si quiere usted algo.....

—Nada; que les haga á ustedes muy buen provecho.

*
* *

—Conque á Mondáriz, ¿eh?

—No, señor; aun no sé qué aguas me convienen. Un médico me manda á Betelu, otro á Panticosa, otro á El Molar y otro á Urberuaga de Ubilla, pero lo probable será que vaya á Nancñares de la Oca. En veinticinco años llevo recorridos casi to-

dos los establecimientos termale de España, y esto no se me quita.

—Pero usted, ¿qué tiene?

—Tengo una cosa así como sequedad en el cielo de la boca, y unos ruidos muy raros en el interior. Yo iría de buena gana á Caldelas de Túy, que es uno de los pocos balnearios que no conozco; pero, ¿y si no me prueban las aguas? No quiero que me pase lo que en La Puda, que al segundo baño se me puso la nariz lo mismo que un sable, y empecé á sentir mareos y amargor de boca.

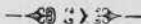
—Hay que proceder con gran discreción en eso de los baños minerales.

—Ya se ve que sí. Mire usted: el año pasado estuve en Caldas, y lo que era bueno para el estómago, era perjudicial para el bazo. El mío se me inflamó todo por la parte de arriba, y cuando me daba la tos, comenzaba á echar humo por todos los agujeros de mi cuerpo. Entonces dejé á Caldas y me fuí á Liérganes; allí se me puso este brazo que parecía una sombrerera, y entonces opté por Archena..... Nunca lo hubiera hecho. En Archena fuí á tomar un baño y me quedé abrazado al bañero; tanto, que hubo necesidad de clavarle una banderilla en el cogote para que le soltara. En fin, que no sé todavía adónde iré este año; pero yo tengo que ir á alguna parte, porque sin aguas minerales no me quedo.

—Hace usted perfectamente.

—Créame usted, amigo mío: los baños son la salud.

—Sí....., y la tontería.





AGENCIA DE MATRIMONIOS.

A nuestras manos ha llegado el prospecto de una agencia establecida en Madrid, que se dedica á múltiples y variadísimos negocios.

Para todo sirve, menos para conseguir actas de diputados y proporcionar elocuencia á los que nacieron cuasi mudos, como cierto individuo de la mayoría parlamentaria, que quiere decir *sí* ó *no*

en las votaciones, y se le pone un nudo en la garganta. Días pasados fué á presentar una proposición, y..... no supo salir de *señores diputados*, *señores diputados*....., hasta que el presidente, aburrido, le retiró el uso de la palabra, y uno de los compañeros de banco estuvo á punto de echarle las manos al cuello, porque aquel hombre es capaz de poner nervioso á un baúl mundo.

Decíamos que la nueva agencia realiza los mayores milagros, puesto que, entre otras cosas, escribe:

«Por una peseta al mes, casamiento seguro.»

Y, efectivamente, la niña de Bolichín, que como fea no tiene nada que pedirle á Dios, y es el vivo retrato de un guardia de orden público que parece un cocodrilo, se ha casado hace pocos días con un viudo bastante agraciado; lo único que le afea es la falta de dos colmillos y algo de humor herpético que le ha salido en la nariz; sobre todo cuando hay lluvia se le pone que da pena, y ya ha tenido más de un disgusto por haberle dicho algún guasón: «Eso no es nariz; eso es un langostino.»

Pero, en fin, él no es feo del todo, y la de Bolichín puede darse por muy dichosa gracias á la agencia.

El viudo deseaba una esposa en ciertas condiciones, y se fué á ver al director para preguntarle:

—¿Es aquí donde se proporcionan matrimonios á peseta?

—Sí, señor; uno con otro.

—Pues yo venía á ver si me caso.

—Perfectamente. Tengo en la actualidad tres señoritas disponibles: una coja, que sabe francés y toca algo la bandurria; una morena bastante chata, pero de muy buenos sentimientos, y una rubia huérfana de madre y con un papá que está expuesto á que le hagan gobernador civil cuando vuelva Cánovas.

Esta última circunstancia excitó el interés del viudo, y más al saber que el papá de la aludida se llamaba Bolichín y había sido diputado provincial en Cuenca.

—Bueno—dijo el aspirante á esposo.—Yo quisiera conocer á esa señorita.

—No hay inconveniente; mañana á las doce estará aquí.

Y á las doce del día siguiente, Purita Bolichín entraba, radiante de fealdad, en la sección de matrimonios establecida en la agencia.

El viudo la vió y por poco se desmaya.

—¡Demonio, qué fea es!—dijo en voz baja al director.

—A primera vista parece fea; pero en cuanto usted la trate..... Además, tiene una oreja preciosa.

Ella se había sentado cara á la luz para ser exa-

minada á gusto del pretendiente, y todo se le volvía poner los ojos en blanco y mover la boca, como si quisiera decir:

—Fíjese usted en estos gestos preciosos.

El viudo creyó llegado el instante de entablar conversación.

—Señorita—la dijo,—ya conoce usted mis intenciones.

—Sí—contestó ella bajando los ojos ruborizada.

—Yo soy viudo; tengo 3.000 pesetas de asignación anual y una figura no despreciable, aunque me esté mal el decirlo.

—¡Ay!—exclamó Purita.—Ya lo he notado.

—Pero necesito conocerla á usted y que usted me conozca. No extrañe usted mis preguntas. ¿Edad?

—Veintisiete años.

—¿Temperamento?

—Nervioso, muy nervioso.

—¿Estado actual de su espíritu?

—Melancólico.

—¿Imaginación?

—Preñada de ideas contradictorias.

—¿Ha amado usted?

—Sí; pero he amado un imposible. El objeto de mi pasión.....

—¿Estaba casado?

—No; estaba en relaciones amorosas con una pupilera.

Al director de la agencia le pareció oportuno intervenir en la conversación para aligerar los trámites del negocio, y dijo á Purita cariñosamente:

—Levántese usted para que el señor vea sus *andares*. Tenga usted la bondad de cantar cualquier cosilla breve para que oiga su voz. Apoye usted la cabeza en el respaldo del sofá para que este caballero pueda contemplarla dormida.

El viudo examinó atentamente á la que iba á ser su esposa. Después reflexionó durante algunos minutos, y sacando la peseta la puso en manos del director, diciendo:

—Queda cerrado el trato. Mañana, á la Vicaría; dentro de un mes, á la parroquia.....

Y, efectivamente, antes de los treinta días la señorita Bolichín daba su mano al viudo, que hoy anda buscando al director de la agencia..... para tirarle por el balcón.





PADRES CARIÑOSOS.

Ayer era un padre que ataba al cuello de su hijo una cuerda de cáñamo, y le arrastraba cariñosamente por la vía pública; hoy es una mamá amorosa que cuelga de un clavo á la hija de su corazón, como si fuera un gabán, y le acaricia las espaldas con un garrote.

Mañana sabremos que unos cónyuges de costumbres sencillas se han comido con patatas á un hijo suyo, mantecoso y tierno.

Asombra y regocija el ver cómo se van endulzando las costumbres privadas y cuán amorosamente cumplen su misión algunos padres de familia. Hay quien trata á sus hijos con una suavidad encantadora.

—Venga usted aquí, so granuja. ¿De dónde sale usted?

—Del colegio.

—Ponga usted el pie encima de esta mesa para que vea yo esas botas.

(El chico obedece sin chistar.)

—¡Pillo, tunante! ¡Toma, toma!

(Media docena de trompadas.)

—¿Son esas las botas que te compré en el mes de Julio, grandísimo destrozón?

El chico.—¡Ay, ay! (Llora.)

El padre (metiéndole ambos puños por los ojos).—¡Te voy á matar!

Aparece la madre, que es una señora gruesa, ventruda, con un vestido tornasolado lleno de chafarrinones, y la cabeza enmarañada, como las selvas vírgenes de América.

—Vamos, Manolo, no le pegues más—dice filosóficamente.—Mira cómo le has puesto las narices.

—Hasta que le desuelle vivo no he de parar.
¡Desnúdese usted, granuja!

El chico se quita la ropa en un santiamén, y va á sentarse sobre la cama lanzando suspiros.

—Ahí se va usted á estar castigado ocho días, por destrozón y por sucio.

La mamá hace un signo de asentimiento con la cabeza, y al propio tiempo se recoge un pingo de la falda, sujetándole con una alfiler en prueba de pulcritud.

El papá, que es otro sucio muy grande, coge una punta del tapete de la camilla y se limpia el polvo de las botas, diciendo:

—¿No me ves á mí, que llevo este calzado hace veinte días y parece que acaba de salir de la tienda?

De donde resulta que estos papás, gorrinos de suyo, exigen á su prole lo que ellos no practican de ninguna manera.

Pero..... contra un padre no hay razón.

Hay mamás golosas hasta el extremo de lamer el molinillo cuando hacen el chocolate; pero en cuanto ven á un hijo suyo que mete los dedos en el azucarero, montan en cólera y le quieren matar allí mismo.

—¡Goloso, bribón! Suelta ese azúcar, que te voy á romper un hueso. ¿Á quién sales tú, pica-ronazo?

—No le pegue usted—dice una vecina que suele ir á pasar las tardes al lado de la mamá.

—Es que no hay nada más feo que una per-

sona golosa. Yo no sé á quién salen estos bribones de hijos.

—Pues á ti bien te gusta el azúcar—replica uno de los muchachos.

—¿A mí? ¡Jesús, qué lengua viperinal! ¿Ha oído usted, señora?

—Cosas de la edad.

—Sí, sí; tú siempre tienes caramelos en la cómoda y te los comes en la sala cuando no está papá—dice otro de los chicos.

Enfurécese la madre y le tira la cesta de la costura; la vecina trata de poner paz, pero no lo consigue.

—¡Decir que yo como caramelos! Ya te ajustaré las cuentas, maldito de cocer.

—No haga usted caso—dice la vecina.

En cuanto ésta se descuida, la mamá se lanza sobre el chico soplón, dándole tres metidos en la espalda con el puño cerrado, y otros tres un poco más abajo, y al otro día torna á chupar los caramelos secretamente y á pegarle otra paliza al bribón del muchacho porque ha metido los dedos en el azúcar.

Esto de ser padre es cosa más difícil de lo que parece. Todos, en el hecho de tener hijos, se consideran autorizados á hacer de ellos lo que les da la gana, y hay alguno que dice:

—¿Qué? ¿No es mi hijo? Pues puedo hacer de él lo que se me antoje.

—¡Quiá! No, señor—se le contesta.

—¿Que no? ¿No le he dado el sér? Pues si se me mete en la cabeza, lo cojo y lo mato; esto no tiene vuelta de hoja.

Lo que no tiene vuelta de hoja es que hay padres que debían estar tirando del tranvía.





¡SIEMPRE ALEGRES!

¡Oh, el Carnaval!

En varias tiendas se exhiben fisonomías de cartón que nos traen á la memoria las de algunos sujetos conocidos; y hay quien se pára delante de un escaparate y suspira, como cierta señora viuda, á quien vimos ayer restregándose los ojos frente á una careta de borrego blanco.

—¿Se ha puesto usted mala?—la preguntó un guardia del Municipio.

—No, señor; es que esa careta tiene la mirada lo mismo que mi difunto.

Un niño decía á su mamá, parándose en la calle:

—Cómprame una careta.

—Vamos, hijo, no seas caprichoso—contestaba la mamá tratando de disuadirle.

—Cómprame aquella de los dientes largos.

—¿Cuál? ¿La de perro?

—Sí; aquella que tiene el hocico como la abuelita.

Al ver las caretas nos olvidamos de nuestros disgustos nacionales, y el que hasta ayer venía publicando artículos sobre la «guerra de las tarifas», hoy sólo se ocupa en obtener un billete gratis para el baile del Real.

Se puede ser persona seria, de esas que meditan sobre los conflictos ocasionados por el cambio del oro, y buscar, sin embargo, la manera de introducirse en un baile de máscaras gratuitamente. Un hacendista de los más profundos, que está escribiendo una obra sobre «nuestros caldos», ha venido dos veces á la Redacción á ver si podemos facilitarle un billete de caballero y cinco de señora.

—¡Pero D. Severo! ¿Es posible?—le dijimos.—¿Le gustan á usted los bailes?

—Sí, señor—nos contestó él.—Yo tengo un na-

tural muy alegre, y lo mismo le hago á usted un discurso sobre el corcho, que le toco á usted un jaleo en la guitarra.

La cosa no tiene nada de particular, porque el que parece más serio resulta á lo mejor que está aprendiendo á tocar la flauta, sin que lo sepa nadie en el mundo.

Nosotros hemos conocido á un consejero de Estado, hombre respetabilísimo, con varias cruces nacionales y extranjeras, que por la tarde presidía la sección de lo contencioso y por la noche jugaba al tute con la criada, y además tenía relaciones con una chalequera de la calle de ¡Válgame Dios!

Hay personas que infunden un gran respeto porque hablan siempre del pauperismo, de la buena ó mala situación de las necrópolis y de otra porción de asuntos á cual más trascendentales, y están deseando que salgan los periódicos de la noche para descifrar los jeroglíficos. Alguno hasta ha compuesto su correspondiente cuarteta para el concurso de ingenios que ha abierto en sus columnas un popular diario, y el hombre cogió la pluma y puso:

«Es bella la que taladre
Mi corazon sin herirle,
Y á quien pueda yo decirle:
¡Ole ya y viva tu madre!

Un galera.»

Aparte los que aparentan una cosa y son otra por dentro, como sucede con los personajes citados, existen otros muchos que son francamente alegres, y andan ya por ahí tañendo varios instrumentos á fin de lucirse en el próximo Carnaval.

Los chicos de buen humor se congregan para formar estudiantinas bulliciosas, y nunca falta un panderetólogo notable que maneja el instrumento con los pies y las manos, haciendo exclamar á las chicas admiradoras de su mérito:

—¡Qué joven tan ágil y tan bien parecido! Materialmente hace hablar á la pandereta.

Todo joven que cultiva el arte del pandero tiene asegurado su porvenir, porque hay muchas jóvenes de buena posición que darían parte de su fortuna por obtener una mirada de aquellos ojos saltones y picarescos.

Parece que no, pero es arte que sale caro, porque el panderetólogo rompe muchísimos calcetines. Los pies toman una parte muy principal en los ejercicios de pandereta, y como tienen que agitarse dentro de la bota, destruyen todo lo que se les pone por delante.

Así nos decía la madre de un panderetólogo:

—Es verdad que el chico toca divinamente y está retratado con la pandereta en un portal de la calle de la Lechuga; pero no hay ropa que le baste y rompe todos los calcetines por la punta.

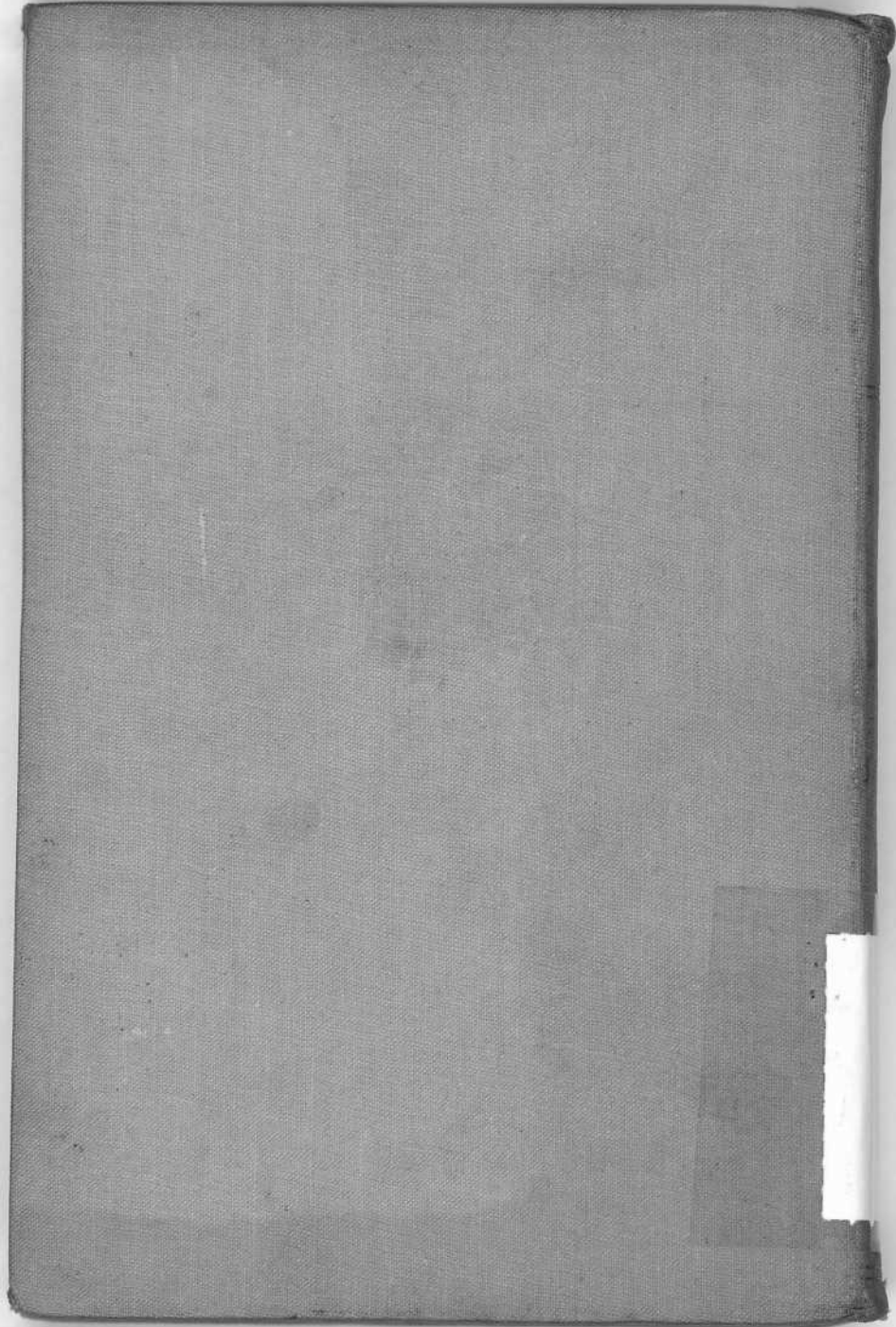
En fin, cada cual se divierte á su manera, y dado nuestro carácter alegre, no han de influir en nuestro ánimo ni las tarifas, ni los cambios, ni las reformas con que nos amenaza el Gobierno.



ÍNDICE.

	Páginas.
Matrimonios por amor.....	5
El secretario.....	9
El santo de la niña.....	15
De verbena.....	21
Forasteros calaveras.....	25
Tiranía doméstica.....	31
Hombres y perros.....	37
El pavo de Navidad.....	41
¡Aquellos pinos!.....	47
La manía de ahora.....	53
Padres celosos.....	59
Elogios de ultratumba.....	65
Carta á una señorita.....	69
Progresos.....	73
Cuerdos y locos.....	77
De vigilia.....	81
Nuestros verdugos.....	85
Baños.....	91
Noticias interesantes.....	97
Una víctima.....	103
Los tristes.....	109
¿Quién sabe?.....	113
El veraneo.....	119
El cazador cazado.....	125

	Páginas.
Benévolo de oficio.....	133
Un padre «infeliz».....	137
En pos de un porvenir.....	143
Buenas relaciones.....	149
Recuerdos del Carnaval.....	155
Anomalías.....	161
El niño.....	167
Crisis alimenticia.....	173
¡Viva la bicicleta!.....	177
Un joven irreflexivo.....	183
Peste dramática.....	189
Visitas de despedida.....	195
Economía práctica.....	201
Los alarmistas.....	207
¿Creencias?.....	213
Sueños dorados.....	219
Festivales.....	223
A darse tono.....	229
Agencia de matrimonios.....	235
Padres cariñosos.....	241
¡Siempre alegres!.....	247



LIBRARY
1903
CONTENTS

G 36464